

El
CRISTO
TODO-
INCLUSIVO

WITNESS LEE

El

CRISTO TODO- INCLUSIVO

WITNESS LEE

*Exclusivamente para distribución gratuita.
Prohibida su venta.*

Living Stream Ministry
Anaheim, California • www.lsm.org

© 1991 Living Stream Ministry

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o trasmisita por ningún medio —gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación o sistemas informáticos— sin el consentimiento escrito del editor.

Primera edición: octubre de 1991.
Edición para distribución masiva, agosto del 2003.

ISBN 0-7363-2320-1

Traducido del inglés
Título original: *The All-inclusive Christ*
(Spanish Translation)

Véase la última página para obtener información
acerca de la distribución de esta literatura en su región.

Publicado por
Living Stream Ministry
2431 W. La Palma Ave., Anaheim, CA 92801 U.S.A.
P. O. Box 2121, Anaheim, CA 92814 U.S.A.

CONTENIDO

<i>Título</i>	<i>Página</i>
Prefacio	5
1 El Cristo todo-inclusivo, una palabra de introducción	7
2 La excelencia de la tierra: su amplitud	19
3 La excelencia de la tierra: su altitud	29
4 La excelencia de la tierra: sus inescrutables riquezas	
I. El agua	39
5 La excelencia de la tierra: sus inescrutables riquezas	
II. El alimento	49
6 La excelencia de la tierra: sus inescrutables riquezas	
II. El alimento (continuación)	61
7 La excelencia de la tierra: sus inescrutables riquezas	
III. Los minerales	71
8 La excelencia de la tierra: sus inescrutables riquezas	
III. Los minerales (continuación)	83
9 Como poseer la tierra	
I. Por medio del cordero, el maná, el arca y el tabernáculo	93
10 Como poseer la tierra	
II. Por medio de las ofrendas y el sacerdocio	105
11 Como poseer la tierra	
III. Por medio de los principias gobernantes	121

12	Como poseer la tierra IV. Por medio de la formación del ejército	135
13	Como poseer la tierra V. Los factores oponentes	147
14	Entrar en la buena tierra	163
15	La vida en la tierra	175
16	El resultado final de disfrutar la tierra: el templo y la ciudad	189

PREFACIO

Este libro se compone de los mensajes dados por el hermano Witness Lee durante una serie de conferencias que tuvo lugar en Los Angeles, California, en diciembre de 1962.

CAPITULO UNO

EL CRISTO TODO-INCLUSIVO UNA PALABRA DE INTRODUCCION

Lectura bíblica: Gn. 1:1, 2, 9-12, 26, 27, 29; 7:17; 8:1, 13, 22; 12:1, 7; Ex. 3:8; 6:8; Ez. 20:40-42; 1 Co. 1:30; Col. 2:6, 7, 16, 17; 3:11; Ef. 2:12; Gá. 5:4

En esta serie de mensajes queremos ver algo acerca de la tierra de Canaán, la cual es el tipo del Cristo todo-inclusivo. También queremos ver cómo la ciudad y el templo, que fueron construidos en esa tierra de Canaán, tipifican la plenitud de Cristo, la cual es Su Cuerpo, la Iglesia. Así que, el centro de nuestra consideración será el Cristo todo-inclusivo, a partir de quien y sobre quien se edifica la plenitud de Cristo, la Iglesia. Recordemos bien que el tema no es simplemente Cristo y la Iglesia, sino el Cristo todo-inclusivo y la plenitud de Cristo, la cual es Su Cuerpo, la Iglesia.

CRISTO LA REALIDAD DE TODO

Ante todo, quisiera que nos demos cuenta de que según las Escrituras, todas las cosas físicas y materiales que vemos, tocamos y disfrutamos, no son las cosas reales. No son sino sombras, figuras, de lo verdadero. Día tras día tenemos contacto con muchos objetos materiales: comemos alimento, bebemos agua, nos ponemos la ropa, vivimos en casas y manejamos automóviles. Quisiera pedirle a usted que se diera cuenta y se acuerde de que todas estas cosas no son las verdaderas; sólo son sombras, figuras. El alimento que comemos todos los días no es el alimento verdadero, sino una figura del verdadero. El agua que bebemos no es el agua verdadera. La luz delante de nuestros ojos no es la luz verdadera, sino una figura que señala algo más.

Entonces, ¿cuáles son las cosas reales? Hermanos y hermanas, por la gracia de Dios quisiera decirles la verdad de que las cosas verdaderas no son otra cosa que Cristo mismo. Cristo es el verdadero alimento para nosotros. Cristo es el agua verdadera para nosotros. Cristo es la luz verdadera para nosotros. Cristo es la realidad de todas las cosas para nosotros. Ni siquiera nuestra vida física es una vida real. Sólo es una figura que señala a Cristo. El es la verdadera vida para nosotros. Si uno no tiene a Cristo, no tiene vida. Puede ser que usted diga: “¡Estoy vivo; tengo vida en mi cuerpo!” Pero tiene que darse cuenta de que ésa no es la vida verdadera. Sólo es una sombra que señala la vida verdadera, que es Cristo mismo.

Día tras día, mientras vivo en mi casa, estoy consciente de que ésa no es mi morada verdadera. Un día le dije al Señor: “Señor, ésta no es mi verdadera morada. Esta no es real; no es nada. Señor, Tú mismo eres mi morada”. Sí, El es nuestra verdadera morada.

Ahora, quisiera hacerle una pregunta. Probablemente nunca se le ha ocurrido esto. Tal vez entienda bien que Cristo es su alimento, su agua viva, su luz y su vida. Pero déjeme preguntarle, ¿se ha dado cuenta alguna vez de que Cristo es la misma tierra sobre la cual usted vive? Cristo es la tierra. Quizás le parezca que día tras día está viviendo en la tierra, pero tiene que comprender que esta tierra no es su tierra verdadera. Aun esta tierra no es más que una figura que señala a Cristo. Cristo es la verdadera tierra para nosotros. El alimento es una figura, el agua es una figura, la luz es una figura, nuestra vida es una figura, y la tierra también es una figura. Cristo es la verdadera tierra para nosotros. Debo decirle que he sido cristiano más de treinta años, pero nunca, sino hasta los años recientes, había pensado que Cristo es la tierra para mí. Sabía que Cristo es para mí la vida, la luz, el alimento y el todo, pero no que era la tierra.

En estos últimos años el Señor me ha llevado a experimentarle más y más. Antes de que el Señor me mostrara que El es la tierra para nosotros, primero me mostró que El es nuestra morada. Día tras día, por más de veinte años, leí las Escrituras sin notar que el Señor es nuestra morada. Entonces un

día vi algo en el salmo noventa. En el versículo 1 Moisés dice: "Señor, Tú has sido nuestra morada de generación en generación". Oh, aquel día el Señor me abrió los ojos para ver que El es mi morada. En esa ocasión llegué a conocer al Señor como algo más. Pero después de dos o tres años El me abrió los ojos aún más. Vi que el Señor no es únicamente mi morada, sino también la tierra. ¡El Señor es la tierra para mí! Oh, desde aquel entonces el Señor me ha mostrado muchas cosas en las Escrituras. Empecé a entender por qué en el Antiguo Testamento el Señor siempre hacía mención a cierto pedazo de tierra. El Señor llamó a Abraham diciéndole que le llevaría a cierta tierra, la cual era la tierra de Canaán. Haga memoria de cuántas veces desde el capítulo doce de Génesis hasta el fin del Antiguo Testamento, el Señor ha mencionado y recalado la tierra. La tierra... la tierra... la tierra que les prometí a vuestros padres. La tierra que le prometí a Abraham; la tierra que le prometí a Isaac; la tierra que le prometí a Jacob; la tierra que os prometí a vosotros. Os meteré en la tierra. Era la tierra, la tierra, siempre la tierra.

EL CENTRO DEL PLAN ETERNO DE DIOS

El centro del Antiguo Testamento es el templo que está en la ciudad. Este templo fue edificado en esa tierra, y esa tierra donde se edificaron el templo y la ciudad es el propio centro de las Escrituras del Antiguo Testamento. También es el mismo centro de la intención de Dios. En la mente de Dios está esa tierra con su templo y ciudad.

Si conocemos las Escrituras y tenemos la luz de Dios, nos daremos cuenta de que el centro del plan eterno de Dios, hablando simbólicamente, es la tierra con su templo y ciudad. Desde el primer capítulo de Génesis, el Antiguo Testamento siempre considera la tierra como el centro, siempre menciona algo relacionado con la tierra.

Consideremos el primer capítulo de Génesis. Quizás usted esté tan familiarizado con ese capítulo que lo puede recitar. Pero es posible que una cosa se le haya escondido. Hay algo muy importante escondido debajo de la superficie del primer capítulo de Génesis. Esto es *la tierra*. Considérelo, por favor. Según el primer capítulo de Génesis, ¿cuál es el propósito y el

objetivo de Dios al crear? No es otra cosa que la recuperación de la tierra. Dios quería recobrar la tierra y hacer algo en ella. "En el principio creó Dios los cielos y *la tierra*". ¿Y qué de la tierra? Había caos sobre la tierra. Estaba devastada y vacía, y las aguas del abismo la cubrían. Estaba sepultada bajo las aguas del abismo. Así que, Dios vino a obrar; empezó a recobrar la tierra. Dividió la luz de las tinieblas y separó las aguas que estaban sobre la expansión, de las aguas que estaban debajo de la expansión. Luego, en el tercer día, dividió las aguas de la tierra, y la tierra surgió de entre las aguas. Fue el tercer día cuando el Señor Jesucristo salió del abismo de la muerte. De modo que se puede ver que esto es un tipo. En el tercer día Dios sacó la tierra de las aguas de la muerte. Con este tipo podemos entender lo que es la tierra. La tierra es un tipo de Cristo.

Después de que la tierra salió de las aguas, ¿qué sucedió? Oh, toda clase de vida llegó a existir: la hierba verde, hierba que da semillas, árbol de fruto que da fruto según su género. Creo que ahora usted puede ver el cuadro. Después de la resurrección, esto es, después de salir de la muerte, Cristo produjo vida en abundancia. Sí, estaba lleno de vida productiva. Entonces, en esta tierra que estaba llena de vida, fue creado el hombre a imagen de Dios y conforme a Su semejanza, y a este hombre le fue encomendada la autoridad de Dios. Después de que el Señor salió de la muerte, se produjo una abundancia de vida, y en medio de esta plenitud de vida fue creado un hombre que era el representante de Dios, teniendo la imagen, la semejanza y la autoridad de Dios. Todo esto aconteció en Cristo como la tierra.

Ahora ya conocen el significado de la tierra. La tierra simplemente es una figura de Cristo como el todo para nosotros. Todo lo que Dios preparó para la humanidad está concentrado en la tierra. El hombre fue creado para vivir en la tierra y disfrutar todo lo que Dios ha provisto. Todo lo relacionado con el hombre está concentrado en la tierra, la cual es un tipo de Cristo. Todo lo que Dios preparó para nosotros está concentrado en Cristo.

Después veremos cómo Dios introdujo a Su pueblo en la tierra prometida y cómo Su pueblo permaneció allí y disfrutó

de todas las riquezas de esa tierra. El resultado fue que la ciudad y el templo llegaron a existir. La ciudad y el templo son el producto del disfrute de la tierra. ¿Qué es la ciudad y qué es el templo? La ciudad es el centro de la autoridad de Dios, es decir, el reino de Dios, y el templo es el centro de la casa de Dios, es decir, la morada de Dios. El reino de Dios y la casa de Dios son el producto del disfrute de la tierra. Cuando el pueblo de Dios disfruta de esta tierra hasta cierto punto, algo llega a existir: la autoridad de Dios y la presencia de Dios, o, en otras palabras, el reino de Dios y la casa de Dios. Si poseemos a Cristo como la tierra y disfrutamos de todas Sus riquezas, después de cierto período de tiempo algo surgirá: la Iglesia con el reino de Dios, es decir, el templo en la ciudad.

Ahora podemos aplicar todo esto a las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamentos. En principio, todo lo escrito en el Antiguo Testamento es exactamente lo mismo que en el Nuevo; no hay diferencia. La intención de Dios, según se revela tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, es que Cristo debe ser la tierra para nosotros. Tenemos el derecho de disfrutar todas las riquezas de Cristo. Dios nos dio este derecho. Después de que hayamos disfrutado Sus riquezas hasta cierto punto, algo se producirá: el reino de Dios y la casa de Dios, es decir, la Iglesia con el reino de Dios. Este es el pensamiento central del plan eterno de Dios.

LA BATALLA POR LA TIERRA

Si usted lee cuidadosamente las Escrituras, verá en marcha una actividad seria y horrible. Satanás, el enemigo de Dios, ha hecho lo máximo y todavía lo está haciendo por impedir que el pueblo de Dios disfrute de la tierra. Hará todo lo que pueda por dañar el disfrute de Cristo como la tierra. Lea las Escrituras. Poco después de que Dios creó los cielos y la tierra con la intención de dársela al género humano como su disfrute, Satanás hizo algo para estorbar a Dios. Por la rebelión de Satanás, Dios tuvo que juzgar al universo, y debido a ese juicio la tierra quedó sepultada debajo de las aguas del abismo. Esto estorbó el plan de Dios por algún tiempo. Después, Dios comenzó a obrar y a hacer algo, y como ya

lo hemos visto, sacó la tierra de las aguas del abismo. De esta tierra recobrada surgió vida en abundancia. Luego apareció una vida que tenía la imagen de Dios y a la cual fue encomendada la autoridad de Dios. Sin embargo, sabemos que poco después el enemigo intervino de nuevo. Engañó al hombre y Dios se vio obligado a juzgar la tierra una vez más. La tierra recobrada fue sumergida de nuevo bajo las aguas del abismo: vino el diluvio y cubrió toda la tierra, y simbólicamente el hombre fue separado del disfrute de la tierra, Cristo. ¿Recuerda usted la frase en Efesios: "separados de Cristo"? Todas esas personas que estaban bajo el juicio del diluvio eran un tipo de las personas que están separadas de Cristo. Hablando figuradamente, estar separados de la tierra equivale a estar separados de Cristo. Pero mediante la redención efectuada por el arca, Noé y su familia obtuvieron el derecho de poseer la tierra y disfrutar de todas las riquezas de la misma. El arca los regresó al disfrute de la tierra. El diluvio separó a la gente de la tierra, pero el arca los regresó a la tierra. Una vez más el hombre tomó posesión de la tierra y disfrutó de sus riquezas. Pero una vez más, poco después, el enemigo hizo algo para estropear el disfrute de la tierra. Por lo tanto, de esa raza hecha rebelde por Satanás, Dios llamó a un hombre, Abraham, y le dijo que lo llevaría a cierta tierra. Ahora usted puede entender que la obra de Dios siempre ha sido recobrar la tierra. La obra del enemigo es siempre frustrar, dañar, estorbar, hacer algo para dejar la tierra en un caos. Esta vez el Señor llevó de nuevo a la tierra el hombre que El había escogido. Pero recuerde bien que poco después, incluso este hombre escogido se dejó alejar gradualmente de la tierra hacia Egipto. Sí, y el Señor lo regresó una vez más a esta tierra. Luego todos sus hijos, el pueblo de Israel, dejaron la tierra y descendieron a Egipto. Entonces, después de un largo período de tiempo, el Señor vino y sacó de Egipto a todo el pueblo y lo metió de nuevo en esa misma tierra. Otra vez, después de otro período de tiempo, el enemigo intervino de nuevo y envió a los caldeos, el ejército de Babilonia, para dañar la tierra y capturar al pueblo, alejándolo de ella. Una vez más, después de setenta años, el Señor los regresó a esta tierra.

Esta es la historia del Antiguo Testamento. ¿Cuántas veces recobró el Señor la tierra? Por lo menos cinco o seis veces. El Señor la creó, pero el enemigo la dañó. Llegó el Señor a recobrarla, pero el enemigo respondió con algo más. El Señor obró otra vez para recobrarla, pero de nuevo el enemigo reaccionó. ¡Oh, en esto consiste la lucha! ¿Entiende usted? ¡En esto está la batalla!

Quisiera pedirle que usted considere el propósito de las batallas mencionadas en el Antiguo Testamento. ¿Con qué propósito se pelearon? Debemos comprender que todas estuvieron enfocadas en la tierra. El enemigo venía a asaltar la tierra, a tomar posesión de ella. Después Dios actuaba para pelear por Su pueblo y recobrar la tierra. Todas las batallas narradas en el Antiguo Testamento tenían que ver con este pedazo de tierra.

LA MEDIDA DE NUESTRA EXPERIENCIA DE CRISTO

¿Qué es la tierra? No se olvide nunca de que esa tierra es el Cristo todo-inclusivo. No es sólo Cristo, sino el Cristo todo-inclusivo. Si yo le preguntara a usted si tiene a Cristo, me contestaría: “¡Oh, alabado sea el Señor! ¡Lo tengo! ¡Tengo a Cristo!” Pero yo le preguntaría qué clase de Cristo tiene. Me temo que en su experiencia sólo tiene a un Cristo pequeño, a un Cristo pobre, y no a un Cristo todo-inclusivo.

Quisiera contarle una historia verídica. Poco después de ser salvo, estudié las Escrituras y se me enseñó que el cordero de la pascua era tipo de Cristo. ¡Oh, cuando supe esto, cuánto alabé al Señor! Exclamé: “¡Señor, te alabo! Tú eres el cordero. ¡Tú eres el cordero para mí!” Pero le pido que compare el cordero con la tierra. ¿Qué clase de comparación puede hacerse entre un cordero y una gran tierra? ¿Qué es el cordero? Hay que decir que es Cristo. Pero, le diría que es un Cristo pequeño. Esa no era la meta de Dios para Su pueblo. Dios nunca les dijo: “Bien, mientras tengan al cordero, es suficiente”. ¡No! Dios les dijo que la razón por la que les dio el cordero era llevarlos a la tierra. La pascua tenía como fin la tierra.

¿Tiene usted a Cristo? Sí, lo tiene. Pero ¿qué clase de Cristo tiene: un cordero o una tierra? En el día de la pascua

en Egipto todo el pueblo de Israel tuvo el cordero, pero siento decir que muy pocos de ellos entraron en la buena tierra. Muy pocos tomaron posesión de esa tierra.

Después de uno o dos años de ser salvo, me enseñaron que el maná que los hijos de Israel disfrutaron en el desierto también era tipo de Cristo. Me regocijé mucho. Me dije: "Señor, Tú eres mi alimento. No sólo eres el cordero para mí, sino que también eres mi maná de cada día". Pero quisiera preguntarle, ¿es el maná el propósito o la meta de Dios? ¿Liberó Dios a Su pueblo de Egipto para que disfrutaran del maná en el desierto? ¡No! La tierra es el propósito; la tierra es la meta. ¿Disfruta usted a Cristo como la tierra? Lo dudo, y me atrevo a decir que usted también lo duda. Usted puede decir que disfruta al cordero como su pascua y al Señor como el maná diario, pero muy pocos pueden decir que realmente disfrutan al Cristo todo-inclusivo como la tierra.

En el capítulo dos de Colosenses la Palabra nos dice que hemos sido arraigados en Cristo. Ahora bien, le pediría a usted que considerara: Si hemos sido arraigados en Cristo, entonces ¿qué es Cristo para nosotros? Sí, Cristo es la tierra; Cristo es el suelo. Una planta o un árbol se arraiga en el suelo, en la tierra. Incluso nosotros hemos sido arraigados en Cristo. Me temo que usted nunca se había dado cuenta de que Cristo es para usted el suelo mismo, la tierra misma. Usted es una pequeña planta arraigada en esta tierra que es Cristo mismo. Debo confesar que hace sólo cinco o seis años, yo no tenía tal pensamiento. Leía las Escrituras y pasaba mucho tiempo en el libro de Colosenses. Lo leí una y otra vez, pero no recibía la luz. Antes no sabía que Cristo es el suelo, la tierra misma. No fue sino hasta los años recientes que mis ojos fueron abiertos.

Pienso realmente que la mayoría de los hijos del Señor todavía están en Egipto. Han experimentado solamente la pascua; han tomado al Señor sólo como el cordero. Han sido salvos por el cordero, pero no han sido libertados de este mundo. Sí, algunos han salido de Egipto, es decir, han sido libertados del mundo, pero todavía andan vagando por el desierto. Disfrutan de Cristo un poquito más; lo disfrutan diariamente como su maná. Se glorían de que disfrutan a Cristo como su alimento y están muy satisfechos. Pero hermanos y

hermanas, ¿es esto suficiente? Creo que cuando nos encontramos con personas que disfrutan a Cristo como su maná diario, nos sentimos muy contentos. Decimos: “¡Alabado sea el Señor! Aquí hay algunos hermanos y hermanas que realmente disfrutan al Señor como su maná día tras día”. Pero debemos comprender que esto no satisface el propósito de Dios. El propósito de Dios no es que simplemente disfrutemos a Cristo un poquito, sino que Cristo nos sea todo-inclusivo. Consideremos este versículo: “Por lo tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en El” (Col. 2:6). El es una esfera, un ámbito, donde debemos andar. El no es solamente comida o agua, sino que también es una esfera, una tierra, donde podemos andar. Debemos andar en El. El es nuestra tierra, El es nuestro reino. Andemos en El.

Creo que el cuadro está muy claro. En Egipto se tenía el cordero, en el desierto estaba el maná, y delante del pueblo de Israel estaba la tierra de Canaán. Esta es la meta; esta tierra es la meta de Dios. Tenemos que entrar en ella. Es nuestra porción. Es el don todo-inclusivo que Dios nos ha dado. Debemos tomar posesión de ella. Es nuestra, pero tenemos que disfrutarla.

En estos días hemos hablado mucho acerca de la Iglesia y la expresión del Cuerpo de Cristo. Pero usted y yo debemos comprender que si no tomamos posesión de Cristo como el Cristo todo-inclusivo y lo experimentamos así, nunca existirá la realidad de la Iglesia. Tenemos que comprender que hemos sido arraigados en Cristo de la misma manera que una planta es arraigada en la tierra. Debemos poseer a Cristo como el todo para nosotros, no en simples palabras o doctrinas, sino en la realidad práctica. Hay que comprender que así como la tierra lo es todo para la planta, así también Cristo lo es todo para nosotros. Hay que comprender esto a tal grado que podamos experimentar a Cristo. Usted y yo ya hemos sido arraigados en Cristo, pero no nos damos cuenta de este hecho, no tomamos posesión de ello. Colosenses nos dice que habiendo sido arraigados, estamos siendo edificados en El junto con otros. Si no tenemos la experiencia de haber sido arraigados en Cristo, ¿cómo podemos ser edificados con otros? Esta es la razón por la cual la edificación de la Iglesia entre el

pueblo del Señor casi no existe. ¿Cómo podría haber existido un templo y una ciudad cuando el pueblo de Israel todavía vagaba por el desierto? Puesto que ellos no poseían la tierra, era imposible. ¿Cómo puede existir la verdadera edificación de la Iglesia? ¿Cómo puede existir la verdadera expresión del Cuerpo de Cristo? Unicamente puede existir cuando nosotros comprendamos y experimentemos a Cristo como nuestro todo. Hermanos y hermanas, que el Señor abra nuestros ojos.

ALGUNOS EJEMPLOS PRACTICOS

Todos los días nos expresamos con muchas palabras. Pero, ¿se ha dado cuenta usted de que todas nuestras palabras deben ser Cristo? ¿Es Cristo lo que usted habla? ¿Tiene usted a Cristo como sus palabras? Si no es así, está hablando necesidades. Quizás me pregunte qué quiero decir con esto. Lo que quiero decir es esto: si usted ha recibido la luz para ver que en la mente de Dios, Cristo es el todo, el Espíritu Santo lo llevará a comprender que aun las palabras que usted habla día tras día deben ser Cristo; aceptará usted la obra de la cruz sobre su boca y sus palabras. Será renovado en su modo de hablar. Será renovado en su lenguaje. Experimentará a Cristo a tal grado que dirá: "Señor, si lo que voy a decir no proviene de Ti, no lo diré. Aplico la cruz a mi boca. Aplico la cruz a mi hablar para ser renovado por Ti en mis palabras".

Quisiera ofrecer otro ejemplo de cómo experimentar a Cristo como nuestro todo. Cada vez que vayamos a comer, inmediatamente debemos estar conscientes de que Cristo es nuestro verdadero alimento. Tenemos que decir: "Señor, éste no es mi verdadero alimento. Tú eres el alimento por el cual vivo. El hombre no vive realmente de este alimento, sino de Ti mismo. Señor, quiero pasar más tiempo tomándote a Ti que alimentándome con esta comida". Cuando vayamos a descansar debemos decir: "¡Señor, Tú eres mi descanso, mi verdadero descanso!" Cualquier cosa que vayamos a hacer, en cualquier cosa que vayamos a disfrutar o a experimentar, debemos darnos cuenta de que Cristo es esa misma cosa.

Hermanas, ustedes son las que siempre van de compras. ¿Alguna vez han pensado que Cristo es aquella cosa que buscan para comprar? Creo que muy pocas han tenido tal

pensamiento. Quizás hayan escuchado un mensaje acerca de Cristo como nuestro todo; han cantado ¡aleluya! en las reuniones, pero inmediatamente después se han olvidado de todo. Si han recibido la luz verdadera del Señor, el Espíritu Santo les señalará a Cristo en una forma práctica, día tras día y paso a paso. Les mostrará que todo lo que vayan a comprar debe ser una figura de Cristo. No querrán pagar el precio por nada que esté fuera de Cristo. Dirán: “Quiero ganar a Cristo. Quiero tener más de Cristo”. Podrán aplicar a Cristo a todas las cosas.

Jóvenes, cuando vayan a estudiar, pueden decir: “Señor, Tú eres mi libro. Quiero leerte. Quiero estudiarte a Ti mucho más que a estos libros. Quiero aplicarte ahora mismo mientras estoy leyendo”.

Trate usted de ejercitarse así día tras día. Tome a Cristo como la tierra; tómelo como su todo, no sólo como su alimento, su luz y su morada, sino también como su tierra todo-inclusiva. Debe comprender que Cristo es el todo-inclusivo para usted. Debe tener la práctica de experimentar a Cristo y de aplicarlo en todo. Entonces, creo que saldrá algo de usted y ese algo será la edificación de la Iglesia en el reino de Dios, el templo en la ciudad. Este es el propósito de Dios.

CAPITULO DOS

LA EXCELENCIA DE LA TIERRA: SU AMPLITUD

Lectura bíblica: Dt. 12:9; He. 4:8, 9, 11; Ef. 3:17, 18; Fil. 3:7, 8, 10, 12-14; Ex. 3:8; Dt. 4:25

Hemos visto en el Antiguo Testamento que la tierra, con su templo y ciudad, es el centro del plan de Dios. Lo que Dios había planeado hacer sobre esta tierra, era obtener esa porción de tierra con el templo y la ciudad edificados en ella. El templo es el centro de la presencia de Dios, y la ciudad es el centro de la autoridad de Dios. La presencia de Dios y la autoridad de Dios podían realizarse solamente por medio de la edificación del templo y la ciudad en esa porción de tierra. Quisiera pedir que usted considere una y otra vez todo el relato del Antiguo Testamento. Todo el Antiguo Testamento trata de esa porción de tierra, y su templo y la ciudad.

EL TIPO TODO-INCLUSIVO DE CRISTO

Ya hemos visto que esta tierra es el tipo completo, el tipo todo-inclusivo de Cristo. Sabemos que hay muchos tipos en el Antiguo Testamento. Sabemos que el cordero de la pascua es tipo de Cristo; también sabemos que el maná es tipo de Cristo. El tabernáculo con todo su mobiliario, sus utensilios y sus varias ofrendas, también es tipo de Cristo. Pero quisiera hacerle a usted notar que sin este pedazo de tierra, no habría un tipo todo-inclusivo de Cristo. El cordero de la pascua no es el tipo todo-inclusivo, ni lo es el maná, ni tampoco el tabernáculo con todo lo relacionado con él. Muchas y diferentes clases de ofrendas fueron ordenadas por el Señor, pero sólo describen algunos aspectos de Cristo. Solamente la tierra de Canaán es el tipo completo, el tipo todo-inclusivo de Cristo.

Todos hemos aceptado a Cristo como nuestro Redentor. ¡Esto es maravilloso! Pero tenemos que comprender que Cristo como Redentor no es todo-inclusivo. Se nos dice en las Escrituras que Cristo lo es todo y está en todos, que Cristo es todo-inclusivo. Todo está en El y El está en todo. No hay otro tipo en el Antiguo Testamento que lo muestre como tal, excepto la tierra de Canaán.

¿Qué queremos decir con la palabra “todo-inclusivo”? Se nos dice que Cristo es la luz, pero esto no es todo-inclusivo. Se nos dice que Cristo es nuestra vida, pero esto tampoco es todo-inclusivo. Se nos enseña que Cristo es el alimento y el agua viva, pero ni siquiera estas cosas indican que El es todo-inclusivo. Cristo lo es todo y está en todos. Cristo no solamente es la luz, la vida, el alimento y el agua viva, sino que es todo para nosotros. Cualquier cosa que usted necesite, toque, obtenga, disfrute o experimente: todo debe ser Cristo. Cristo es Aquel que es todo-inclusivo para nosotros.

No estamos hablando doctrinalmente, sino muy prácticamente. Cuando usted hace algo, disfruta algo o emplea algo, inmediatamente debe aplicar a Cristo. Por ejemplo, cada uno de ustedes está sentado en un asiento. ¿Se han dado cuenta de que ése no es el verdadero asiento? Sólo es una sombra, una figura que señala a Cristo. Cristo es el verdadero asiento. Si usted no tiene a Cristo, significa que en toda su vida nunca ha tenido un asiento. No ha habido reposo para usted. No tiene nada de que pueda depender. Tiene algo falso, porque Cristo es lo verdadero.

Déjeme decir algo que tal vez le suene raro. A veces, al ponerme los anteojos digo: “Señor, éstos no son mis verdaderos anteojos; Tú eres mis verdaderos anteojos. Sin Ti no puedo ver nada. Sin Ti no tengo vista”. Cristo es todo para nosotros. Si usted tiene a Cristo y tiene la manera de experimentarlo, lo tiene todo. Si no lo tiene a El y no sabe cómo aplicarlo y experimentarlo en esta manera práctica, no tiene nada.

Cuando sube las escaleras, ¿se da cuenta de que Cristo es la escalera verdadera? Se le ha dicho que Cristo es el camino, y que sin El no hay camino. Entonces, al caminar y al manejar debe decir: “Señor, Tú eres mi camino. Sin Ti no tengo camino, no tengo manera de hacer las cosas, de seguir

adelante, ni de ser una persona". Cristo es todo para nosotros; por lo tanto, El es nuestro camino.

Muchas veces durante los años que he servido al Señor, he visto problemas entre esposos y esposas. Frecuentemente los hermanos han venido a preguntarme: "Hermano Lee, por favor ¿me puede decir cuál sería la mejor manera de tratar a mi esposa?" Mi respuesta siempre es ésta: "Hermano, no hay tal 'mejor manera'. La mejor manera es Cristo mismo". Casi siempre que contesto así, la persona no me entiende. Siempre dice: "¿Qué quiere decir con eso?" Le contesto: "Hermano, quiero decir que Cristo es la mejor manera para tratar con su querida esposa". A veces, la persona sigue insistiendo en que le diga en detalle cómo vivir, cómo llevarse bien y cómo tratar con su esposa. Luego le digo: "Hermano, ya le dije claramente, Cristo es la mejor manera de tratar con su esposa. Es muy sencillo. Olvídense de todo. Simplemente vuélvase al Señor en su espíritu para tener contacto personal con El. Dígale: 'Señor, Tú eres mi vida, Tú eres mi camino, Tú eres mi todo. Así que, vengo a Ti una vez más para tomarte como mi todo. Te tomo como la manera de tratar con mi esposa'. Asegúrese de que lo sabe. Yo no puedo decirle lo que tiene que hacer; el Señor mismo será su manera, créamelo".

Especialmente a las hermanas les gusta entrar en los detalles de sus problemas matrimoniales. Dicen: "Oh, hermano, por favor, déme un poco de su tiempo, sea paciente conmigo. Déjeme contarle toda la historia". Yo les contesto: "Hermana, tengo paciencia; estoy dispuesto a escucharla. Pero le digo que es inútil. Cuanto más me diga, cuanto más me cuente de esto y lo otro, más se meterá en problemas. Sea sencilla. Arrodíllese y desde su espíritu dígale algo al Señor. No me lo diga a mí. Esto no quiere decir que yo no quiero escucharla, pero yo no puedo indicarle ninguna otra manera que sea mejor que Cristo mismo. Debe tener contacto con Cristo una vez más". Con el tiempo, la mayoría de los hermanos y hermanas se han convencido y han llegado a conocer algo de Cristo en una forma práctica. Han venido a decirme: "Ahora sé que Cristo es la mejor manera de tratar con mi esposa" o "Cristo es la mejor manera de tratar con mi esposo".

¿Comprende usted? Esto no es simplemente una doctrina o alguna clase de enseñanza. Es algo que se debe experimentar. Usted tiene que aplicar a Cristo en su vida diaria.

El pueblo de Israel disfrutó del cordero de la pascua y luego, día tras día por cuarenta años, disfrutó el maná, pero ellos nunca estuvieron satisfechos. Sólo aplicaron un poquito de Cristo; sólo experimentaron una pequeña porción de Cristo. No fue sino hasta que entraron en la tierra de Canaán que El fue todo para ellos, y ellos estuvieron completamente satisfechos. Después de que entraron en la tierra, lo que comían y lo que bebían provenía de la tierra, es decir, todo su vivir provenía de la tierra. La tierra era todo para ellos. No hay otro tipo en el Antiguo Testamento que sea todo-inclusivo como lo es la tierra de Canaán.

EL REPOSO PARA EL PUEBLO DE DIOS

Hay que comprender por qué Dios dijo que esta tierra era el reposo para Su pueblo. El cordero no era el reposo. El maná no era el reposo. Pero la tierra sí es el reposo. El pueblo de Israel disfrutó del cordero de la pascua, pero no entró en el reposo. Todos los días por cuarenta años, ellos disfrutaron del maná, pero aún así no entraron en el reposo. Sabemos lo que es el reposo. El reposo es algo completo, algo pleno, algo perfecto. Cuando uno lo tiene todo, realmente puede descansar. Debido a que el cordero de la pascua no era la porción completa y perfecta para el pueblo de Israel, no era su reposo. Era bueno hasta cierto punto, pero no era el reposo. El maná también era bueno en un aspecto particular, pero no era la porción completa y perfecta. Sólo la tierra fue el reposo para el pueblo de Dios, porque la tierra era el cumplimiento, la perfección y la plenitud. En la tierra lo tenemos todo; la tierra nos satisfará.

En Hebreos 3 y 4 podemos comprender que la tierra, la cual era el reposo para el pueblo de Israel, es tipo de Cristo. Cristo es el reposo porque El es todo para nosotros. La mayoría de nosotros todavía no estamos en la posición de conocer a Cristo como Aquel que es todo-inclusivo para nosotros en nuestra experiencia. Lo conocemos solamente como nuestro Salvador, como nuestro Redentor, como nuestra vida y como

nuestro camino. Muy pocos conocemos a Cristo como nuestro todo. La tierra es la meta, es el objetivo, la tierra es el propósito eterno de Dios. A menos que podamos experimentar a Cristo como la tierra, careceremos de algo. Necesitamos ver que todavía hay mucho más de Cristo de lo que hemos experimentado. Lo hemos experimentado sólo un poco. Esta es la carga profunda que tenemos en estos días. Pero creemos que el Señor va a recobrar esto.

LA EXCELENCIA DE LA TIERRA

Muchas veces en el Antiguo Testamento este pedazo de tierra es llamado *una buena tierra*. Es realmente extraordinario. “Yo los introduciré en *una buena tierra*”. Si no pone atención especial a esto, pensará que ésta es solamente una afirmación común. Siempre estamos diciendo que algo es “bueno” y viene a ser sólo una forma rutinaria de descripción que no conlleva ningún significado especial. Pero cuando el Señor dice que algo es bueno, debemos ponerle atención. Esto no es trivial. Y El lo repite una y otra vez: una buena tierra ... una buena tierra ... ¡una buena tierra! ¡Tiene que ser realmente buena!

¿En qué consiste la excelencia de esa tierra? Si el Señor dice que es una buena tierra, entonces ¿qué es lo bueno de ella? La mayoría de nosotros no hemos prestado mucha atención a este punto. La hemos conocido como la buena tierra y lo hemos dejado ahí, sin indagar la razón por la cual es llamada buena.

Es bastante difícil definir en una forma completa la excelencia de esa tierra. En primer lugar, le voy a señalar una definición bastante peculiar. Usted ya la ha leído. Exodo 3:8 dice: “He descendido para ... sacarlos de aquella tierra a una tierra buena ancha...” Una tierra ancha. El señor J.N. Darby nos informa que es mejor usar la palabra “espaciosa” que la palabra “ancha” al traducir este versículo. Es una tierra buena y espaciosa. En primer lugar es buena en ser *espaciosa*.

Usted entiende lo que significa ser espacioso. Pero ¿puede describir la amplitud de esta tierra? ¿Puede describir la extensión, la expansión de Cristo? En otras palabras, ¿sabe cuán grande es Cristo? Cada uno de nosotros tiene cierta

medida, pero ¿cuál es la medida de Cristo? El apóstol Pablo nos la da en Efesios capítulo 3. Las medidas de Cristo son *la anchura, la longitud, la altura y la profundidad*. ¿Puede decir cuán ancha es la anchura, cuán larga es la longitud, cuán alta es la altura, y cuán profunda es la profundidad? Si me lo preguntara a mí, tendría que decirle: "No lo sé. El es ilimitado". La anchura de Cristo es la anchura del universo. Cristo es la anchura, Cristo es la longitud, Cristo es la altura y Cristo es la profundidad de todo el universo. Si el universo tiene límite, ese límite debe de ser Cristo. Las dimensiones de Cristo son inmensurables. Este es el primer aspecto de la excelencia de la tierra. La tierra es buena en cuanto a la medida ilimitada de Cristo.

LA APLICACION DE LA AMPLITUD DE CRISTO

Quisiera preguntarle: ¿Puede aplicar esto? ¿Puede aplicar la medida de Cristo? ¿Puede aplicar la anchura, la longitud, la altura y la profundidad? Déjeme ilustrarlo. Un día se me acercó una hermana y me dijo: "Hermano, usted conoce a mi familia. Ya sabe qué clase de persona es nuestro hermano [el esposo de ella]". Yo le contesté: "Sí, lo sé, lo sé". "También sabe que tengo cinco niños y que viene otro en camino, y llegarán a ser seis. Todavía estoy joven, y me temo que después del sexto vengan aún más niños. Me preocupa esta situación". Luego le pregunté: "Hermana, ¿sabe usted cuán grande es Cristo?" Me dijo: "Hermano, ésa es una pregunta rara. Nunca he pensado en ello. ¿Qué quiere decir con eso?" Después le hice comprender que el Cristo que había recibido es un Cristo ilimitado. Pero no es fácil ayudar a la gente a comprender cuán grande es Cristo en una forma práctica. Ella me dijo: "Hermano, sé que el Señor es muy grande; esto lo sé muy bien". Así que, le dije: "Hermana, estoy muy familiarizado con su problema, y le doy gracias al Señor por todo lo que usted ha experimentado. Dígame, ¿cómo es que usted se ha sostenido y ha podido sobrellevarlo todos estos años?" Me respondió: "¡Oh, es el Señor! Sin El no habría podido". Entonces le dije: "Hermana, ¿cree usted que el Señor es tan limitado? Si El pudo sostenerla en los años pasados cuando tenía un esposo y cinco niños, ¿no podrá ayudarla cuando tenga uno o dos niños más?

¿Es acaso el Señor tan pequeño y restringido?" Por fin entendió. "Hermano, por supuesto que el Señor es ilimitado, sí, ¡es ilimitado!" Le seguí diciendo: "¡Qué bueno, hermana! Si sabe que el Señor es ilimitado, eso es suficiente. Váyase en paz y eche toda su ansiedad sobre El. Acójase al Señor como su ayuda ilimitada".

En otra ocasión se me acercó un hermano y me dijo: "Hermano, mi esposa es así y así. Me temo que las cosas vayan de mal en peor. Hasta ahora he podido soportar, pero si algo más sucede, temo sufrir un colapso nervioso. Sólo pensar lo es insufrible". Le contesté de la misma manera que a la hermana. "Hermano, ¿cómo es que ha podido soportarlo hasta ahora?" "¡Oh, hermano, sólo por Cristo!" exclamó. Entonces le dije: "Piensa, hermano, que el Señor es limitado que sólo llega a ese grado? Si experimentara al Señor de una manera más amplia, si experimentara a un Cristo más grande, usted podría enfrentarse a una situación peor". "Oh", exclamó, "Eso es lo que me temo. Ya es bastante mala. ¡Le pediría al Señor que se detuviera aquí ahora mismo!". Le dije: "Bueno, si esto le es suficiente, sólo podrá conocer a Cristo hasta ese grado. Si quiere tener una experiencia de Cristo que vaya en aumento, debe estar dispuesto a enfrentar una situación peor cada día".

Oh, hermanos, *en su experiencia* pueden conocer la extensión, la vastedad de Cristo. Por su experiencia pueden darse cuenta de la amplitud de Cristo. El es ilimitado. Cristo es bueno en lo ilimitado que es.

LA DIFERENCIA ENTRE NUESTRA BONDAD Y LA DE CRISTO

Un día un hermano se me acercó y me dijo: "Me es bastante difícil entender la diferencia entre nuestra paciencia y amor, y la paciencia y el amor de Cristo. ¿Cuál es nuestra paciencia y cuál es la de Cristo? ¿Cuál es nuestro amor y cuál es el de Cristo?" No fue fácil contestarle. "Hermano", continuó, "¿cómo puedo saber si amo a una persona con mi propio amor o con el amor de Cristo?" Consideré un poco y luego le contesté: "Si el amor con que usted ama a otros es el amor de Cristo, es ilimitado, nunca podrá agotarse. Si el amor con que ama a otros es su propio amor, estoy seguro de que se

acabará, tendrá un límite. Hoy usted amará y mañana seguirá amando; en ciertas cosas amará a la persona y en otras le seguirá amando; le amará hoy, al siguiente día, y el tercero; le amará este mes, este año y el siguiente; pero estoy seguro de que llegará el día en que ya no le amará más; su amor se agotará".

Para la bondad humana hay un límite, pero para la de Cristo no lo hay. Si la paciencia suya tiene un límite, ésa no es la paciencia de Cristo. Si es paciente con la paciencia de Cristo, cuanto más maltratado sea, tanto más paciente será. Esa paciencia no se acabará. Cristo es bueno en que es ilimitado; Cristo es bueno en Su vastedad. Respecto a todo lo relacionado con El no hay límite ni variación.

Creo que la mayoría de nosotros hemos experimentado o visto algo de los problemas entre esposo y esposa. Algunas veces he visto algunos esposos que aparentemente aman mucho a su esposa. Siempre pudo predecir que después de cinco años, este hombre no la amará tanto; su amor se acabará, pero el amor de Cristo nunca podrá agotarse. Si usted ama a su esposa con el amor de Cristo, ese amor será ilimitado. Si la ama con su propio amor, esté seguro de que cuanto más la ame hoy, tanto más la odiará algún día. Alabado sea el Señor, porque podemos amar a otros con el amor de Cristo. Podemos decir: "Señor, no es mi amor, sino el Tuyo, y Tu amor es Tu mismo ser. Amo a otros contigo mismo, amo a otros en Ti, y amo a otros a través de Ti. Las dimensiones del amor con el que amo a otros son la anchura, la longitud, la altura, y la profundidad de Cristo".

Esa porción de tierra es buena. Es buena en su vastedad. No hay límites para Cristo. Oh, hermanos, no me gusta hablar mucho de mí mismo, pero puedo testificar que el Cristo que nosotros experimentamos es un Cristo ilimitado. Durante los últimos treinta años las cosas que me han acontecido siempre han ido en aumento. La carga por la obra del Señor, por las iglesias y por los colaboradores ha seguido creciendo. Los problemas nunca han menguado. Día tras día las cargas, los problemas y las dificultades han ido en aumento. Pero, alabado sea el Señor, a través del aumento de la carga, he experimentado a Cristo más y más. Me he dado cuenta de que

Cristo no tiene ninguna clase de límite. Nunca podrá haber un problema que sea más grande que Cristo. Nunca podrá haber una situación que El no pueda resolver.

Tengo un pañuelo que tiene ciertas medidas, quizás sea de treinta por treinta centímetros. Sólo puede cubrir cierto espacio. Nunca podría cubrir todo el cuarto; no es lo suficientemente grande. Pero se debe entender que Cristo es como un retazo de tela sin límite. No podemos determinar cuán ancho o cuán largo es. No tiene límite. El puede abarcar cualquier cosa y todas las cosas. No importa cuán grande sea el problema, Cristo puede abarcarlo. Cristo es bueno en lo ilimitado que es. Cristo es bueno en Su anchura, Su longitud, Su altura y Su profundidad. Cristo es esta tierra espaciosa para nuestra experiencia y disfrute en cada situación.

CAPITULO TRES

LA EXCELENCIA DE LA TIERRA: SU ALTITUD

Lectura bíblica: Dt. 32:13; Ez. 20:40-42; 34:13-15; 37:22; Hch. 2:32-33; Ef. 2:6; Col. 3:1; Fil. 3:10

Ya hemos visto que la tierra es buena en su amplitud. Ya que es espaciosa, es buena. Ahora necesitamos ver algo más acerca de la excelencia de la tierra. En las Escrituras se nos dice que en esta tierra están las alturas de la tierra: “Lo hizo subir por las alturas de la tierra” (Dt. 32:13). Así que, esta tierra es buena también por su altitud.

EL CRISTO RESUCITADO Y ASCENDIDO

La mayoría de nosotros sabemos que la tierra de Canaán es una tierra alta. Por lo menos está entre 600 y 1,300 metros sobre el nivel del mar. Es una tierra de montañas. Los libros de Deuteronomio y Ezequiel contienen muchos pasajes donde se nos dice que la tierra de Israel es un país alto y montañoso.

¿Qué tipifica esto de Cristo? Para contestar esta pregunta tenemos que mirar un mapa. A un lado de la tierra de Canaán está el mar Grande, o sea, el mar Mediterráneo. Al otro lado hay otro mar, el mar Muerto. Así que, a ambos lados de esta tierra hay mares. De acuerdo con la tipología de las Escrituras, los mares representan la muerte. ¡Esto significa que alrededor de Cristo no había más que la muerte! Pero de esta muerte algo surgió. ¡Cristo fue resucitado de entre los muertos! Así que la tierra alta, la tierra de las montañas, tipifica al Cristo resucitado, al Cristo ascendido. Cristo resucitó de entre los muertos y fue exaltado a los cielos. El es Aquel que resucitó y ascendió a lo alto. El es la alta montaña. Cristo es la

tierra alta sobre las montañas de Israel. Fuera de El y aparte de El no hay nada más que muerte.

En el día de Pentecostés, Pedro se puso de pie con los once. Consideremos la situación de aquel día. Allí estaba Pedro, un pescador, un hombre pequeño, humilde y aparentemente sin ningún valor. Pero cuando se puso de pie con los once para testificar y proclamar que Jesús había resucitado y que había ascendido a los cielos, este hombre pequeño tenía una posición mucho más alta que el rango más elevado de la tierra. Las personas más importantes y más exaltadas de la tierra no podían compararse con Pedro y con aquellos que estaban con él. ¿Por qué tenían una posición tan elevada? ¿Cómo era posible que tales personas fuesen tan exaltadas? Porque en el mismo momento que se pusieron de pie para hablar del Cristo ascendido, estaban en el Cristo ascendido. No estaban en la tierra; estaban en los cielos. Leyendo los primeros capítulos de Hechos, usted se dará cuenta de que Pedro, Juan y los otros que estaban con ellos eran personas que estaban en una montaña, personas que estaban en los cielos. Superaban todo lo de esta tierra. El sumo sacerdote, los reyes y los gobernadores del pueblo estaban bajo sus pies. Sobrepasaban al rango más elevado del hombre debido al Cristo ascendido, y a que estaban en este Cristo ascendido; andaban en El. Ellos vivían en esta montaña alta, en esta tierra alta.

Oh, hermanos y hermanas, Cristo no es solamente espacioso, sino que es más alto que todos; ¡El es trascendente!

EXPERIMENTAR AL CRISTO ASCENDIDO

Creo que la mayoría de nosotros hemos tenido alguna experiencia de Cristo en esta forma. ¿Cuál es esta experiencia? Permítame compartir algo de la mía.

En 1943, por causa de la obra del Señor, la policía militar japonesa me puso en prisión. En ese tiempo el ejército japonés se había apoderado de una gran parte del continente de China, y la ciudad donde yo trabajaba estaba bajo su dominio. Durante el encarcelamiento, me llevaban a juicio casi todos los días, en la mañana y en la tarde. De las 9:00 de la mañana a las 12:00 y de las 2:30 a las 6:00 de la tarde, yo estaba en pie delante de ellos. No se puede imaginar cuán horrible era la

situación. Yo no tenía ninguna ayuda más que el Señor, ni ninguna manera de obtener ayuda, sino orando al Señor. Me encerraron incomunicado porque temían que alguna palabra mía saliera al exterior. No tenía nada que hacer más que orar a toda hora, y puedo testificar que cuanto más oraba, tanto más sentía que yo estaba en los cielos. No estaba en prisión, estaba en los cielos. Cuando iba a juicio delante de los oficiales, me sentía mucho más elevado que ellos. No estaba en una posición inferior a ellos; estaba en una posición superior. ¿Por qué? Porque estaba en el Cristo ascendido. La prisión no era nada para mí, sino que Cristo era el todo para mí. Oh, hermanos y hermanas, en medio de todas las amenazas de ellos, yo estaba viviendo en los cielos.

Después de tres semanas de tratarme así, no pudieron encontrar ninguna falta en mí. El único juicio que pudieron emitir fue que yo era una persona supersticiosa. Dijeron: "Señor Lee, usted está poseído de Dios". Un día me sacaron de la celda sólo para burlarse de mí. "Díganos" —ordenaron— "¿cuál es más importante, Dios o la patria?" Yo conocía su táctica. Si hubiera dicho que era más importante mi país, ya no me habrían juzgado como persona supersticiosa, sino como patriota. Su intención era determinar si yo era o no un patriota, si me importaba o no el país. Yo vacilé. Siguieron insistiendo: "¡Conteste pronto, pronto!". Cuanto más decían "pronto", tanto más yo vacilaba. Finalmente les dije: "Para mí, Dios es primero". Entonces dijeron: "Bueno, que Dios le dé su pan hoy, no le daremos más alimento en la cárcel". Esta fue otra clase de amenaza. Sólo les sonréí y me regresé a mi celda.

Poco después, un joven griego fue arrestado y encarcelado. Como este hombre no tenía relaciones con nadie en la ciudad y por eso no podría comunicar nada acerca de mí, le pareció a la policía militar que no había riesgo al ponernos en la misma celda. Cuando llegó la hora de la comida, el soldado japonés que distribuía la comida llegó a la celda. El no podía hablar en chino, así que me llamó la atención y empezó a burlarse de mí haciendo señas con el dedo hacia arriba varias veces. Eso quería decir que no me daría nada y que Dios tenía que alimentarme. Le dio algo de pan al joven griego y me dejó sin nada. Cuando se fue el soldado, el joven griego habló conmigo

y me preguntó acerca de mi situación; así que le conté la historia. Entonces me dijo: "Oh, Señor Lee, yo no me voy a comer este pan. Tómelo usted". "Pero" —le contesté— "ésta es su porción". Me contestó: "Usted está sufriendo por causa de Cristo. ¿Acaso no debo compartir con usted sus sufrimientos"? Así que, me obligó a comer el pan y beber la leche.

Al día siguiente me sacaron de la celda para burlarse de mí una vez más. Me dijeron: "¿Te dio de comer tu Dios"? "¡Sí!" les dije. No pudieron hacerme nada. Les parecía que yo era sólo una persona supersticiosa a quien no le importaba nada más que Dios. Luego me dijeron: "Está bien, le hablaremos a un barbero para que le corte el pelo y le traeremos comida buena del restaurante".

¿Se da cuenta usted de qué clase de experiencia fue ésa? Fue una experiencia del Cristo ascendido. Estamos en Aquel que ha ascendido. Cuando lo experimentamos, estamos en la misma posición. Somos trascendentes; todo queda bajo nuestros pies.

Poco tiempo después de que me dejaron en libertad, me enfermé gravemente de tuberculosis. Estuve en cama por seis meses de descanso absoluto, y después pasé otros dos años y medio muy restringido en mis actividades para poder recuperarme. Hablando de lo exterior, aquellos días fueron realmente oscuros. Pero puedo decir que cada vez que oraba no me sentía en la cama, sino en los cielos. Aunque estaba gravemente enfermo, al orar tenía la sensación de que no estaba en la enfermedad, sino de que estaba por encima de todo en los cielos. Usted no se imagina el deleite que tuve en el Señor en aquellos días. Primero encarcelamiento y persecución, luego pobreza y enfermedad. Pero, alabado sea el Señor, ¡el Cristo ascendido era mi camino! El Cristo trascendente era mi camino hacia los cielos.

Hermanos y hermanas, ¿cómo podemos estar en los cielos? Sencillamente estando en Cristo. Cristo ya ha ascendido. Cristo es ahora la alta montaña de este universo. El es la tierra elevada. Creo que la mayoría de ustedes entienden ahora lo que significa experimentar al Cristo ascendido.

Cuando era joven me dediqué a servir al Señor. Le estoy muy agradecido de que en Su arreglo soberano me juntó con

dos o tres colaboradores de más experiencia. Uno de ellos fue el hermano Watchman Nee. Recibí mucha ayuda de ellos. Un día al tener comunión con uno de ellos, quien era una hermana, me dijo cómo había experimentado algo de la resurrección y ascensión de Cristo. En ese entonces, hace cerca de treinta años, yo era un joven. No entendía qué tenía que ver con nosotros la resurrección y ascensión de Cristo. Doctrinalmente hablando, lo sabía todo acerca de la resurrección y la ascensión, pero no las conocía en mi experiencia. Esta hermana me dijo que había tenido muchas experiencias de la resurrección y ascensión del Señor. Me dijo: "Hermano Lee, un día me encontré en problemas. No había ninguna razón por la que debiera tener esos problemas, pero los tenía. Acudí al Señor y oré diciendo: 'Señor, ¿cuál es la razón de esto?' El Señor me contestó: 'Que conozcas el poder de Mi resurrección'". Ella me dijo que en verdad aprendió algo del poder de la resurrección. Bajo aquella presión, aquellos problemas y dificultades, ella había aprendido algo del gran poder de la resurrección de Cristo. Nada la podía oprimir ni deprimir. Cuanto más problemas tenía, tanto más era liberada. Luego me dijo que después de algún tiempo, le vinieron más problemas serios. De nuevo fue al Señor y le dijo: "Señor, ¿qué es esto?" Otra vez el Señor le contestó: "Esto acontece sólo para que conozcas el poder de Mi resurrección".

Oh, al escuchar su testimonio, yo sentía que ambos estábamos en los cielos. Ella no estaba sola allí, yo también estaba con ella. Esta es la experiencia del Cristo ascendido. Lo superamos todo y todas las cosas están bajo nuestro pies. Nada puede deprimirnos.

COMO APLICAR AL CRISTO ASCENDIDO

A veces uno dice: "Oh, ¡me siento muy deprimido!" ¿Sabe qué quiere decir eso? Significa que está bajo el poder de la muerte. Cuando siente depresión en el espíritu o en el corazón, significa que está bajo la amenaza de la muerte, que está bajo el poder de las tinieblas. Tiene que aprender a aplicar a Cristo, es decir, al Cristo ascendido, en su situación. Necesita tener contacto con Cristo en seguida. Debe decir: "No estoy de acuerdo con ser deprimido por ninguna clase de

situación. Tengo al Cristo ascendido; estoy en el Cristo ascendido". Tiene que decírselo al Señor y tener contacto con El. Cuando tenga contacto con El, usted será resucitado, estará ascendido, porque el Cristo con quien tiene contacto es el Cristo que ascendió a los cielos. Cuando tenga contacto con El, estará en las montañas altas, no en los valles. Estará en la tierra elevada, muy por encima del nivel del mar. El problema es que cuando se siente deprimido, se olvida de Cristo; se olvida de que tiene a tal Cristo, quien ha ascendido muy por encima de todo. No lo aplica a su situación, no acude a El. No tiene contacto con El.

Muchas veces se me acercan hermanos cuyas mentes están llenas de problemas. En cierta ocasión un hermano en tal condición vino a verme. Después de hablar con él por un rato, le dije: "Hermano, arrodillémonos a orar". Me respondió: "Hermano Lee, no puedo orar; mi mente está llena de problemas". Me temo que a veces usted sea exactamente como este hermano. Era sumamente difícil hacerlo orar. Al encontrarse con esa clase de hermano, uno realmente necesita fortaleza. A veces uno se deja afectar. Puesto que él no puede orar, usted se sentirá tan deprimido por causa de él que tampoco podrá orar. Se levantará y le dirá: "Hermano, ¿qué debemos hacer?" El ha venido para preguntarle qué debe hacer, y usted le responde con la misma pregunta. Sin Cristo no hay solución. Cuando me he encontrado en situaciones semejantes, he aprendido a ejercitar mi espíritu y mi fe. Digo: "Señor, Tú estás aquí. No estoy de acuerdo con esa situación. ¡Ata al enemigo! ¡Ata al hombre fuerte! ¡Libera a este hermano! ¡Libera su mente! ¡Haz que ore!" Necesitamos orar como guerreros. Debemos luchar. ¡Alabado sea el Señor! Al orar así para tener contacto con el Cristo ascendido, usted liberará el espíritu de otros. Los conducirá a los cielos. Muchas personas han sido liberadas con esa clase de oración. Pueden, entonces, orar con lágrimas diciendo: "Señor, te alabo, te alabo. ¡He sido liberado!"

Hermanos y hermanas, ¿cómo pueden pelear la batalla que hay dentro de ustedes? Se lo diré. La única forma es estar en el Cristo ascendido. Estando en los cielos con el Cristo ascendido, pueden pelear en contra del enemigo; y éste estará

debajo de sus pies. Cuando ustedes han sido oprimidos por Satanás, cuando han sido puestos debajo de los pies de él, ¿cómo pueden pelear en contra de él? Deben darse cuenta de que están en el Cristo ascendido. Ustedes están sentados en los cielos en Cristo.

Escuchemos lo que se nos dice en Ezequiel 34:13-15:

“Y yo las sacaré de los pueblos, y las juntaré de las tierras; las traeré a su propia tierra, y las apacentaré en los montes de Israel, por las riberas, y en todos los lugares habitados del país. En buenos pastos las apacentaré, en los altos montes de Israel estará su aprisco; allí dormirá en buen redil, y en pastos suculentos serán apacentadas sobre los montes de Israel. Yo apacentaré mis ovejas, y yo les daré aprisco, dice Jehová el Señor”.

En la tierra alta, en los montes de Israel, el pueblo del Señor disfrutaba de las corrientes de agua. Esas corrientes representan los arroyos del Espíritu Santo, el agua viviente del Espíritu Santo. En el Cristo ascendido, usted sentirá que fluye en su interior los arroyos de aguas vivas. Algunas veces se siente seco en el corazón y en el espíritu. Simplemente es porque no está aplicando al Cristo ascendido. Al ejercitar la fe y el espíritu para aplicar al Cristo ascendido a las situaciones, inmediatamente sentirá en su interior un arroyo viviente.

También se nos dice que en los montes el pueblo del Señor tiene buenos pastos, pastos suculentos, donde se alimenta. ¿Qué es esto? Es el Cristo de vida. El pasto representa a Cristo, quien está muy lleno de vida. Usted estará satisfecho. Nunca tendrá hambre. Cuando siente hambre en su espíritu, quiere decir que no está experimentando a Cristo como el Ascendido. Si en su situación aplica a tal Cristo, inmediatamente se sentirá satisfecho. Tendrá algo de que alimentarse. Tendrá las riquezas de los pastos de Cristo como su suministro.

Además, en esta tierra alta, tiene dónde acostarse con el rebaño. Esto es reposo. ¿Está inquieto? Tenga contacto con el Cristo ascendido y aplíquelo a su vida. En los montes de Israel encontrará reposo.

Usted tendrá el agua viva, los pastos suculentos y el buen redil donde pueda recostarse. Tendrá el agua refrescante,

el rico alimento que sustenta, y reposo. Y una cosa más, el Señor mismo será su Pastor. Todo esto se experimenta en el Cristo ascendido. Si usted ejercita su fe para aplicar a Cristo en todas sus situaciones, disfrutará de todas estas cosas. Experimentará al Señor no sólo en conocimiento y doctrina, sino en una forma muy práctica en la vida diaria.

Además, se nos dice que en la tierra alta de los montes de Israel el Señor aceptará a Su pueblo como incienso agradable. Allí le servirán, y el Señor estará con ellos. Ofrecerán al Señor sus oblaciones, y El las aceptará.

“Pero en mi santo monte, en el alto monte de Israel, dice Jehová el Señor, allí me servirá toda la casa de Israel, toda ella en la tierra; allí los aceptaré, y allí demandaré vuestras ofrendas, y las primicias de vuestros dones, con todas vuestras cosas consagradas. Como incienso agradable os aceptaré, cuando os haya sacado de entre los pueblos, y os haya congregado de entre las tierras en que estáis esparcidos; y seré santificado en vosotros a los ojos de las naciones. Y sabréis que yo soy Jehová, cuando os haya traído a la tierra de Israel, la tierra por la cual alcé mi mano jurando que la daría a vuestros padres”. (Ez. 20:40-42)

Esto quiere decir que por medio de experimentar a Cristo como el Cristo ascendido, seremos capacitados para servir al Señor. Entonces el Señor nos aceptará, y tendremos una excelente comunión con El. Todo depende de nuestra experiencia del Cristo ascendido.

SERVIR EN EL CRISTO ASCENDIDO

Muchas veces me he encontrado con personas que me hacen la misma pregunta: “Hermano, ¿le parece difícil o fácil servir al Señor?” Siempre les contesto en esta forma: “Depende de si usted le sirve al Señor en sí mismo, o en Cristo. Si usted le sirve en usted mismo, será muy difícil. Si le sirve en Cristo, será muy fácil. En Cristo, incluso lo laborioso de su obra, será para usted una cama de descanso. Cuanto más labore en el Señor, tanto más disfrutará el reposo del Señor”.

El hermano Nee me dijo: "Cada vez que sientas que tu obra para el Señor es una carga, debes decir al Señor que vas a tenderla y acostarse en ella como en una cama". ¿Entiende usted? Servir al Señor en el Cristo ascendido es simplemente un descanso. Cuanto más uno labora, tanto más descansa. Toda la diferencia se encuentra en el Cristo ascendido. Servir en El es verdaderamente un descanso.

En 1958 fui a Dinamarca y me encontré con un hermano que era un obrero de tiempo completo. El había aprendido mucho acerca de servir al Señor. Mientras estuve allí, me pidieron que diera una serie de mensajes en la conferencia que él daba. Posteriormente este hermano me acercó y me preguntó: "Hermano Lee, ¿se preocupa usted?" Le dije: "Hermano, ¿por qué me hace tal pregunta?" Me contestó: "Me doy cuenta de que usted tiene una gran carga. Cuida de toda la obra del Señor en el Lejano Oriente. Tiene muchos colaboradores, y hay muchas iglesias. Es una gran obra, y debe de haber muchos problemas asociados con ella. Me gustaría saber si usted se preocupa o no". Le contesté: "Hermano, míreme a la cara. ¿Le parece a usted que yo me preocupo?" El me contestó: "Esta es precisamente la razón por la cual vine a verlo. Pensé que debe tener muchas cargas, problemas y dificultades; usted debe de ser alguien que siempre está preocupado. Pero cuando veo su rostro, no hay ninguna muestra de preocupación. Parece que no se preocupa por nada". Entonces le dije: "Hermano, alabado sea el Señor, nunca me preocupo, y esto simplemente se debe a Cristo. Estoy en el Cristo que ascendió al cielo. No sé cómo preocuparme, pero sí sé cómo alabar a El".

¡Alabado sea el Señor! ¡Gloria a Cristo! ¡Estoy en Cristo! ¡Cristo es mi tierra elevada! ¡Vivo en esta tierra! ¡Ando en esta tierra! Todos mis problemas, todas mis dificultades, todas mis aflicciones y todas mis cargas están debajo de mis pies. Se han convertido en mi asiento. Puedo descansar en todos mis problemas; puedo reposar en todas mis dificultades. Cuanto más dificultades tengo, tanto más disfruto del Cristo ascendido. Esta es la experiencia de Cristo.

Usted también puede tener esta experiencia ahora mismo. Cristo está en usted y usted está en Cristo. Pero siento decir

que muchas veces a usted se le olvida que tiene a Cristo. Simplemente se olvide de El; no aplica a Cristo en su situación. Por favor, no piense que soy una persona peculiar o especial. Soy una persona muy ordinaria. Soy tan ordinario y tan débil como usted. Pero tengo el secreto. Cuando me enfrento con problemas digo: "Señor, te alabo, aquí está otra oportunidad de experimentarte".

Aplique usted a Cristo en su situación. Así experimentará a Cristo como el Ascendido, y sabrá que también ha ascendido con El. En Cristo ya ha ascendido a los cielos. Oh, hermanos y hermanas, ¡qué Salvador es El! ¡Qué Cristo es El para nosotros! ¡Qué salvación, qué liberación! ¡El es el Cristo viviente que ascendió a los cielos! Tenemos que comprender y experimentar a Cristo a tal grado. ¡Tenemos que alabar lo porque es el Cristo espacioso y el Cristo ascendido.

CAPITULO CUATRO

LA EXCELENCIA DE LA TIERRA: SUS RIQUEZAS INESCRUTABLES

I. EL AGUA

Lectura bíblica: Dt. 8:7; 11:11, 12; Ef. 3:8; Jn. 4:14; 7:37-39; 2 Co. 6:8-10; Fil. 4:12, 13

Vamos a seguir considerando la excelencia de la tierra. La tierra es buena en muchos aspectos. Vimos que es buena en su amplitud y en su altitud. Ahora llegamos al asunto más importante: las inescrutables riquezas de la tierra. La tierra es buena por sus riquezas inescrutables. Es buena en su amplitud, es buena en su elevación y trascendencia y es buena en sus inescrutables riquezas.

En primer lugar, es rica en cuanto al agua. La tierra es buena por las riquezas del agua. Todos nos damos cuenta de cuán importante es el agua para nuestra vida. Creo que podemos vivir varios días sin comer, pero apenas podemos vivir un solo día sin beber. Necesitamos el agua casi más que cualquier otra cosa. Todos los días necesitamos el agua. Si sólo me dieran a beber agua, podría dejar de comer tres días. Pero apenas podría dejar de beber ni siquiera un día.

MANANTIALES, FUENTES Y ARROYOS

Deuteronomio dice que la tierra es buena en cuanto al agua. Escuche todas las expresiones que se usan: “una tierra de arroyos” —lo cual quiere decir una tierra llena de corrientes de aguas— y una tierra de “fuentes y manantiales” (8:7). ¿Sabe usted qué diferencia hay entre fuentes y manantiales? En la versión de Darby dice que es una tierra de fuentes y hondos manantiales. Quisiera dar un ejemplo: Supongamos

que tenemos un pozo. Donde hay un pozo, siempre hay un manantial. Bien abajo, en el fondo del pozo hay un manantial que alimenta al pozo. El agua brota de ese manantial y llena el pozo, y el pozo llega a ser la fuente o las aguas profundas. Luego, de esas aguas profundas, fluye un arroyo. Así que tenemos el manantial, luego el agua profunda que es la fuente, y finalmente el arroyo.

El manantial, las aguas profundas y los arroyos. Hermanos y hermanas, ¿cuál es el significado de estas aguas? Para saber la respuesta podemos acudir directamente a la Palabra del Señor. El Señor dijo que el agua que El da será en nosotros una fuente de agua que saltará para vida eterna. Estas aguas tipifican varias clases de suministro de la vida de Cristo. La vida de Cristo como nuestra provisión es semejante a las diferentes clases de aguas.

El Señor nos dijo que del interior de los que creen en El, correrán ríos de agua viva. ¿Qué es esto? Es el suministro de la vida de Cristo como agua viva. Si usted considera cuidadosamente sus experiencias, se dará cuenta de que en un aspecto Cristo es muy espacioso e inagotable, y en otro, Cristo es trascendente y está en los cielos. Luego, si lo considera con más precisión, se dará cuenta de que el suministro de la vida de Cristo es exactamente como agua viva en su interior. Muchas veces tiene sed, pero no una sed física sino espiritual. Cuando se acerca sediento al Señor y tiene contacto con El, experimenta cierta sensación interior. Siente un refrigerio; siente que ha sido rociado. Cuando tiene sed, significa que su espíritu, su hombre interior, está seco. Pero al tener contacto con el Señor Jesús, muy pronto sentirá que ha sido rociado y su sed será saciada. Esa bebida lo refrescará más que cualquier bebida física. Después, si tiene más y más contacto con el Señor, tocándolo momento tras momento, no sólo sentirá que ha sido rociado, sino que también desde su interior fluirá una corriente de agua.

Tal vez me pregunte qué significa que una corriente de agua fluya desde su interior. ¿No ha tenido usted experiencias así? Cuando está seco y sediento en el hombre interior, se acerca al Señor, tiene contacto con El y siente un refrigerio. Entonces, al tocarlo más, no sólo se siente rociado de agua

refrescante, sino que queda lleno, lleno de agua. Creo que al encontrarse con algún hermano, dirá: "¡Aleluya!" ¿Qué es esto? Es una corriente de agua que fluye desde su interior. Más tarde, en la noche al llegar a la reunión, llegará cantando, y llegará rociado. De inmediato ofrecerá una alabanza o una oración, que será como una corriente viva que fluye desde su interior. Todos los hermanos y hermanas sentirán que han sido rociados con su oración. Puede decirles: "Hermanos, ¡Cuán bueno es! Pero esto es sólo un arroyo. ¿Saben que hay un manantial dentro de mí, y no sólo un manantial, sino una fuente de aguas profundas? Estoy lleno de agua, así que algo está fluyendo de mí".

Ahora usted puede entender. Tenemos un manantial, una fuente y un arroyo. El manantial es el origen, la fuente es el almacenaje, y el arroyo es el fluir. Tenemos el origen, el almacenaje y el fluir; el manantial, la fuente y el arroyo.

Creo que usted tiene algunas experiencias de esto, pero es una lástima que tenga poca comprensión espiritual acerca de estas cosas. No puede expresarlo; no puede prorrumpir en una alabanza apropiada de este manantial vivo, esta fuente profunda, y este arroyo que fluye. ¡Oh!, si entendiera esto, creo que su alabanza al Señor en las reuniones mejoraría mucho. Exclamaría: "Señor, ¡cuánto te alabo! ¡Hay un manantial dentro de mí! ¡Y de este manantial brota una fuente de aguas profundas! ¡Señor, cuánto te agradezco! No sólo tengo un manantial y una fuente, sino que de esta fuente fluye un arroyo; y no uno solo, ¡sino que muchos arroyos fluyen de mí! ¡Señor, cómo me riegan y me refrescan! Estos ríos de aguas vivas siempre están fluyendo desde mi interior, y estoy aquí para regar a otros".

En esta tierra no sólo hay un arroyo, sino muchos arroyos; no sólo un manantial y una fuente, sino muchos manantiales y muchas fuentes. ¿Qué quiere decir esto? A veces cuando usted se encuentra rodeado de problemas y dificultades, usted se pone en contacto con el Señor y recibe algo de El. Experimenta al Señor que es un manantial, una fuente y un arroyo en su prueba. ¿Qué clase de manantial, qué clase de fuente, y qué clase de arroyo son éstos? ¿Se les puede poner un nombre? Creo que se les puede dar muchos nombres. Algunas veces

usted lo experimenta a El como manantial de gozo, otras veces como manantial de paz y otras veces como manantial de consuelo. Otras veces lo experimenta como una fuente de amor, una fuente de gracia o una fuente de luz. En otras ocasiones Cristo es un arroyo de paciencia, un arroyo de humildad, o un arroyo de tolerancia en usted. Por lo tanto, vemos que hay muchos manantiales, muchas fuentes y muchos arroyos. Hay muchas clases de suministración celestial.

Desde el año 1950 he visitado Manila casi todos los años, quedándome allí varios meses. Los hermanos me han alojado siempre con una familia cuyos miembros son personas de edad avanzada; así que, por supuesto se sienten con más libertad de hablar conmigo que la mayoría de los jóvenes. Un día en 1953, después de que ministré, cuando llegamos a la casa, una de las hermanas mayores me dijo: "Hermano, ¿puede decirnos cómo es posible que tenga tantas cosas que decir? Hablándole con franqueza, cuando vino por primera vez en 1950, me quedé asombrada con los mensajes. En aquel entonces pensé que en la próxima ocasión sus mensajes serían más pobres. Pero noté que la segunda vez que vino, su ministerio fue más rico, y que usted tenía aún más que impartir. Luego pensé: 'La tercera vez que venga, ya se le habrá agotado; no tendrá nada que decir'. Pero para gran sorpresa mía, la tercera vez que vino su ministerio fue aún más rico que las dos primeras veces. Esta es su cuarta visita, y después de escuchar su mensaje esta noche, no puedo expresar cuán rico es. Puede decirme por favor, ¿cómo consigue todas estas cosas para hablar?"

¿Sabe usted qué le contesté? Le dije: "Es muy sencillo, hay dentro de mí un arroyo que está conectado con el manantial celestial. Este manantial nunca podrá agotarse. Cuanto más sale el agua viva, tanto más entra el fresco suministro. Cuanto más hablo, más tengo para decir. Si dejo de hablar, cesa el fluir. Este arroyo está fluyendo todo el tiempo".

Una vez se me acercó un hermano y me preguntó: "Hermano, ¿cómo puede retener tantas cosas en su mente? He notado que cuando ministra, no tiene un bosquejo en frente. ¿Cómo es que puede recordar todo?" Le dije: "Hermano, no tengo una mentalidad maravillosa. No puedo recordar tantas

cosas. Pero sí tengo un arroyo dentro de mí. Cuando empiezo a hablar, este arroyo fluye de mí". Luego me preguntó: "¿Cuánto tiene en su interior?" Le contesté: "No sé, hermano; no lo puedo determinar. En más de treinta años, nunca se me ha agotado. Me es un poco difícil repetir un mensaje". Hay una corriente, un arroyo de ministerio.

Este es sólo uno de los muchos arroyos. Hay un río de sabiduría, uno de entendimiento, uno de luz, uno de amor, uno de consuelo, uno de paz, uno de gozo, uno de oración, uno de alabanza. ¿Cuántos arroyos tiene dentro de usted? No sé cuántos hay dentro de mí, ni tampoco sé cuánto hay en cada arroyo. Si tan solo mantenemos nuestro contacto con el Cristo vivo, ¡eso es realmente maravilloso! Podemos amar a otros como un arroyo de agua viva que fluye. Nuestra paciencia siempre fluye como un río, y regamos a otros.

¡Qué Cristo tan admirable tenemos! ¡Qué fuente tan maravillosa! En un aspecto comprendemos que El es espacioso. En otro, nos damos cuenta de que es trascendente. En este aspecto, que acabamos de describir, El es rico en agua.

VALLES Y MONTES

Deuteronomio dice que esas aguas brotan en valles y montes. ¿Qué significa esto? Obviamente, sin valles y montes, no fluirá el agua. Si toda la tierra es una llanura, no habrá corriente de aguas. ¿Qué son los valles y los montes?

En 2 Corintios 6:8-10, Pablo menciona muchas cosas contrastantes, muchos montes y valles:

"...a través de gloria y de deshonra, de mala fama y de buena fama; como engañadores, pero veraces, como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, mas he aquí vivimos; como castigados, mas no muertos; como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo".

La "gloria" es un monte; la "deshonra" es un valle. La "mala fama" es un valle; la "buena fama" es un monte. Ser "como entristecidos" es un valle, "mas siempre gozosos" es un monte. Ser "como pobres" es un valle, "mas enriqueciendo a muchos" no sólo es un monte, sino una montaña. Algunos pensaban que Pablo era un engañador. Aunque, en realidad,

él era “como engañador, pero veraz”; donde hay un valle siempre hay un monte. En estos versículos, por lo menos se encuentran nueve pares, es decir, nueve valles y nueve montes. Estos son los lugares de donde puede brotar el agua.

Si usted es una persona sin montes y valles, si su vida es simplemente una llanura, estoy seguro de que no habrá agua que fluya en su interior. Cuanto más usted sufra, tanto más tendrá del fluir. Cuanto más usted haya sido humillado, cuanto más se difunda mala fama acerca de usted, tanto más fluirá el agua.

En los años pasados, muchas veces se me ha dado mala fama. Con frecuencia la gente ha venido a decirme: “Hermano, hay algo de lo cual no quisiera hablar”. Cuando alguien habla de esa manera, indica que ha surgido la mala fama. Cuando oigo esto, alabo al Señor. Le digo: “Señor, te alabo, aquí está otro valle. Aquí está un valle para que algo más fluya de mi interior”. Se me han puesto varios buenos apodos. Recientemente me llamaron sarcásticamente “el defensor más fuerte” de cierta cosa. Me dieron este “título honorable”. Ha habido toda clase de mala fama. Pero, alabado sea el Señor, donde hay un valle tiene que haber un monte. Esto es muy cierto. No le temo a la mala fama. Sé que después de la mala fama vendrá la buena. El agua de vida fluye en valles y montes. ¡Oh, la vida de Cristo es inefablemente maravillosa!

Cuando Dios le mande tristezas a usted, tenga la seguridad de que después vendrá el regocijo. “Como entrustecidos, mas siempre gozosos”. “Como pobres, mas enriqueciendo a muchos”. “Como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo”. Todas estas experiencias son los valles y los montes. El apóstol Pablo dijo: “He aprendido ... Sé estar humillado, y sé tener abundancia” (Fil. 4:11, 12). Había aprendido el secreto. Sabía estar saciado y sabía tener hambre. ¿Cuál es el secreto? ¡Oh, el secreto es que Cristo mismo fluye en mí! He aprendido, se me ha enseñado, he sido iniciado. Yo conozco al Cristo vivo que está dentro de mí.

Todos los valles son las experiencias de la cruz, las experiencias de la muerte de Cristo, y todos los montes son las experiencias de la resurrección del Señor. Un valle es la cruz; un monte es la resurrección. Debemos ser personas que

siempre tienen algún problema, algún valle, pero también personas que siempre están en los montes experimentando la resurrección. Donde hay un valle, también hay un monte. Cada vez que usted experimenta la muerte de la cruz, experimentará la resurrección. Las aguas vivas fluyen de todas estas experiencias.

Consideremos más atentamente el pasaje de Deuteronomio 8:7. Dice que las aguas “brotan en los valles y en los montes”. No dice “en los montes y en los valles”, sino “en los valles y en los montes”. Primero los valles, y después los montes. ¿Por qué? Porque el primer lugar donde tocamos el agua que fluye es en los valles. Luego, si seguimos la corriente aguas arriba hasta su origen, encontraremos que brota de los montes. Si quiere tener algo que fluya de su interior para regar a otros, tiene que estar en los valles.

Nunca se me olvidará una historia que oí cuando joven. Me ayudó muchísimo. La esposa de uno de los siervos del Señor murió muy joven y le dejó ocho niños. El también era joven, y este sufrimiento le fue un fuego de prueba. Sufrió pero aprendió algo con ello. Un día, varios años después, otro hermano perdió a su esposa, y en este caso también quedaron algunos niños. A este hermano nadie le pudo consolar; estaba sumamente deprimido por la muerte de su esposa. Luego, el siervo del Señor vino a verle. En cuanto llegó, el hermano deprimido le dijo: “Hermano, ¡siento consolación; siento refrigerio! Usted perdió a su esposa y le quedaron ocho niños. Yo también perdí a la mía, pero sólo me quedaron cuatro. Hay algo que proviene de usted que me refresca y me consuela”.

Si uno puede experimentar a Cristo en tiempos de pruebas y problemas, ¡cuánto fluirá de su interior para otros! ¡Con cuánta bendición regará a otros! No es en tiempos pacíficos o días alegres que puede hacerse esto. Es en los días de tristeza, en los días de enfermedad, en los días de problemas. En esas ocasiones, es por medio de la experiencia que uno tenga de Cristo que podrá tener la corriente viva que riega a otros. Cada situación de muerte puede producir un fluir más grande de agua refrescante. No sólo en los montes, sino también en los valles; no sólo en los valles, sino también en los montes. Necesitamos muchas experiencias de la muerte del Señor y

muchas experiencias de la resurrección del Señor; entonces estaremos llenos de manantiales, fuentes y arroyos.

Estos versículos realmente son dulces. Es una buena tierra, una tierra de arroyos, manantiales y aguas profundas que fluyen por valles y montes. Es a través de gloria y de deshonra, de mala fama y de buena fama; como engañadores, pero veraces; como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, mas he aquí vivimos; entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo. Trate usted de experimentar a Cristo y aplique a Cristo cuando se encuentre en cualquier clase de sufrimiento; entonces tendrá algo que no sólo le refrescará a usted mismo, sino que también fluirá de usted para regar a otros. Esta es sólo una parte de las inescrutables riquezas de Cristo; éste es sólo un aspecto de las riquezas de la buena tierra. La tierra es buena en las riquezas del agua: en arroyos, manantiales y aguas profundas, que brotan en valles y montes.

LOS OJOS DEL SEÑOR

¿De dónde viene toda esta agua? Brota en los valles y en los montes. Pero, ¿de dónde viene el agua para los valles y montes? Deuteronomio 11:11 y 12 dice que esta tierra “bebe las aguas de la lluvia del cielo”. Los montes y los valles no son el origen. ¡El cielo es el origen! Todas las aguas vivas, todos los arroyos, vienen del cielo. El origen está en el cielo. ¿Por qué proviene del cielo? En el mismo pasaje se nos dice que esta tierra es una tierra que el Señor busca: “Tierra de la cual Jehová tu Dios cuida [en heb., busca].” Dios busca este pedazo de tierra buena. “Siempre están sobre ella los ojos de Jehová tu Dios, desde el principio del año hasta el fin”. Como ya se entiende, cuando usted tiene contacto con Cristo, cuando lo disfruta y lo experimenta de tal manera que la vida de El fluye de su interior, ¡qué sensación tan profunda tendrá de la presencia de Dios! La presencia de Dios será muy real para usted. Se dará cuenta de que usted es una persona a quien Dios busca y de quien El cuida. Experimentará que Sus ojos estarán sobre usted desde el principio hasta el fin del año, simple y sencillamente porque está en Cristo, disfrutándolo y

experimentándolo. Debido a que está unido a Cristo prácticamente, no sólo lo experimentará como agua viva, sino que también disfrutará de la presencia de Dios. Los ojos de Dios siempre estarán sobre usted. Lo que Dios busca es este pedazo de tierra buena. Usted tiene que vivir en esta buena tierra y disfrutar las riquezas de la misma; entonces obtendrá la presencia de Dios con los ojos de Dios.

Cuando una persona no está contenta conmigo, sus ojos se apartan de mí. Con Dios es lo mismo. Pero cuando usted disfrute a Cristo como esa tierra, los ojos de Dios estarán sobre usted desde el principio hasta el fin; usted disfrutará continuamente de la presencia de Dios. La presencia de Dios estará con usted porque experimenta a Cristo como su agua viva, porque está en la buena tierra.

La tierra es rica en aguas. Es una tierra de arroyos, manantiales, y aguas profundas, que brotan en los valles y en los montes.

CAPITULO CINCO

LA EXCELENCIA DE LA TIERRA: SUS INESCRUTABLES RIQUEZAS

II. EL ALIMENTO

Lectura bíblica: Dt. 8:8-10; 32:13, 14; Nm. 13:23, 27; 14:7, 8; Jue. 9:9, 11, 13; Zac. 4:11, 14; Os. 14:6, 7; Jn. 12:24; 6:9, 13; 15:5

Hemos visto que en el Antiguo Testamento hay muchas cosas que tipifican a Cristo, pero una sola es el tipo todo-inclusivo de Cristo; y ésa es la tierra de Canaán. A esta tierra frecuentemente se le llama la buena tierra. El Señor la llamó “una buena tierra”, y una vez se le llamó “una tierra sumamente buena”. Ya hemos considerado cuán buena es en muchos aspectos, tales como su amplitud, su altitud y sus riquezas inescrutables. Hemos visto cuán rica es en agua, y ahora veremos sus riquezas en varias clases de alimento.

En el Evangelio de Juan, el Señor dijo que nos daría el agua viva, y en el mismo Evangelio nos dijo que El es el pan de vida que descendió del cielo. No sólo nos da el agua viva, sino que El mismo es el pan de vida. La bebida siempre acompaña al alimento. Si le invito a usted a una comida, le daré algo de beber, y también le daré algo de comer. El alimento y la bebida siempre van juntos.

Ahora podemos entender por qué Deuteronomio 8 tiene tal orden. Primero habla del agua, de varias clases de aguas: manantiales, fuentes y arroyos. Las aguas son diferentes no sólo en sus etapas, es decir, la etapa del manantial, la de la fuente y la del arroyo, sino también en ser varias clases de manantiales, fuentes y arroyos. Esas ya las hemos

considerado. Luego, inmediatamente después de mencionar las aguas de la tierra, habla acerca del alimento.

SIETE CLASES DE ALIMENTOS

Este asunto del alimento tiene mucho más detalle. Leamos el versículo 8:

“...tierra de trigo y cebada, de vides, higueras y granados; tierra de olivos, de aceite y de miel”.

Hay seis cosas que pertenecen al reino vegetal, y una séptima que es bastante peculiar, la miel. Parece que la miel pertenece en parte al reino animal y en parte al reino vegetal, debido a que es producida por las abejas. Es una mezcla de los dos reinos. Enumeremos las diferentes cosas: trigo, cebada, vides, higueras, granados, olivos y miel. Hay dos clases de granos, cuatro clases de árboles, y la miel. El primer árbol, la vid, produce el vino, y el último, el olivo, produce el aceite; así que tenemos vino y aceite. El segundo árbol produce higos; los higos los comía como alimento el pueblo hebreo. El tercer árbol, el granado, produce una fruta que tiene belleza y vida abundante. Así que, tenemos cuatro árboles: la vid, la higuera, el granado y el olivo; y tenemos dos granos: el trigo y la cebada.

¿Cuál es el significado de todas estas cosas? Es muy fácil hallar un versículo que nos diga el significado del trigo. Juan 12:24 nos dice que el Señor mismo es un grano de trigo. Por lo tanto, el trigo claramente representa al Señor Jesús mismo. ¿Qué tipifica la cebada? También representa a Cristo. Yo sé que usted está seguro de lo que representa la vid. El Señor dijo que El es la vid verdadera. El Señor mismo es la vid. Entonces, ¿qué representa la higuera? Sin duda, también representa a Cristo. El olivo indudablemente también lo representa. Todas estas cosas, el trigo, la cebada, la vid, la higuera, el granado y el olivo, representan a Cristo. Pero ¿cuáles aspectos de Cristo son tipificados por estas cosas? Necesitamos emplear algún tiempo para considerar esto cuidadosamente.

EL TRIGO Y LA CEBADA

¡Oh, debemos adorar al Señor por Su Palabra! El mencionó primero el trigo, no la cebada ni la vid. ¿Cuál aspecto de

Cristo representa el trigo? En Juan 12:24 podemos ver que el Señor es un grano de trigo que cae en tierra para morir y ser sepultado. El trigo representa a Cristo encarnado. Cristo es Dios encarnado como hombre para caer en tierra, morir y ser sepultado. Esto es el trigo. Tipifica al Cristo que se encarnó, que murió y que fue sepultado.

Entonces, ¿qué representa la cebada? ¡Representa al Cristo resucitado! El trigo indica Su encarnación, Su muerte y Su sepultura, y después de esto la cebada indica Su resurrección, es decir, representa al Cristo resucitado. ¿Cómo podemos probarlo? En la tierra de Canaán, la cebada siempre madura primero; entre todos los granos, la cebada es primera. En Levítico 23:10, el Señor dijo: "Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando hayáis entrado en la tierra que yo os doy, y seguéis su mies, traeréis al sacerdote una gavilla por primicia de los primeros frutos de vuestra siega". Cuando llegaba el tiempo de la siega, los primeros frutos debían ofrecerse al Señor, el primer fruto claramente era la cebada. Ahora, debemos leer 1 Corintios 15:20: "Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos, primicias de los que durmieron". Todos los que estudian las Escrituras reconocen que los primeros frutos de la siega tipifican a Cristo como primicias de la resurrección. Con esto se puede probar que la cebada representa al Cristo resucitado.

El trigo representa al Cristo encarnado, crucificado y sepultado. La cebada representa al Cristo resucitado. Estas dos clases de granos representan dos aspectos de Cristo, Su venida y Su ida. Representan al Cristo que bajó para ser el trigo y al Cristo que subió para ser la cebada. Debemos poner plena atención a estos dos asuntos. ¿Ha experimentado usted a Cristo como el trigo? ¿Lo ha experimentado alguna vez como la cebada? ¿Qué clase de experiencia de Cristo es el trigo? ¿Qué clase de experiencia de Cristo es la cebada?

Cuando Jesús alimentó a los cinco mil, lo hizo con sólo cinco panes de cebada. Muchos están familiarizados con el milagro de los cinco panes, pero muy pocos se han dado cuenta de que esos panes eran de cebada. Esta escritura es realmente maravillosa. Si fueran panes de trigo, algo estaría mal. Pero no eran de trigo sino de cebada. Como panes de

cebada, pudieron alimentar a cinco mil personas y pudieron dejar doce canastos de sobrantes. Esto es resurrección. Cristo sólo puede ser rico para nosotros en Su resurrección. En Su encarnación, El es muy limitado, pero en Su resurrección El es sumamente rico. No hay límite para El como el Cristo resucitado. Como el Cristo encarnado, El fue solamente un grano, un pequeño nazareno, un humilde carpintero. Pero cuando entró en resurrección, se hizo ilimitado. El tiempo, el espacio y las cosas materiales ya no pudieron limitarlo. Había cinco panes, pero en realidad había un sinnúmero de panes. Hubo lo suficiente para alimentar a cinco mil, sin contar a las mujeres y los niños, y los sobrantes —doce canastos llenos— eran más que los cinco panes originales. Esto es la cebada. Esto es Cristo en Su resurrección. Cristo en Su resurrección nunca podrá ser limitado.

LA EXPERIENCIA DEL TRIGO

Mi propósito no es simplemente darles una enseñanza doctrinal. Esa no es mi carga. Lo que quiero impartir es la experiencia del trigo y la experiencia de la cebada. Consideremos la experiencia del trigo. Hermanos y hermanas, cuando por la soberanía del Señor son puestos en una situación donde se encuentran limitados y constreñidos, pueden experimentar al Señor como trigo. Cuando en medio de esa situación de limitación y estrechez, usted tiene contacto con el Señor, El será para usted exactamente como un grano de trigo. Al tener contacto con El, inmediatamente puede quedar completamente satisfecho con su situación y limitación. Oh, esa vida que es Cristo mismo en usted es un grano de trigo. Es la vida del pequeño carpintero, del Cristo encarnado y limitado. Cuando en cierto ambiente donde se encuentra restringido y reprimido tiene un contacto vivo con Cristo, usted dirá: "Oh Señor, Tú eres el Dios infinito, pero te hiciste un hombre finito. En Ti hay poder para sufrir cualquier clase de limitación". Así experimentará a Cristo como el trigo.

Un día, una buena hermana muy espiritual vino a verme. Era de una familia rica y se había casado con un hermano que tenía que cuidar a su madre. La madre era amable con el hijo, pero con la nuera era otro el caso. Esta hermana joven se me

acercó en busca de comunión, deseando saber si su experiencia estaba bien o no. Entonces me contó cuánto sufría día tras día con su suegra. Me dijo que había acudido al Señor, pidiéndole que hiciera algo. Por supuesto, no se atrevió a pedirle al Señor que se deshiciera de su suegra, pero le pidió que la librara de esa situación. Entonces me dijo que cuando buscó al Señor, El inmediatamente comenzó a mostrarle qué clase de persona fue El cuando estuvo en la tierra. Le mostró cuán limitado estuvo como un carpintero en esa pequeña familia por más de treinta años. Cuando ella vio tal visión, exclamó con lágrimas: "Señor, ¡te alabo, te alabo! Tu vida está en mí. Señor, estoy satisfecha con mi presente situación. No te pido que cambies nada. ¡Simplemente te alabo!" Me preguntó si su experiencia era correcta, y le dije que era lo más correcto. Esa hermana experimentó a Cristo como un grano de trigo. Era en verdad una hermana espiritual.

Algún tiempo después, esa hermana vino a verme de nuevo. Esta vez me dijo: "Oh, hermano Lee, ¡alabado sea el Señor! ¡No sólo estoy satisfecha con ser limitada en mi familia, sino que he visto algo más del Señor Jesús! El no sólo fue limitado, sino también llevado a la muerte y sepultado. Cuando el Señor me reveló esto, le dije que no sólo estaba contenta de quedarme en esa situación con mi familia, sino que también estaba dispuesta a morir y ser sepultada en esa familia por causa de El". Esta fue otra experiencia de Cristo como el grano de trigo.

Para muchos de nosotros, en muchas circunstancias, el Señor Jesús es precisamente como un grano de trigo. Cuanto más lo experimentamos, tanto más nos damos cuenta de que así es El. El vive en nosotros. Es nuestra vida para hacernos dispuestos a ser limitados, a morir, a ser sepultados, a no ser nada. Esta es la experiencia de Cristo como el trigo.

¿Tiene usted esta experiencia? ¿Qué clase de experiencia tiene? ¿Discute con su esposa o su esposo? Si es así, usted está rendido en cuanto a su experiencia de Cristo. Debe experimentarlo en una forma muy rica. Debe experimentarlo como el agua viva y también como el grano de trigo. Si acudiera al Señor cuando está tan limitado y perplejo, estoy seguro de que El le mostrará que El también estuvo limitado, fue

llevado a la muerte y fue sepultado. Le mostrará que como tal El vive en usted. Lo sostendrá a usted para que pueda estar limitado. Lo apoyará para que pueda ser llevado a la muerte y sepultado. Le dará energía hasta tal punto, y lo fortalecerá para que sea esa clase de persona. Entonces experimentará a Cristo como grano de trigo.

LA EXPERIENCIA DE LA CEBADA

Pero, ¿es ése el fin? ¡No! Alabado sea el Señor, después del trigo experimentamos la cebada. La tumba no fue el fin del Señor. ¡Resucitó! ¡La cebada siguió al trigo! El trigo es el valle de muerte, pero la cebada es el monte de resurrección. Cuando usted experimenta a Cristo como trigo, esté seguro de que vendrá una experiencia de Cristo como la cebada.

En realidad, para experimentar a Cristo como el grano de trigo, es decir, como el Jesús limitado, debemos *aplicarlo* como la cebada, como el Cristo resucitado. Es el Cristo resucitado que vive en nosotros. Este Cristo resucitado posee una vida que ha pasado por la encarnación, la crucifixión y la sepultura, pero ahora El ha resucitado. En la carne Cristo siempre está limitado, pero en resurrección Cristo es ilimitado y está liberado. Este Cristo ilimitado que vive en nosotros es el que nos hace seguir al Jesús limitado. Hoy día seguimos al Jesús limitado, pero lo hacemos con el poder del Cristo ilimitado. El Cristo ilimitado que vive en nosotros es nuestra capacitación. Quisiera preguntar, cuando está en su casa o en su trabajo, ¿se comporta como el Cristo resucitado o como el Jesús limitado? Si es un seguidor de Jesús, tiene que estar limitado. Cuando Jesús estuvo en la tierra, siempre estuvo limitado, limitado por Su carne, limitado por Su familia, limitado por Su madre en la carne e incluso por Sus hermanos en la carne. Siempre estuvo limitado. Estuvo limitado por el espacio y por el tiempo; fue limitado por todo. Si queremos vivir la vida de Jesús, también debemos estar limitados. Si seguimos Sus pasos, no nos sentiremos libres, no tendremos libertad. ¡Qué bendición es que podamos ser limitados por causa de Jesús!

Pero, ¿cuál es la energía que nos fortalece para estar limitados? La fortaleza que nos capacita para estar limitados debe ser muy grande. Es fácil enojarse, pero la paciencia

requiere fortaleza. Es fácil expresar el enojo, pero la longanimitad exige energía celestial. El poder que nos capacita para estar limitados es el poder de Su resurrección. Para tener sólo un poquito de paciencia, necesito que me fortalezca el Cristo resucitado que vive en mí. Aplicar al Cristo resucitado como mi paciencia es experimentar a Cristo como cebada.

Quizás me diga: "Hermano, sé que tengo que estar limitado todo el tiempo. Debo ser limitado por mi esposa, por mis hijos, por mi jefe, por mis hermanos y especialmente por cierto hermano. Soy limitado por esto, y soy limitado por aquello; todo el día estoy limitado. Y estoy seguro de que mañana y el día siguiente serán peores. ¿Cómo puedo enfrentarme a tal situación? Me doy cuenta de que el Cristo resucitado vive en mí, pero tengo muy poco de El. Ni siquiera tengo cinco panes; sólo tengo uno". Sí, puede ser que usted tenga un solo pan, pero recuerde que es un pan de cebada, es un pan del Cristo resucitado que nunca puede estar limitado. Parece que sólo tiene un poco, pero no importa, porque El no tiene límite. Un poco es más que suficiente para enfrentar la situación. Usted dice que no puede encarar la situación. ¡Correcto! Es cierto que *usted* no puede. Pero hay Uno que sí puede: Aquel que es la cebada. En usted hay un pan de cebada; un poquito del Cristo resucitado está en usted, y eso es suficiente. El Cristo resucitado es ilimitado. Aplíquelo a la situación. El nunca podrá ser agotado. Por el poder del Cristo resucitado, usted puede seguir los pasos del Jesús encarnado. Con la vida del Cristo resucitado, puede vivir la vida del Jesús limitado.

A veces un hermano dice: "Oh, siento la carga de dar un testimonio, ¡pero soy muy débil!" Parece que se necesita alimentar a cinco mil personas, pero la provisión sólo es cinco panes de cebada. No obstante, hay que seguir adelante por fe. Aunque su porción parezca muy pequeña y la necesidad sea tan grande, usted debe comprender que lo que tiene es nada menos que el *Cristo resucitado*. Todo lo puede en Aquel que lo fortalece, porque El ha resucitado y no conoce límite. ¡Aplíquelo!

Cuando algún hermano venga a verlo a usted, recuerde que Cristo como cebada está dentro de usted. Tiene que

aplicarlo en su comunión con ese hermano. A veces se le olvida esto. Cuando se encuentra con el hermano, usted habla de Vietnam, de la situación mundial o del tiempo; se acuerda del clima, pero se olvida de Cristo. No aplica a Cristo en su comunión con el hermano. Cuando él se va, usted queda hambriento, y no sólo hambriento, sino también enfermo, por no haber aplicado a Cristo. Tiene que tomar cada situación como una oportunidad de aplicar a Cristo. Aplíquelo, y aplíquelo y aplíquelo. Luego, cuando asista a la reunión, le será muy fácil expresar una alabanza o dar un testimonio; tendrá muchos panes de cebada que ofrecer al Señor.

El hermano Watchman Nee nos dijo una vez que cuando los colaboradores jóvenes llegan a una reunión, echan una mirada alrededor para ver si hay hermanos mayores. Si no, si todos los que están en la reunión son nuevos creyentes, ellos tienen la confianza para orar y exhibir lo que tienen. Pero si ven algunos hermanos mayores, se cohíben por temor. Esto no proviene del Cristo resucitado. Si usted tiene al Cristo resucitado, aunque esté el apóstol Pablo, usted dirá: "Alabado sea el Señor, mi hermano tiene al Cristo resucitado, y yo también lo tengo. Puede ser que él tenga quinientos panes, pero yo tengo al menos uno. ¡Aleluya!" Mientras tenga un poco del Cristo resucitado, tiene más que suficiente para enfrentarse a cualquier situación. El es el pan de cebada; El es el Cristo resucitado. No hay nada que lo pueda estorbar o limitar.

Cuando usted asiste a la reunión con los hermanos y hermanas, debe darse cuenta de su responsabilidad. Tiene que compartir con otros en la reunión. Debe dar gracias y alabar; tiene que ofrecer algunas oraciones. Esta es su responsabilidad. Usted dice: "¡Soy demasiado débil!" En usted mismo se siente débil. Pero en Cristo no es débil. Usted dice: "No tengo nada". Es cierto que usted no tiene nada, pero en Cristo lo tiene todo. Usted dice: "Oh, ¡me siento muy pobre!" Sí, usted es pobre en usted mismo, pero no en el Cristo resucitado. Recuerde que Cristo es la cebada en ustedes. Cuando llegue a la reunión aplíquelo como un pan de cebada para alimentar a todos los demás con su oración o su testimonio. ¡Pruébelo! ¡Practíquelo! Verá cuán enriquecido será. Originalmente,

tenía un solo pan, pero con el tiempo tal vez tenga cien panes. Con la práctica se enriquecerá. Nunca diga que la reunión no es asunto suyo. Si es así, las reuniones están acabadas. Debe aprender a aplicar a Cristo; debe emplear al Cristo que tiene.

Jesús dijo a Sus discípulos: “Dadles *vosotros* de comer”. Los discípulos dijeron: “Hay cinco panes de cebada, pero ¿qué es esto entre tantos?” El Señor les contestó: “Traédmelos acá”. Mientras sean panes de cebada, con tal de que sean algo del Cristo resucitado, es suficiente; eso satisfará la necesidad y habrá un excedente.

Hermanos y hermanas, si toman mis palabras, si creen en el Cristo resucitado y lo aplican, encontrarán que lo sobrante que queda dentro de usted será mayor que lo que tenía al principio. Esto es la cebada. No es una simple enseñanza, sino que es algo que debemos experimentar y aplicar todos los días en toda situación. Aplique al Cristo resucitado, al Cristo ilimitado e inagotable. Dígale: “Señor, yo no puedo satisfacer la necesidad, no puedo afrontar la situación, pero ¡cuánto te alabo! Tú sí puedes. Sigo confiando totalmente en Ti, contando sólo contigo”.

Después de mucho tiempo, quizás cinco o seis años, la hermana que había experimentado a Cristo como un grano de trigo en su familia, testificó de otra experiencia. Esta vez fue de Cristo como cebada. Testificó que su suegra y muchos de sus parientes aceptaron al Señor por medio de ella. Se había convertido en un pan de cebada que alimentaba a muchos. Había experimentado a Cristo en resurrección.

Esta clase de experiencia no sólo nos hace conocer a Cristo interiormente como trigo y cebada, sino que con esta experiencia usted *se convierte* en un grano de trigo, *se convierte* en un pan de cebada. Entonces usted es alimento para otros. Puede alimentar a otros con las experiencias que ha tenido. Muchas personas fueron alimentadas por esta hermana. Cuando venía a las reuniones, aun sin abrir la boca, todos los hermanos y hermanas sentían la suministración de Cristo, la ministración de vida. Cuando ella oraba, todos los espíritus y corazones se sentían satisfechos. Esta hermana vino a ser un pan de cebada entre los hijos del Señor. Ella misma llegó a ser un pan de cebada que saciaba y alimentaba a muchas

personas. Experimentó a Cristo como trigo y como cebada; así que, ella misma llegó a ser un grano de trigo y un pan de cebada.

LA VID

Veamos ahora algo tocante a los árboles. El primero es la vid. ¿Qué representa la vid? En Jueces 9:13 la vid dijo: “¡He de dejar mi mosto, que alegra a Dios y a los hombres!” En cierto sentido, representa al Cristo sacrificado, el Cristo que sacrificó todo lo Suyo. Pero éste no es el punto principal. El significado principal es que de Su sacrificio El produjo algo que alegra a Dios y al hombre: el vino nuevo.

¿Ha tenido usted tal experiencia de Cristo? Creo que la mayoría de nosotros hemos tenido alguna experiencia así, pero probablemente no le hemos puesto mucha atención. A veces, bajo la soberanía del Señor, nos encontramos en una situación donde debemos sacrificarnos para hacer que otros y el Señor estén contentos. Cuando en esta situación llegamos a tener contacto con el Señor, entonces lo experimentamos a El como la vid que produce el vino. Experimentamos a Cristo como aquel que alegra a Dios y a otros. Por esta experiencia llegamos a ser la vid; llegamos a ser personas que producen algo que alegra al hombre y a Dios. Sé que usted ha tenido tal experiencia. Hay varios aspectos de Cristo que suplen la necesidad de cada situación. Cristo es muy rico. No sólo es el grano de trigo y el pan de cebada, sino también todos los árboles, y el primer árbol es uno que alegra a Dios y a otros. Si todos los hermanos y hermanas están contentos con usted, estoy seguro de que en un mayor o menor grado, está experimentando a Cristo en este aspecto; está experimentando a Cristo como el productor de vino. Cristo, el cordero que se sacrifica, vive en usted, dándole energía para sacrificarse por otros y darles alegría.

Hace varios años, cuando vivía en Taipéi, Formosa, un buen número de hermanos y hermanas vinieron y se alojaron con nosotros para recibir alguna ayuda espiritual. Una hermana entre ellos siempre murmuraba y se quejaba. Cuando se bañaba, el agua no estaba lo suficiente caliente; cuando comía, el alimento estaba demasiado frío. Todo el día,

decía: “¿Por qué esto” y “¿por qué aquello?” Era un dolor de cabeza para todos los que vivían con ella. Nadie estaba contento con ella, sencillamente porque no había aprendido a sacrificarse. Nunca había aprendido a aplicar al Cristo sacrificado en su situación. Ella misma no era una persona feliz, ni hacía que nadie más fuera feliz. Carecía de vino. No tenía ninguna experiencia de Cristo como productor de vino, como el que se sacrificó para producir el vino para otros y para Dios.

Si usted experimenta a Cristo en este aspecto, usted mismo tendrá mucho vino para beber y se embriagará. Entonces se enloquecerá con Cristo. Usted debe ser una persona embriagada y enloquecida con Cristo. Debe poder decir: “Estoy tan feliz, Señor, estoy tan feliz. No sé qué es el egoísmo; es un idioma ajeno a mí. Día tras día bebo el vino de Cristo”.

La persona más contenta es la persona menos egoísta. Las personas más egoístas siempre son las más miserables. Siempre están clamando: “¡Tengan piedad de mí! ¡Trátenme un poco mejor!” Son como pordioseros mendigando todo el tiempo. El que se sacrifica es el más feliz. ¿Cómo podemos sacrificarnos? No tenemos la energía para sacrificarnos, porque nuestra vida es una vida natural, una vida egoísta. Sólo la vida de Cristo es una vida de sacrificio. Si usted tiene contacto con este Cristo y experimenta la vida sacrificada de Cristo, ésta le dará la energía y la fortaleza para poder sacrificarse por Dios y por otros. Entonces será una persona muy feliz; estará embriagado de felicidad. Esta es la experiencia de Cristo como la vid. Por esta experiencia usted se convertirá en una vid para otros. Todas las personas con quienes tenga contacto estarán contentas con usted, y usted alegrará a Dios.

¿Qué es lo que se hace a las uvas para convertirlas en vino? Tienen que ser exprimidas. Para hacer a Dios y a otros felices, usted necesita ser “exprimido”. Se ha regocijado de llegar a saber que Cristo es la cebada, el Cristo resucitado que está dentro de usted, y que es suficiente para suplir cualquier situación. Usted dice ¡Aleluya! Pero no diga Aleluya con tanta facilidad, porque inmediatamente después de la cebada sigue la vid. Las uvas deben ser exprimidas para alegrar a Dios y al hombre. Usted también debe ser “exprimido”. Cuanto más

beba usted el vino de Cristo, tanto más se dará cuenta de que tiene que ser “exprimido”. Tiene que ser quebrantado para poder producir algo en la casa del Señor que pueda alegrar a otros.

Mire el orden: primero el trigo, después la cebada y luego la vid. Nuestra experiencia comprueba esto. Le digo de nuevo, no reciba estas cosas sólo como enseñanza o doctrina. Recuerde la manera en que puede experimentar a Cristo en estos varios aspectos y aplique a Cristo en su vida diaria.

CAPITULO SEIS

LA EXCELENCIA DE LA TIERRA: SUS INESCRUTABLES RIQUEZAS

II. EL ALIMENTO (CONTINUACION)

Lectura bíblica: Dt. 8:7, 8; 7:13; 32:13, 14; Jue. 9:9, 11, 13;
Ez. 34:29; Nm. 13:23, 27; Zac. 4:12-14

Hemos visto tres aspectos de los alimentos que se encuentran en la buena tierra de Canaán: el trigo, la cebada y la vid. Notemos de nuevo el orden: primero el trigo, después la cebada, y luego la vid. Nosotros primero experimentamos al Jesús encarnado, limitado, crucificado y sepultado; luego tocamos al Cristo resucitado. Por el poder de Su resurrección, podemos vivir la vida que El vivió en la tierra. Por el Cristo resucitado, podemos vivir la vida del Jesús encarnado y limitado. Luego aprendemos que cuanto más disfrutamos a Cristo, más debemos sufrir. Cuanto más experimentamos a Cristo, más seremos puestos en el lagar. Seremos prensados para que se produzca algo que agrade a Dios y a otros. Nuestras experiencias dan testimonio de todas estas cosas.

LAS HIGUERAS

Llegamos ahora al cuarto punto: las higueras. Jueces 9:11 nos dice que la higuera representa la dulzura y el buen fruto. Habla de la dulzura y satisfacción que da Cristo como nuestro suministro. En el primer punto, el trigo, no pudimos ver dulzura ni satisfacción; tampoco lo vimos en la cebada. Incluso en la vid, el énfasis no está en la dulzura y satisfacción que da Cristo como nuestro suministro. Para ver esto debemos considerar el cuarto aspecto, la higuera.

A partir de nuestra experiencia comprendemos que cuanto más disfrutamos a Cristo como trigo, como cebada y como la

vid, tanto más experimentamos la dulzura y la satisfacción que da Cristo. Cuanto más disfrutamos a Cristo como Aquel que ha resucitado, tanto más seremos exprimidos, y tanto más lo disfrutaremos como la vid. Pero, alabado sea el Señor, en ese mismo momento nos damos cuenta de la dulzura y satisfacción que da Cristo como nuestro suministro.

Hace aproximadamente treinta años, estaba enferma una joven que vivía en la provincia de Kiang-Su en el norte de China. Era una época de hambre, y ella estaba en una pobreza terrible. En su enfermedad aceptó al Señor, y a pesar de una fuerte oposición de parte de toda su familia, progresó bastante en su crecimiento espiritual. En ese mismo tiempo murió su esposo, y le sobrevino presión tras presión. Fue puesta en lagar tras lagar. En cuanto a doctrina, sabía muy poco, pero en el espíritu realmente experimentaba a Cristo. Día tras día disfrutaba a Cristo y testificaba que Cristo era su vida. Su familia era sumamente antagónica. Cuanto más asistía ella a las reuniones, más la suegra la golpeaba y la hostigaba. Ella cantaba himnos de alabanza al Señor, pero cuanto más se regocijaba, tanto más la ira de su suegra era provocada y más golpes recibía. No obstante, la hermana se quedaba incommovible. Los golpes de su suegra sólo hacían que alabara a su Señor más que nunca. Un día, cuando ella regresó de la reunión cantando, la suegra estaba profundamente irritada. “¿Qué estás haciendo?” —exclamó— “¡Somos tan pobres, y aún tienes ánimo para cantar!” Y en esto, le dio una buena paliza. Luego en su cuarto, cerrada la puerta, la hermana joven cantó alabanzas al Señor y oró en alta voz. La suegra no pudo evitar oírla y se acercó a la puerta para escuchar. La suegra pensó: “¿Qué le pasa? Tal vez se ha vuelto loca”. La escuchó cuidadosamente. ¿Sabe usted cómo oraba la hermana joven? “Oh, Señor, ¡te alabo, te alabo! ¡Estoy tan contenta! ¡Perdona a mi suegra! ¡Sálvala, Señor, sálvala! ¡Dale la luz y la felicidad que yo tengo! Señor, ¡bendícela!” Todas estas sencillas palabras de oración sorprendieron grandemente a la suegra. Pensaba que la joven la estaría maldiciendo, pero en vez de maldecirla, oraba por ella. La suegra tocó a la puerta. Temblando, llena de temor, la hermana joven pensaba que su suegra venía a

golpearla de nuevo. Pero en vez de eso, la suegra le preguntó: “¿Cómo estás, hija, cómo estás? ¡Te pego! ¡Por qué oras por mí, pidiéndole a tu Dios que me bendiga y me dé gozo? ¿Qué te pasa?” La hermana joven le contestó: “Oh, madre, ¡Cristo me satisface! Estoy muy satisfecha. Estoy llena de dulzura. Sabe, madre, cuanto más usted me pega, tanto más dulzura y satisfacción tengo”. Inmediatamente la suegra entró y le tomó de la mano, diciendo: “Hija, arrodillémonos. Enséñame a orar. Quiero recibir a tu Jesús como mío”.

Oh, ¡la dulzura y satisfacción del Señor como nuestro suministro! Podemos estar seguros de que cuanto más somos prensados, más satisfechos seremos. La presión sólo nos hace experimentar Su dulzura y Su satisfacción. Esto es Cristo como la higuera.

LAS GRANADAS

Llegamos ahora al quinto aspecto, las granadas. ¿Qué representan? ¿Alguna vez ha visto usted una granada? Al ver una granada madura, inmediatamente nos damos cuenta de la abundancia y la belleza de la vida.

Consideremos la hermana joven que acabamos de mencionar. ¡Qué belleza había en su vida! Su vida era una clara manifestación de la vida de Cristo. ¡Cuánta abundancia de vida había! Uno de nuestros colaboradores fue a ese lugar y se enteró de su situación. Nos trajo noticias diciendo que todas las iglesias de esa área habían sido nutridas con su experiencia. ¡Alabado sea el Señor por esa abundancia de vida!

Cuando usted disfruta y experimenta a Cristo como el trigo, como la cebada, como la vid y como la higuera, la belleza de Cristo emana de usted y la abundancia de la vida de Cristo está con usted. Esta es la experiencia de Cristo como la granada. Si usted disfruta a Cristo como el Resucitado y por el poder de Su resurrección vive la vida de Jesús en la tierra, sufriendo toda clase de presión, persecución, problemas y conflictos, se dará cuenta de la dulzura y satisfacción de Cristo en su interior y manifestará la belleza y la abundancia de la vida a los demás. Cuando otros tengan contacto con usted, sentirán la belleza y la atracción de Cristo, y se les impartirá abundancia de vida.

EL OLIVO

El sexto aspecto es el olivo. Sabemos que el olivo es el árbol que produce el aceite de oliva. Este es el último aspecto de los alimentos que podemos clasificar como vegetales. ¿Por qué el Espíritu lo puso al final? Hemos leído Zacarías 4:12-14. En ese pasaje hay dos olivos delante del Señor, los cuales, como explica el Señor, son los dos hijos de aceite. Debemos comprender que Cristo es el Hijo de aceite; Cristo es el hombre ungido con el Espíritu Santo de Dios. Dios derramó sobre El óleo de alegría. El es un hombre que está lleno del Espíritu Santo; El es el olivo, el Hijo de aceite. Oh, si lo disfrutamos como el trigo, la cebada, la vid, la higuera y la granada, sin duda lo disfrutaremos como el olivo, lo cual significa que estaremos llenos del Espíritu. Estaremos llenos de aceite, y llegaremos a ser un olivo.

¿Para qué se usa el aceite del olivo? Jueces 9:9 nos dice que se usa para honrar a Dios y al hombre. Si queremos honrar a Dios o al hombre, lo debemos hacer con el aceite del olivo. Esto significa sencillamente que si queremos servir al Señor, si queremos ayudar a otros, lo debemos hacer por medio del Espíritu Santo. Debemos ser hombres llenos del Espíritu, debemos ser olivos, hijos de aceite. Nunca podemos servir al Señor ni ayudar a otros sin el Espíritu Santo. Pero, ¡alabado sea el Señor! si lo disfrutamos como el trigo, la cebada, la vida, la higuera y la granada, ciertamente tendremos el aceite. Estaremos llenos del Espíritu Santo. En verdad podremos honrar a Dios y a otros.

Me gusta la palabra "honrar". No sólo debemos honrar a Dios, sino también a otros. No piense que éste sea un asunto ligero o superficial. ¿Se da cuenta de que cuando va a tener contacto con algún hermano o hermana, lo va a honrar? ¿Con qué lo va a honrar? ¿Con usted mismo? ¿Con su vida natural? ¿Con su viejo hombre? ¿Con su conocimiento mundial? Sólo puede honrarlo con el Espíritu Santo. Pero tiene que estar lleno del Espíritu Santo. Tiene que ser un hijo de aceite. Tiene que experimentar a Cristo como el olivo.

Ahora puede comprender por qué el Espíritu Santo puso el olivo al último. Cuando usted haya experimentado a Cristo en

todos los otros aspectos y haya llegado a este punto, entonces estará lleno del Espíritu Santo. Así podrá honrar a Dios y a los demás.

Un día un hermano vino a visitarme, pero no vino a honrarme. ¿Sabe usted lo que dijo? "Hermano, hoy fui a ver una película. ¡Es la mejor que he visto! Estaba tan contento que vine a verlo". Simplemente, sentí que me deshonraba. Me sentí avergonzado. Vino a deshonrarme con una película en lugar de honrarme con el Espíritu Santo.

Hermanos y hermanas, si alguien viene a tener comunión con ustedes en el Espíritu Santo, tal persona verdaderamente les honra. Esa persona, por medio del Espíritu Santo, les honra verdaderamente. Unicamente cuando estamos llenos del Espíritu Santo podemos honrar a otros. De otra manera, cualquier cosa que les digamos, cualquier cosa que hagamos, simplemente los deshonrará. Si solamente podemos hablar con ellos acerca de la situación mundial o de esto y aquello, los estamos colmando de deshonor. En todo su contacto con otros, ¿puede usted decir que por la misericordia y la gracia del Señor y por medio del Espíritu Santo los honra? O, ¿los deshonra con muchas cosas? Para poder honrar a otros, debemos estar llenos del Espíritu Santo.

Si estamos llenos del Espíritu para honrar a Dios y a otros o no, depende mucho de cuánto disfrutamos y experimentamos a Cristo diariamente, como el trigo, la cebada, la vid, la higuera, la granada, y luego como el olivo. Si pasamos los cinco primeros aspectos, ciertamente llegaremos al sexto, al olivo. Seremos hijos de aceite, seremos santos que están llenos del Espíritu Santo.

LA VIDA ANIMAL

Pasemos ahora a ver algo acerca de la vida animal. Oh, ¡los aspectos de Cristo en la tierra son muchos y muy ricos! No sólo tenemos la vida vegetal, es decir, la vida de las plantas, sino también la vida animal. Hay dos clases de vida. En el Señor Jesucristo, se encuentran el aspecto de la vida vegetal y el de la vida animal.

La vida vegetal es la vida que se genera a sí misma, que se multiplica. Es la vida que siempre se genera a sí misma y

se multiplica. Un grano de trigo cae en tierra, muere y es sepultado. ¿Qué sucede? Produce fruto a treinta, a sesenta o a cien por ciento. Esto es generación; esto es multiplicación. Por lo tanto, el aspecto del Señor Jesucristo que es representado por la vida vegetal es el de generarse y multiplicarse. Este es un aspecto.

Pero hay otro aspecto. Debemos recordar que antes de la caída, antes de que el hombre pecara, el alimento que Dios había ordenado para el hombre provenía del reino vegetal, no del animal. No fue sino hasta después de la caída, después de que el hombre había pecado, que para su dieta la sangre tenía que ser derramada. Antes de la caída no se requerían los animales para el consumo humano, pero cuando entró el pecado, el hombre tuvo que empezar a incluirlos en su dieta. Sin el pecado, no había necesidad de redención por medio de la sangre, pero después de la caída, y por causa del pecado, se requería la sangre. Si vamos a vivir delante de Dios, debemos participar de la redención por medio de la sangre. Entonces, ¿qué simboliza la vida animal? Simboliza la vida redentora, la vida sacrificada. Después de que el hombre cayó y pecó, se requería tal vida para que el hombre pudiera vivir delante de Dios.

Estos son los dos aspectos de la vida del Señor. Por una parte, Su vida es generadora, y por otra, su vida es redentora. En Juan 6, el Señor dijo: "Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna". Tenemos que disfrutar a Cristo como el que nos redime.

Ahora, quizás a usted le parezca que ha aprendido algo. Ha aprendido a aplicar a Cristo como el trigo, la cebada, y muchas clases de árboles; se regocija. Pero debe comprender que nunca puede aplicar a Cristo simplemente como la cebada, porque usted es un pecador, usted ha pecado. Hasta el día de hoy, usted y yo somos pecadores. Cuando queremos aplicar a Cristo como el trigo, la cebada, la vid, la higuera, la granada y el olivo, al mismo tiempo debemos aplicarlo como el cordero, es decir, como aquel que murió en la cruz, derramando Su sangre para redimirnos de nuestros pecados. En todas las ofrendas del Antiguo Testamento, siempre se hacía

una ofrenda animal junto con la ofrenda vegetal. Ya sabemos lo que hizo Caín. Ofreció del producto de la tierra sin nada de la vida animal, y Dios lo rechazó. Si usted quiere disfrutar a Cristo, debe darse cuenta de que es pecador. Debe pedir al Señor que lo cubra con Su sangre preciosa y que lo limpie una vez más. No puede disfrutar a Cristo simplemente como planta, como trigo o como cebada. Tiene que disfrutarlo como la planta *con* el animal. Debe disfrutarlo como la vida que genera y al mismo tiempo como la vida redentora.

Un día vino a verme una pareja, un hermano y hermana, y me dijeron: "Hermano, sabemos que su estómago no está muy bien; hemos preparado una comida para usted, y quisiéramos invitarle a comer en nuestra casa". Acepté la invitación. Cuando llegué a su casa, vi que en verdad habían preparado una buena comida, y también la habían arreglado atractivamente. Cuando la mesa estuvo puesta, se veía muy llena de color. Había algo verde, rojo, blanco y amarillo; se veía de lo más agradable. Pero negué con la cabeza. Mi esposa lo notó y me preguntó: "¿Qué pasa? ¿Por qué niegas con la cabeza? ¿No te gusta la comida?" Le dije: "Me gusta, pero no es bíblica; no tiene nada de la vida animal". Todo lo que estaba preparado era de la vida vegetal. Había verduras, verduras, y más verduras, y algo de fruta; pero no había ninguna clase de carne, nada del reino animal. Le pregunté a la hermana: "¿Piensa que no soy pecador? ¿Piensa que no necesito tomar al Señor como el Aquel que ha sido inmolado, que no necesito Su sangre en este mismo momento?"

Ahora usted entiende. No puede experimentar a Cristo simplemente como la vida vegetal. Usted es pecador. Cuando ofrece la ofrenda de harina, también tiene que ofrecer algo del reino animal. Cuando toma a Cristo como su vida, como el trigo, como la cebada, la higuera, o la granada, al mismo tiempo debe tomarlo como el toro o el cordero. El es aquel que fue inmolado en la cruz, y derramó Su sangre para redimirnos de nuestros pecados.

Un día un hermano me dijo: "Hermano, cuando le oigo orar, siempre dice: 'Señor, límpianos con Tu preciosa sangre para que podamos disfrutarte más y más'. ¿Por qué siempre le pide al Señor que lo limpie con Su sangre?" Le contesté: "Hermano,

no se da cuenta de que todavía tiene una naturaleza pecaminosa? ¿No se da cuenta de que todavía vive en un mundo corrupto y contaminador? ¿No es contaminado por muchas cosas todo el día, desde la mañana hasta la noche?" Cuando queremos experimentar a Cristo y aplicarlo como nuestra vida, debemos comprender que El no sólo es la vida vegetal, sino también la vida animal. Tenemos que aplicarlo como el Redentor, el Cordero que fue inmolado, a fin de poder disfrutar todas las riquezas de Su vida generadora.

LA LECHE Y LA MIEL

Ahora llegamos a dos aspectos más: la leche y la miel. La buena tierra es una tierra de la cual fluyen leche y miel. ¿Puede usted decir a qué clase de vida pertenecen la leche y la miel? ¿Pertenecen a la vida animal, o a la vida vegetal? Notemos cómo el Espíritu Santo las acomoda en la Palabra. En Deuteronomio 8:8 se pone la miel con las plantas: el trigo, la cebada, la vid, la higuera, los granados, el olivo y después la miel. Y en Deuteronomio 32:14, se coloca la leche con los animales: el ganado, el rebaño, la leche y la mantequilla. El Espíritu Santo es muy imparcial. Puso la miel con las plantas y la leche con la mantequilla y los animales. ¿Por qué? Porque el Espíritu Santo sabe muy bien, que en su mayor parte, la miel proviene de la vida vegetal. Se deriva principalmente de las flores y los árboles. Por supuesto, una parte de la vida animal está involucrada, y esa parte es ese animalito, la abeja. Sin las flores no podemos tener la miel, pero tampoco podemos sin las abejas. Se necesitan las flores así como las abejas. Hay cooperación de ambas; estas dos vidas se mezclan y así se produce la miel. Pero en su mayor parte, la miel pertenece a la vida vegetal.

¿Qué podemos decir acerca de la leche? Podemos decir que en su mayor parte la leche pertenece a la vida animal, pero en realidad es un producto tanto de la vida animal como de la vida vegetal. Si no hay pastos, si no hay hierba verde, aunque tengamos ganado vacuno y ovejuno, no podremos tener leche ni mantequilla. ¿Cuál es el mejor alimento: la leche, o todo el fruto de los árboles, de la vid, la higuera, el granado y el olivo? Es cierto que todos son buenos, pero ¿cuál es mejor?

Creo que todos nos damos cuenta de que la leche es mejor que todo el fruto de la vida vegetal. ¿Por qué? Porque tanto en la leche como en la miel, disfrutamos la mezcla de las dos clases de vida. Así que, podemos ver que las dos pertenecen a la vida vegetal y también a la vida animal.

¿Qué significa todo esto? ¿Cuáles aspectos de Cristo representan la leche y la miel? Cuando usted disfruta a Cristo como el trigo, la cebada, la vid, etc., y al mismo tiempo lo disfruta como el toro y el cordero, se dará cuenta de que el Señor es muy bueno, que el Señor es tan dulce y rico para usted como la leche y la miel. Especialmente cuando se siente débil en espíritu y acude al Señor para experimentarlo y aplicarlo, siente que El es la leche y la miel. Siente las riquezas y la dulzura de la vida de Cristo. Oh, ¡qué buena es la leche y qué dulce es la miel! ¡Cristo es tan bueno! ¡Cristo es tan dulce! El es una tierra de la cual fluyen leche y miel. Esta experiencia se produce de los dos aspectos de la vida de Cristo, la vida generadora y la vida redentora. Cuanto más usted lo experimenta como el trigo, la cebada, etc., y al mismo tiempo lo experimenta como el ganado y el rebaño, tanto más disfrutará a Cristo como leche y miel.

Hemos visto tres clases de aguas y al menos ocho clases de alimento. ¡Oh, cuán rico es Cristo para nosotros! Debemos tener una experiencia tan adecuada y completa de El, no sólo como el agua viva, sino también como muchas clases de alimentos. Debemos disfrutarlo hasta tal punto que madure la vida interior. Entonces habrá edificación para el Señor y guerra contra el enemigo. Consideraremos esto en el siguiente capítulo.

CAPITULO SIETE

LA EXCELENCIA DE LA TIERRA: SUS INESCRUTABLES RIQUEZAS

III. LOS MINERALES

La tierra no sólo es rica en agua y alimento, sino también en minerales. Leamos:

Deuteronomio 8:9: "...tierra cuyas piedras son hierro, y de cuyos montes sacarás cobre".

Notemos que aquí el hierro está ligado con las piedras y el cobre con los montes. Esto significa que el hierro tiene que ver con las piedras, y el cobre con los montes o montañas.

Génesis 4:22: "...artífice de toda obra de bronce y hierro".

En el Antiguo Testamento, bronce y cobre son palabras que se usan indistintamente para denotar el mismo material. Aquí, según el hebreo, el bronce y el hierro están relacionados con instrumentos cortantes.

Deuteronomio 33:25: "Hierro y bronce serán tus cerrojos, y como tus días serán tus fuerzas".

Aquí el bronce y el hierro están relacionados con los cerrojos de las puertas y también con la fuerza. Una nota al pie de la versión inglesa *American Standard*, pone en este versículo como traducción de la palabra "fuerzas", "reposo" o seguridad". En realidad, es mejor la palabra "seguridad". "Como tus días será tu seguridad". Por lo tanto, el hierro y el bronce aquí están relacionados con nuestra seguridad. Si tiene fuerzas, tiene seguridad; y si tiene seguridad, tiene reposo.

Jeremías 15:12: "¿Puede alguno quebrar el hierro, el hierro del norte y el bronce?"

Este versículo muestra la fuerza del hierro y del bronce. Quiere decir que nadie puede quebrar el hierro y el bronce.

1 Samuel 17:5-7: “Y traía un casco de bronce en su cabeza, y llevaba una cota de malla; y era el peso de la cota cinco mil siclos de bronce. Sobre sus piernas traía grebas de bronce, y jabalina de bronce entre sus hombros. El asta de su lanza era como un rodillo de telar, y tenía el hierro de su lanza seiscientos siclos de hierro; e iba su escudero delante de él”.

El guerrero gigante estaba cubierto con hierro desde la cabeza hasta los pies, y su arma era de hierro. El mismo estaba cubierto con bronce, y el arma con la que peleaba la batalla era de hierro.

Apocalipsis 1:15: “Y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno...”

Salmos 2:9: “Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás”.

En Apocalipsis 1, el bronce está relacionado con los pies del Cristo que es juez y vencedor: Sus pies eran semejantes al bronce bruñido. Y en el segundo salmo, el hierro se relaciona con la vara con la cual el Señor regirá a las naciones.

Mateo 5:14: “Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder”.

Salmos 2:6: “Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte”.

En Mateo 5, la ciudad está relacionada con el monte; y en Salmos 2, el monte de Sion está relacionado con el Ungido.

1 Pedro 2:4, 5: “Acercándoos a El, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo”.

Aquí se nos dice que el Señor es una piedra viva y que nosotros también somos piedras vivas. Todas estas piedras vivas sirven para la edificación de una casa espiritual para Dios.

Ezequiel 37:22: “Y los haré una nación en la tierra, en los montes de Israel, y un rey será a todos ellos por rey...”

En este versículo vemos que la nación y el rey están relacionados con los montes. El Señor dijo que haría una nación no sólo en la buena tierra, sino también en los montes de Israel, los montes de la tierra.

Salmos 87:1: “Su cimiento está en el monte santo”.

Aquí el cimiento del edificio está relacionado con el monte.

Salmos 48:1, 2: “Grande es Jehová, y digno de ser en gran manera alabado en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo. Hermosa provincia, el gozo de toda la tierra, es el monte Sion a los lados del norte, la ciudad del gran Rey”.

Debemos notar aquí que la ciudad de Dios está relacionada con el monte santo, y la ciudad del gran Rey está relacionada con el monte Sion.

Hay mucho significado espiritual en todas estas relaciones. En total hay cuatro cosas: las piedras, los montes o montañas, el hierro y el cobre. Las piedras sirven para la edificación, los montes o montañas son para la ciudad, la cual es el centro de la nación, el centro del reino. El hierro y el cobre son los materiales con los cuales se hacen las armas.

CUATRO CATEGORIAS DE RIQUEZAS

Hemos visto que la tierra es rica primeramente en aguas, después en vegetales y en plantas, luego en animales y finalmente en minas o minerales. Hay cuatro categorías. Consideremos su orden; es muy significativo y muy espiritual.

Primero necesitamos el agua; de otra manera, las plantas no pueden crecer. Sin agua, las plantas y los vegetales nunca podrían existir ni crecer. Así que, el agua hace producir los vegetales y las plantas.

En 1958, fuimos a la tierra física de la cual estamos hablando, la tierra de Palestina. Después de quedarnos unos días en Jerusalén, fuimos a ver la ciudad de Jericó, la ciudad maldita. Jerusalén está edificada sobre un monte que está a

una altura de tres a cuatro mil pies sobre el nivel del mar, y el valle de Jericó, donde está el mar Muerto, el cual está a una profundidad de seiscientos o setecientos pies bajo el nivel del mar. Así que, en un viaje de aproximadamente tres horas, de Jerusalén al “valle de la muerte” de Jericó, estuvimos solamente bajando. Cuando llegamos al fondo de ese valle, era como si estuviésemos en un horno. ¡Oh, qué calor! ¡Y no había nada de brisa! Era un desierto estéril y de calor abrasador, donde no había más que calor y polvo. Inmediatamente fuimos, en medio de esa escena desolada y árida, a ver las ruinas de la antigua ciudad de Jericó y para nuestra delicia, fuera de la ciudad había agua, un manantial de agua. Era la misma agua que fue sanada por el profeta Eliseo, por eso estábamos muy interesados en verla. Allí estaba: un manantial, una fuente que brotaba y un arroyo que fluía. Al seguir con nuestros ojos el agua, pudimos ver a distancia, en medio de ese valle silvestre, un lugar de hierba verde, palmeras y muchas otras clases de árboles. Era hermoso. Allí estaban el manantial, la fuente, el arroyo que fluía y luego una tierra llena de espeso verdor.

El Espíritu Santo mencionó en primer lugar el agua. El manantial, la fuente y el arroyo producen toda clase de planta y vida vegetal.

Entonces, ¿de qué se alimenta el ganado? Se alimenta de las plantas, de la vida vegetal. Entonces podemos ver el orden: primero las aguas, después los vegetales y luego los animales. Después de estos tres, el Espíritu se dirige a algo más: las piedras y los montes, de los cuales provienen el hierro y el cobre.

Hermanos y hermanas, este orden debe impresionarnos profundamente. Este orden corresponde en un cien por cien con las etapas de la vida espiritual.

LAS ETAPAS DE LA VIDA ESPIRITUAL

En la primera etapa de la vida espiritual, experimentamos a Cristo como el agua viva. Jesús dijo: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba” (Jn. 7:37). Este es el evangelio para los pecadores. Vengan y beban y se llenarán; su sed será saciada. Cuando venimos al Señor, lo experimentamos como el agua

viva, como el arroyo vivo. Al continuar en esta experiencia, avanzamos aún más. Se nos dijo que del trono de Dios y del cordero fluye un río de agua viva, y que en este río crece el árbol de la vida. El agua viva nos trae el suministro de Cristo como alimento. Al experimentar a Cristo como el agua viva, usted encontrará que en esta agua crecen varias clases de plantas; tendrá la experiencia de Cristo como su provisión de alimento. En el fluir del agua viva se encuentra el pan de vida, el alimento de vida. Esto significa que usted no sólo experimenta las aguas vivas, sino también el suministro de Cristo como la variedad de alimento. Todas estas clases de alimento lo harán madurar; lo llevarán al punto de estar lleno del Espíritu Santo. Será usted un olivo delante del Señor, un hijo de aceite.

En esto usted es madurado. La experiencia que usted tiene de Cristo es muy rica y dulce, como leche y miel. ¿Qué es la miel? La miel es la crema de toda la vida vegetal. Y ¿qué es la leche? Es la crema de toda la vida animal. La leche y la miel son la crema de todo el suministro de alimento. A veces, cuando usted se siente débil en espíritu y prueba un poquito de Cristo, se da cuenta de cuán rico y dulce es. Usted ha disfrutado sólo un poquito de Cristo como leche y miel. Pero cuando realmente haya madurado en la vida de Cristo, todo el día El será para usted como leche y miel. Cuando por primera vez usted recibe a Cristo, siente que está bebiendo agua viva, pero cuando llega a ser maduro en Cristo, día tras día siente que está bebiendo leche y miel. El es muy dulce y rico para usted. Por supuesto, el agua viva está incluida en la leche y miel, pero esta bebida es muchísimo más rica que el agua.

Cuando vine a los Estados Unidos por primera vez, recibí una impresión profunda. Tenía sed y pedí al hermano con quien me quedaba que me diera algo de beber. Le pregunté si tenía una tetera. Me contestó que lo sentía, pero que no tenía ninguna. Exclamé: “¿Estados Unidos es tan pobre? ¡Ustedes ni siquiera tienen una tetera!” De donde vengo, hay muchas clases y tamaños de teteras. Luego le pregunté si tenía un termo para agua. Me contestó que tampoco tenía. Pensé, ¿cómo es esto? Entonces, para mi gran sorpresa, me dio un vaso de leche, diciendo: “Hermano, aquí en los Estados

Unidos bebemos leche en lugar de agua. Todos los días, mañana, tarde y noche, bebemos leche". Eso me impresionó bastante. Le dije: "¡Ustedes realmente son ricos en este país! Son tan ricos que en lugar de agua, beben leche!"

La primera experiencia que se tiene de Cristo es la del agua viva, pero después de crecer en El y de madurar en la vida, se llega al punto en que se disfruta a Cristo no sólo como el agua viva, sino como el fluir de leche y miel. Debemos notar el orden. El Espíritu Santo menciona la miel al final de la lista de los vegetales, y menciona la leche y la mantequilla al final de la lista del ganado y del rebaño, los animales. Esto significa que si usted disfruta hasta cierto grado a Cristo como la vida vegetal, lo disfrutará como miel. Y si lo disfruta hasta cierto punto como la vida animal, sentirá que El es exactamente como la leche. El le será muy rico y dulce. Esto significa que usted ha madurado hasta cierto grado.

Ahora llegamos a la última etapa, la etapa de los minerales. Llegamos al punto de estar relacionados con las piedras, los montes, el hierro y el cobre. ¿Para qué sirven todos éstos? Para la edificación, para el reino, para la batalla y para la seguridad. Cuando haya una vida madura en los cristianos, la edificación de la casa de Dios se llevará a cabo, y se pelearán las batallas de la guerra espiritual. En otras palabras, cuando hay creyentes que han madurado por medio de experimentar a Cristo, entre ellos se edifica la casa de Dios y por medio de ellos se pelea la batalla. Debemos entender claramente que cuando disfrutamos a Cristo hasta cierto punto, siempre hay un resultado: la edificación y la batalla. Estas dos siempre van juntas. Si usted quiere tener la edificación de Dios, tiene que prepararse para pelear. Para el edificio de Dios, necesitamos los materiales, y para pelear la batalla, necesitamos las armas. Todo esto depende de las piedras, los montes, el hierro y el cobre.

Debemos recordar que sobre la tierra se edifican la ciudad y el templo, y se edifican con estos mismos materiales: las piedras, el hierro y el cobre. Estos materiales indican que hay algo en la vida de Cristo como los materiales para el edificio de Dios y como las armas para pelear la batalla. Aún todas estas cosas son algo de las riquezas de la vida de Cristo.

Si hemos llegado o no a esta etapa, depende de la medida de nuestra experiencia de Cristo. Si día tras día sólo disfrutamos a Cristo como el agua viva, nunca podremos llegar al punto en que la edificación de Dios se realice entre nosotros. Todavía somos muy jóvenes. Debemos disfrutar a Cristo como el agua viva, como el trigo, como la cebada, como esto y como aquello. Debemos disfrutar a Cristo hasta cierto grado; entonces tendremos un edificio para el Señor y pelearemos la batalla contra el enemigo.

A veces cuando nos encontramos con un hermano o hermana, sentimos que esa persona es muy buena, pero que le falta algo, que hay una verdadera escasez. No es que sean pecadores; al contrario, son muy rectos para con el Señor y su actitud es positiva. Pero en lo profundo de nuestro espíritu sentimos una escasez. Es casi imposible de explicar; es difícil encontrar las palabras correctas. Tal vez podría decirse que hay algo un poco liviano, un poco blando. Creo que usted sabe lo que quiero decir. Son como un pedazo de pan. El pan es bueno y saludable, pero muy blando y débil. O pueden compararse con un vaso de leche. La leche es buena y rica, pero sólo es líquido y es tan débil como un líquido. Ahora, tome una piedra, o un pedazo de hierro o cobre. ¡Esto sí es algo fuerte! Pero estas personas no son así. Parece que no son piedras y que no hay hierro ni cobre en ellos. No se puede pelear usando la leche como arma. No se puede batallar usando un pedazo de pan, ni tampoco se puede salir a la guerra llevando como arma un higo. ¡Qué absurdo! Se necesita hierro o cobre; hay que tener algo fuerte. No se puede edificar una casa con leche. No se puede amontonar panes para producir un edificio. Se necesitan piedras, o sea, materiales con los cuales edificar. Además, se necesita una montaña de donde se pueda sacar los materiales y sobre la cual se pueda edificar la casa.

A veces, cuando me encuentro con uno de los siervos del Señor, siento que estoy frente a una montaña. No puedo determinar cuán rico, cuán fuerte, cuán sólido ni cuán seguro es. Es exactamente como una montaña. Cuando él está sentado delante de mí, allí está una montaña. No se le puede vencer. Si uno trata de vencerlo, será derrotado por él. El

es una montaña, un monte. Usted no puede tratar con él; sino que él es quien trata con usted.

Esta es la última etapa de la vida espiritual. Es muy posible llegar a este punto. Es muy posible ser una piedra entre los hijos de Dios, una columna en la iglesia. ¿Se puede usar un pan como columna? ¿Se puede amontonar uvas y usarlas como columnas? No, no se puede. Pero sí se puede hacer una columna de piedra, de hierro o de bronce. Eso será muy adecuado. El edificio de Dios requiere de la piedra, del hierro, del cobre y de la montaña. Todos estos materiales están relacionados con el edificio de Dios y, como demostraremos más tarde, con el reino de Dios.

TRANSFORMADOS DE BARRO A PIEDRAS

Mientras seamos sólo unos niños en Cristo que están bebiendo del agua viva, ¿cómo va a ser posible que el edificio del Señor exista entre nosotros? Es imposible. Tenemos que crecer; debemos madurar por medio de experimentar a Cristo. Debemos ser piedras. El Señor es la piedra viva, y nosotros también debemos ser piedras vivas a fin de que seamos materiales para la edificación.

Hablando figuradamente, en Adán somos pedazos de *barro*; no somos piedras, sino barro. El edificio del Señor se edifica con piedras, pero nosotros somos de barro. ¿Cómo podemos nosotros como pedazos de barro ser material para el edificio del Señor? Es imposible. Debemos ser transformados de barro a piedra. Debemos ser transformados por el Espíritu Santo por medio de experimentar y disfrutar a Cristo prácticamente.

A veces, cuando un hermano se acerca a mí, siento que ese hermano ha sido un poco transformado. Pero, siento decir que en él sólo hay una pequeña cantidad de piedra; la mayor parte de él todavía es de barro. Tal vez usted se haya encontrado con hermanos así. Se puede reconocer en ellos un poco de transformación; se parecen a piedras, pero la mayor parte de su ser todavía está en su estado original. Todavía están en Adán, en el barro. Todavía son muy naturales.

Un día tuve comunión con algunos hermanos. Durante la comunión, un hermano insistió enfáticamente en cierta cosa.

Le señalé con el dedo y le dije: "Hermano, en su espíritu hay un pedacito de piedra, pero su cabeza es un pedazo de barro". La mentalidad de muchos hermanos y hermanas todavía no ha sido renovada, transformada. Su mente es simplemente la del hombre natural, llena de conceptos y pensamientos naturales. Es una cabeza de barro. Por la renovación de la mente somos transformados de pedazos de barro en piedras. Después de ser convertidos en piedras, somos quemados y prensados para que seamos transformados aún más, es decir, de piedras ordinarias en piedras preciosas. En la nueva Jerusalén, no se puede encontrar nada de barro; tampoco se puede encontrar ninguna piedra ordinaria. Todas las piedras son preciosas. La nueva Jerusalén es edificada con piedras preciosas.

LOS MONTES Y LAS COLINAS

Sabemos que las piedras siempre están relacionadas con los montes y las colinas. Si queremos encontrar piedras, necesitamos ir a las montañas. Es difícil encontrar piedras en la llanura. Entonces, ¿qué representan los montes y las colinas? En las Escrituras, los montes y las colinas siempre representan la resurrección y la ascensión. Son algo que se eleva por encima de la tierra, sobre las planicies. ¿Cómo pueden ustedes, que son pedazos de barro, ser transformados en piedras? ¡Sólo en la vida de resurrección! Todas las piedras vivas y espirituales están en la vida de resurrección; son piedras que están unidas a la montaña de la resurrección de Cristo. Si todos vivimos en la vida adámica, en la vida y naturaleza vieja, sencillamente estamos en la llanura. Como no hay montaña entre nosotros, tampoco hay piedras entre nosotros. Pero si vivimos y andamos en la vida de resurrección, disfrutamos la realidad de las montañas y las colinas, e inevitablemente allí se encuentran las piedras.

Quisiera poner un ejemplo. Supongamos que me reúno con algunos hermanos y hermanas. Supongamos que como hermano ando conforme a la vida natural, y que hay otro hermano que siempre vive en la vida natural. Una querida hermana que se reúne con nosotros continuamente anda y vive en sus emociones; a veces está contenta y a veces está muy triste y deprimida. En realidad, todos somos como este

grupo; somos muy naturales, andamos y vivimos continuamente en la vida natural. ¿Se podría ver entre nosotros algo así semejante a un monte? ¡Claro que no! Todos somos de barro; todos estamos en la planicie. Si usted buscara una piedra, no encontraría nada más que polvo, tierra y barro. Como no hay ninguna montaña, tampoco hay piedras. Si se quiere piedras, debe ir al terreno montañoso.

Ahora, supongamos que hay otro grupo de creyentes. Conocen algo de la cruz, y saben algo acerca de negar la vida natural. Por lo tanto, hasta cierto punto han experimentado la vida de resurrección. Andan en novedad de vida y sirven en novedad de espíritu; viven en resurrección. Cuando usted se acerca a ellos, siente que hay algo elevado, algo exaltado, algo que está más alto que usted. Se da cuenta de que en ellos y entre ellos hay una colina espiritual, un monte espiritual. No es difícil encontrar muchas piedras, incluso piedras preciosas. Si usted mira a uno de ellos, ve una piedra; si mira a otro, alabado sea el Señor, también ve una piedra. Hay piedras porque hay montes y colinas.

Los montes y colinas son útiles para la edificación de la casa, de la ciudad y del reino de Dios. En las Escrituras hay muchas ciudades que estaban edificadas en colinas y montes. Cuando estuve en Palestina y viajé por esa tierra, noté que casi todas las ciudades estaban edificadas así. Muy pocas ciudades estaban edificadas en valles o planicies. Una ciudad es el centro de una nación, un reino. En el Antiguo Testamento, la ciudad siempre era símbolo de la nación o del reino. Por lo tanto, el pensamiento del Espíritu Santo en tales pasajes es que cuando hay alguna colina o monte espiritual entre los hijos del Señor, automáticamente hay piedras, hay materiales para la edificación de la casa y de la ciudad. Allí se encuentran la autoridad y el reino de Dios. Cuando el Señor resucitó de entre los muertos, nos dijo que toda potestad le había sido dada en el cielo y en la tierra. La autoridad espiritual, la autoridad celestial, siempre está en la resurrección. Si usted y yo vivimos y andamos en la vida de resurrección de Cristo, tendremos la autoridad del cielo.

El concepto que muchas personas tienen acerca de la autoridad de la iglesia está completamente equivocado.

La autoridad de la iglesia no tiene nada que ver con la organización. Es absolutamente un asunto de resurrección. Si dos hermanos en la iglesia local están en resurrección en un grado mayor que los demás, a ellos se les encomienda la autoridad divina y celestial. Ellos son la autoridad de la iglesia; son el monte en esa iglesia local. Con ellos se encuentra la resurrección; así que, con ellos también está la autoridad del reino.

Si sólo somos niños en Cristo, es que solamente lo hemos experimentado como agua viva y tal vez como nuestro suministro de alimento. Siempre tenemos nuestros buenos momentos juntos y estamos muy contentos unos con otros, pero somos muy jóvenes. Muchas veces somos felices sólo en lo natural, y muchas veces estamos tristes en nuestra emoción natural. Entre nosotros no hay montes ni piedras. Todos somos una masa de barro. En una situación así, ¿se podría conocer la autoridad de la iglesia? Nunca. La autoridad de la iglesia se encuentra donde los santos saben lo que significa ser crucificado con el Señor Jesús y vivir en resurrección. Si se ríen, lo hacen en resurrección; si lloran, lo hacen en resurrección. Aun cuando se enojan, se enojan en la vida de resurrección. En su diario andar, experimentan la vida de resurrección del Señor. Para ellos no es una mera enseñanza, sino que es un disfrute práctico y diario. Cuando uno se encuentra con ellos, siente que son piedras en la montaña. A éstos se les ha encomendado la autoridad celestial. Son la autoridad de la iglesia. Si aquí los santos son así, entonces la casa de Dios y el reino de Dios también están aquí. Aquí es edificada la casa y establecido el reino de Dios.

Por favor, no piense que porque haya leído esto, ya lo tiene. Se requiere años para obtener lo que hemos descrito. Sólo le doy las direcciones; éste es simplemente el mapa que debe seguir. Tómelo y practíquelo en humildad. No piense que mañana usted será una montaña. ¡No! Ore acerca de todas estas cosas y procure ponerlas en práctica. Después de esto, recibirá el provecho.

CAPITULO OCHO

LA EXCELENCIA DE LA TIERRA: SUS INESCRUTABLES RIQUEZAS

III. LOS MINERALES [CONTINUACION]

Lectura bíblica: Dt. 8:9; 33:25; Jer. 15:12; Ap. 2:27; 1:15;
Mt. 28:18, 19; Lc. 10:19; Mt. 16:18, 19; 18:17, 18; Ef. 6:11-17

Hemos visto claramente que las riquezas de la tierra son primeramente las aguas, después toda clase de vegetal y planta, luego el ganado y el rebaño, y finalmente las minas o minerales. Mencionémoslas según sus diferentes categorías:

1. Aguas: manantiales, fuentes y arroyos.
2. Plantas y vegetales: trigo, cebada, vides, higueras, granados, olivos.
3. Animales: ganado y rebaño.
(La vida de las plantas y la vida animal mezcladas producen leche y miel.)
4. Minerales o minas: piedras, montañas, hierro, cobre.

Así hemos visto que todas estas riquezas corresponden a las distintas etapas de la vida espiritual. Las aguas vivas pertenecen a la primera etapa de nuestra experiencia espiritual. Cuando experimentamos a Cristo en la primera etapa, sentimos que El es como agua viva para nosotros. Luego, en la segunda etapa, tenemos una experiencia más avanzada de Cristo; le disfrutamos en una manera más sólida. Cristo nos es como alimento sólido; El es algo más que el agua. El agua ciertamente es buena y muy necesaria, pero el agua no tiene mucho contenido. No puedo vivir y crecer sólo con agua. Si usted me invita a cenar, debe darme alimento sólido, algo de trigo o de cebada, etc. Es verdaderamente maravilloso que al final de la lista de plantas y vegetales se encuentra el olivo,

que representa a Cristo como el Hijo de aceite, Aquel que está lleno del Espíritu Santo. Por dentro y por fuera, El estaba saturado del Espíritu Santo, y le podemos disfrutar como tal. Podemos estar llenos y saturados del Espíritu Santo. Que estemos tan llenos del Espíritu, indica que hemos sido madurados en la vida de Cristo. Cristo es para nosotros tan querido, tan dulce, tan rico, como la leche y la miel.

Inmediatamente después de esta rica experiencia de Cristo, llegamos a las minas y los minerales: las piedras, las montañas, el hierro y el cobre. Este es el orden que les da el Espíritu Santo. El Espíritu Santo puso estas cosas en tal orden para que correspondieran con las etapas de la vida espiritual. Cuando llegamos a la madurez en la vida de Cristo, en nuestra experiencia tenemos algo de la piedra, la montaña, el hierro y el cobre.

En el capítulo anterior, vimos mucho tocante a las piedras y los montes. Vimos que las piedras representan a los santos salvos y transformados, que son el material para el edificio de Dios. No sólo debemos ser salvos, sino también transformados en piedras vivas para el edificio de Dios. Originalmente, no éramos piedras; éramos pedazos de barro. Pero cuando aceptamos a Cristo, El entró en nuestro espíritu y ha seguido obrando continuamente para transformarnos. Por la renovación del Espíritu Santo, somos transformados de pedazos de barro en piedras para que seamos el material para el edificio de Dios.

También hemos visto que las colinas y los montes representan la resurrección y la ascensión. Con la resurrección y la ascensión, siempre está la autoridad, el reino y el Rey. La resurrección es algo elevado, la ascensión es algo exaltado, y en esta exaltación se encuentran la autoridad divina, el gobierno divino, el reino de Dios con el Rey. Este es el significado de los montes y las colinas. Hemos visto que la única manera de que el barro se transforme en piedras es en la resurrección. Sólo en la vida de resurrección, puede Cristo transformarnos. En la vida natural, somos pedazos de barro; pero en la vida de resurrección, somos piedras. Las piedras producidas para el edificio de Dios con la autoridad y el gobierno divinos, son el resultado de la resurrección de Cristo.

Cuanto más disfrutamos a Cristo y lo experimentamos, tanto más seremos transformados por el Espíritu Santo con los elementos de Su vida. Entonces el edificio de Dios y el reino de Dios saldrán a la vista.

EL HIERRO Y EL COBRE

Llegamos ahora a los últimos aspectos: el hierro y el cobre. Creo que usted está familiarizado con la secuencia de la Epístola a los Efesios. El primer capítulo nos relata todas las bendiciones que hemos recibido en Cristo. Luego, el segundo, el tercero, el cuarto y el quinto están relacionados con las riquezas de Cristo. Este es el único libro en que se usa la expresión “las inescrutables riquezas de Cristo” (3:8). Después de contar todas estas riquezas, llegamos al capítulo 6, el final del libro. Allí vemos la batalla, la guerra. El último punto del libro de Efesios es la guerra espiritual. Cuando usted llegue al capítulo 6 de Efesios en la experiencia espiritual, habrá tenido un disfrute abundante de las riquezas de Cristo, habrá experimentado al Cristo de los capítulos del 1 al 5. Como le ha disfrutado hasta tal grado, y debido a la necesidad de tener el edificio de Dios y el gobierno divino, usted debe pelear la batalla espiritual. Cuando llegue a este punto, será capacitado para pelear, y habrá madurado en la vida de Cristo. En la experiencia de las riquezas de Cristo, debe pelear y puede pelear.

Inmediatamente después de ser llevados al campo de la batalla en este capítulo, leemos estos términos: yelmo, coraza, escudo, espada, etc. Hablando figuradamente, ¿de qué está hecho el yelmo? y, ¿de qué está compuesta la coraza? Ciertamente no están constituidos de un material suave o frágil. En el relato de 1 Samuel 17 se ve un guerrero gigante cubierto de bronce. Su cabeza, su pecho, sus rodillas y sus piernas estaban protegidos con bronce. Y la espada con el cual peleó estaba hecha de hierro. Los últimos aspectos de las riquezas de Cristo son el hierro y el cobre o el bronce, porque la última etapa de la experiencia cristiana es la guerra espiritual. En la batalla necesitamos el cobre y también el hierro.

¿Cuáles elementos de Cristo representan el hierro y el cobre? Se nos dice que Cristo regirá a las naciones con una

vara de hierro. Por lo tanto, el hierro representa la autoridad de Cristo. El tiene plena autoridad sobre todo el universo. Le fue dada toda potestad en el cielo y en la tierra. Fue exaltado hasta los cielos, a la diestra de Dios y fue hecho Cabeza sobre todas las cosas. El tiene el hierro. La vara de hierro está en Su mano. Esto está muy claro.

Entonces, ¿qué aspecto de Cristo tipifica el cobre o el bronce? El bronce representa el juicio de Cristo. Pero debemos comprender que todo Su poder y autoridad para juzgar proviene de las pruebas que sufrió. Cuando estuvo aquí en la tierra, pasó por toda clase de pruebas y sufrió toda clase de dificultades. Sus pies son como bronce bruñido, refinado en el horno. ¿Qué representan los pies? Representan el andar, la vida en la tierra. El andar y la vida del Señor en la tierra fueron refinados, bruñidos, probados y juzgados por Dios. Incluso fueron probados por el enemigo y por la humanidad. Por medio de todas estas pruebas, la vida y el andar del Señor fueron probados y salieron perfectos, brillantes y radiantes. Por medio de esto, Cristo ha sido capacitado para juzgar a otros, porque primero El mismo fue probado, juzgado y refinado. Está equipado no solamente con bronce, sino con bronce refinado y brillante. El tiene la base y el derecho de juzgar.

COMO APLICAR EL COBRE

¿Cómo podemos aplicar esto? A veces al seguir al Señor, o tal vez al servirle, o al estar en camino a una reunión para ministrar, nos viene a la mente un pensamiento de cuán sucios y cuán pecaminosos somos. En tal momento, ¿qué hacemos? Claro, le pedimos al Señor que nos cubra con Su sangre preciosa y que nos cubra la mente con El mismo. Pero, ¿entiende qué es esto? Esto es el yelmo hecho de bronce. Nos damos cuenta de que el Señor es perfecto y brillante, Aquel que ha sido puesto a prueba y probado. Entonces, por fe ejercitamos nuestro espíritu y decimos al enemigo: "Satanás, estoy sucio, soy pecador; pero, alabado sea mi Señor, El es perfecto, El es Aquel que ha sido puesto a prueba y aprobado, y El es mi protección, ¡El es el yelmo para mi cabeza!" Podemos ejercitar nuestro espíritu por fe para aplicar a este Cristo

probado, aprobado y perfecto, como el yelmo para nuestra cabeza.

¿Tiene usted experiencias como ésta? Creo que sí, pero no las entiende claramente. Debe aprender a aplicar a Cristo en esta forma con un corazón iluminado.

Conozco la sutilidad del enemigo. Hace más de treinta años, cuando yo era joven, por la gracia del Señor le amaba grandemente. Muy temprano por la mañana me iba a cierta montaña a cantar himnos, leer las Escrituras y orar, muchas veces con lágrimas de amor y gozo. ¡Oh, la comunión era muy dulce, y la presencia del Señor muy rica! Pero al bajar de la montaña, entraba en mi mente toda clase de pensamiento. Todas las mañanas pasaba lo mismo. Al principio pensaba que había algo mal en mí. Me confesaba delante del Señor y le pedía perdón. Pero, alabado sea el Señor, después de unos pocos días, lo entendí y dije: “¡No! Esto no proviene de mí. Amo mucho al Señor, leo y oro Su Palabra, he tenido una comunión tan excelente con el Señor, ¿cómo es posible que estas cosas provengan de mí? Tienen que ser del enemigo”. ¿Sabe lo que hice? Amenacé al enemigo con mi puño. Esa fue mi manera de pelear la batalla.

Después de algún tiempo, supe que hay un yelmo para mi cabeza, o sea, que una parte de la armadura de Dios es un yelmo. En esa ocasión aprendí una lección. Cada vez que tales pensamientos venían a turbarme, yo decía: “¡Señor, cúbreme con Tu yelmo! ¡Aleluya! ¡Tú eres el Victorioso! ¡Tu sangre preciosa es la sangre victoriosa! ¡Cúbreme, Señor! ¡Te alabo, Señor!” Obtuve la victoria. Más tarde entendí claramente por qué el Señor podía ser para mí una cubierta tan eficaz. Debido a que El fue probado y la humanidad, y porque salió perfecto, brillante y radiante; El es el bronce, el bronce bruñido; El tiene la habilidad, la fuerza, la capacidad, y la base para resistir todos los ataques. Cuando el enemigo se encuentra con este Cristo perfecto, huye. Nunca pelee la batalla por sí solo; no es asunto suyo. La batalla es del Señor.

Cuando era muy joven, oí una historia que no he podido olvidar. Me ha ayudado grandemente. El padre de una niña tenía un amigo cristiano que un día fue a verlo para tener comunión. La niña los escuchaba. Ese señor estaba muy

preocupado. Le dijo al padre que continuamente era vencido por el enemigo. Finalmente, la niña ya no pudo callarse. Exclamó: "Señor, ¡a mí nunca me vence el enemigo! Usted es mucho más grande que yo y siempre pierde la batalla, ¡pero yo siempre la gano!" El amigo le dijo: "Oh, ¿qué significa esto?" Con asombro la miró y le dijo: "Dime, ¿cómo ganas la batalla?" La niña le respondió: "Oh, es muy fácil. Cuando el enemigo viene y toca a mi puerta, le pregunto: '¿Quién toca?' El dice: 'Soy Satanás'. Luego le digo: 'Está bien, ¡espera! ¡Voy a llamar a Jesús!' Y lo hago. Luego el enemigo dice: 'Olvídelo, ya me voy.' Y huye. Así lo hago. Es muy fácil ganar la batalla".

Si esta historia es cierta o no, no lo sé, pero de una cosa estoy seguro: si usted intenta pelear la batalla por sí solo, seguramente la perderá. Pero cuando va a la batalla con Cristo y ejercita su fe para aplicarlo, sin duda alguna la ganará. Cristo es el probado y aprobado. El es su cubierta. El enemigo no puede decirle ni hacerle nada. Aprenda a aplicarlo como su cubierta.

El Señor ha sido probado a lo sumo. Ahora El es Aquel que ha sido capacitado para juzgar a otros. Tiene el bronce; tiene la cubierta.

COMO APlicar EL HIERRO

Ahora, ¿qué podemos decir de la autoridad, qué del hierro? El Señor dijo que le fue dada toda potestad en el cielo y en la tierra. Pero la historia no termina allí. El Señor también nos dijo que esta autoridad la ha dado a nosotros. Hermanos y hermanas, ¿saben que tienen el derecho de reclamar la autoridad del Señor? Tienen algo mayor que el poder: ¡tienen la *autoridad!* ¿Conocen la diferencia entre la autoridad y el poder?

Pongamos un ejemplo. Usted tiene un automóvil y en ese automóvil tiene poder. Supongamos que en la calle usted se encuentra con un policía que está dirigiendo el tráfico con un silbato. El es un pequeño policía, pero cuando se para allí y levanta la mano, todos los carros deben detenerse. ¿Qué es esto? Es su autoridad, la autoridad del gobierno. Ese pequeño policía representa al gobierno. Usted debe obedecer sus órdenes. No importa qué clase de automóvil tenga usted o cuán

potente sea. ¡Debe detenerse! No importa que tenga un carro, un camión o un autobús. Cuando él le dice “¡Alto!” usted tiene que detenerse. Comparado con el poder de todos los carros, o aún con el de uno solo, el *poder* del policía es muy inferior; de hecho, es casi nulo. Pero él tiene algo que usted con su carro potente no tiene: la autoridad. Cuando él dice “¡Alto!” todos deben detenerse. Su autoridad sobrepasa el poder que usted tiene.

Por muy fuerte que sea el enemigo, lo más que tiene es poder. Nosotros tenemos autoridad. Tenemos la autoridad de la Cabeza del universo entero. Ese pequeño policía representa al gobierno municipal, pero ¡nosotros representamos al Rey del universo! Hermanos y hermanas, ¿han disfrutado alguna vez esta autoridad? Temo que cuando vengan los problemas, simplemente se les olvide, y ustedes se comporten como miserables pordioseros. Se les olvida que representan a Cristo, *¡ni más ni menos que a Cristo!* La autoridad encomendada a Cristo les ha sido encomendada a ustedes. El Señor nos dijo que El nos ha dado autoridad para vencer todo el poder del enemigo. Oh, ¡qué salvación es ésta! ¡Que la comprendamos y la experimentemos! Traten de aplicar la autoridad que Cristo les ha dado.

El pequeño policía allí parado tiene autoridad para detener todo el tráfico. Pero si yo voy allí y digo “¡Alto!” es muy posible que pierda mi vida. No tengo la base; no tengo el uniforme. No piense que sólo por ser cristiano podrá ejercer la autoridad sobre el enemigo. Usted tiene la autoridad, pero hay un problema. ¿Vive usted en Cristo? ¿Vive en la resurrección? Ese pequeño policía puede estar allí hoy y dar todas las órdenes; lo que ate, será atado; lo que desate, será desatado. Pero si el día siguiente la misma persona se para allí sin uniforme, no podrá hacer nada; nadie seguirá sus instrucciones y su vida estará en peligro. Cuando tiene uniforme, el tráfico le debe obedecer. Pero sin uniforme, no tiene sentido que dirija el tráfico, ni tampoco puede él igualar el poder de los carros. Usted es cristiano, pero ¿dónde está parado? ¿Dónde vive? ¿Dónde anda? ¿Anda en Cristo o en su vida natural? Si está en usted mismo, en su vida natural, ha perdido la base, no tiene el uniforme y no tiene autoridad.

En su tiempo, el apóstol Pablo echaba fuera muchos espíritus malignos (Hch. 16:18; 19:12). En el nombre del Señor Jesús se dirigía a los espíritus malos y les mandaba a salir. Pero, ¿se acuerda usted de cómo otros, los siete hijos de Esceva, intentaron hacer lo mismo en el mismo nombre? En vez de irse, los espíritus malos saltaron sobre ellos y los dominaron de tal manera que huyeron desnudos y heridos (Hch. 19:13-16). No tenían la base; no tenían la autoridad. Los espíritus malos conocían a Pablo y le obedecían, pero no a aquellos hombres. La autoridad depende del hombre.

Debemos comprender de dónde proviene el hierro. Se saca de las piedras. Y, ¿dónde están las piedras? Están en las montañas; las piedras están en la resurrección. Mientras usted permanezca en la posición de un pedazo de barro, nunca podrá reclamar la autoridad. Como hombre natural, hecho de barro, usted no tiene base ni derecho; no tiene hierro en usted. Pero cuando ya es una piedra, cuando esté viviendo en Cristo, viviendo en resurrección, automáticamente tendrá la autoridad. No necesita pedirla; simplemente puede reclamarla y aplicarla. Puede decir: "Vivo en Cristo; tengo la autoridad de los cielos, y ¡voy a usarla!" Les digo que esto realmente surte efecto.

El Señor nos dijo: "Todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo" (Mt. 18:18). Esto es autoridad. Pero recuerde, tiene que estar en la vida de resurrección; debe tener la resurrección como base. Esto está relacionado con la resurrección. Entonces tiene el reino, tiene los montes. Es así como el reino llega a existir. Debido a que comprendemos el juicio y la autoridad de Cristo, podemos ejercitar Su juicio y autoridad. Tenemos las montañas, el reino, el gobierno divino, la autoridad de Dios.

En Deuteronomio 33:25 se nos dice que los cerrojos de las puertas están hechos de hierro y cobre. Estas puertas sirven para nuestra protección, defensa y seguridad. Si tenemos la capacidad de ejercer la autoridad del Señor y el juicio del Señor, tendremos protección y seguridad. Nuestras puertas estarán cerradas con los cerrojos de la autoridad y el juicio del Señor. Los creyentes más protegidos y más seguros son

aquellos que saben algo acerca de ejercer la autoridad de Cristo. Tienen la fortaleza porque tienen la autoridad; por lo tanto, están a salvo y tienen seguridad, y por eso tienen descanso.

El edificio de Dios siempre se encuentra con esta clase de cristianos. No sólo son los materiales para el edificio, no sólo son piedras para la casa, sino que son la casa edificada. Con esta clase de creyente se encuentra la autoridad de Dios, el gobierno divino; por lo tanto, con ellos está el reino de Dios, las montañas o las colinas. Por supuesto, tenemos que crecer gradualmente, de la primera etapa a la segunda, de la tercera a la cuarta. Tenemos que aprender a aplicar a Cristo para disfrutarlo en la primera etapa como el agua viva. Hay que aprender también a aplicarlo en la segunda etapa como alimento sólido. Debemos aprender a disfrutar a Cristo hasta tal punto que todo el día sea para nosotros tan dulce y rico como la leche y la miel. Entonces habremos madurado. Llegaremos al punto de tener la base para reclamar la autoridad y el juicio del Señor.

Cuando tenemos la autoridad, no es necesario que tratemos con tantas cosas. Ni siquiera es necesario orar acerca de muchos asuntos. Tenemos el derecho de ejercer autoridad sobre esas cosas. Cuando el tráfico se acerca, ¿es necesario que el policía llame al alcalde para pedirle que haga algo para detenerlo? ¡Eso será absurdo! El policía ha sido autorizado para hacer esto. Exactamente en la misma manera, no hay necesidad de que clamemos a Dios pidiéndole ayuda. Podemos y debemos simplemente tomar la base y ejercer nuestra autoridad.

Sin embargo, quisiera repetir que no podemos hacer esto sin tener cierto grado de madurez espiritual. Sin duda, el apóstol Pablo tenía la base para reclamar la autoridad. Cuando en la iglesia en Corinto surgió un problema con respecto a cierto hermano, y el apóstol no pudo tolerarlo, les dijo que había juzgado a esa persona y que lo había entregado en las manos de Satanás en el nombre del Señor Jesús (1 Co. 5:3-5). Ejerció su derecho, asumió la autoridad. Si queremos hacer lo mismo, nosotros, tal como Pablo, debemos tener la madurez de vida.

Oh, hermanos y hermanas, debemos acudir al Señor para que aprendamos día tras día a aplicar a este Cristo todo-inclusivo con Sus inescrutables riquezas. Debemos experimentarlo a El en toda Su extensión, desde el agua viva hasta el hierro y el cobre.

Hay muchos más aspectos de las riquezas de Cristo. En estos capítulos sólo he dado algunos indicios. Hemos leído el pasaje de Ezequiel 34:29 que dice: "Y levantaré para ellos una planta de renombre". Cristo es una planta de renombre, pero no sabemos el nombre de la planta. Cristo es otra clase de planta especial. Oh, ¡Cristo es sumamente rico! Nunca podríamos agotarlo. En las Escrituras también hay otras clases de plantas que representan a Cristo. En el segundo capítulo del Cantar de los Cantares se habla del manzano. Sin embargo, ésta no es una traducción exacta. Una traducción más precisa indica que es una clase de naranjo. Cristo es un naranjo. Hay tantas plantas que representan a Cristo y que nos revelan varios aspectos de Sus riquezas que son para nuestra experiencia. Exodo 30 enumera las plantas de las cuales se componían el ungüento para la unción y el incienso: la mirra, la canela dulce, el cálamo dulce y la casia (vs. 23-24), como también el estacte, la uña aromática, y el gálbano —todas éstas son especias dulces— junto con el incienso puro (v. 34). Estas plantas tienen mucho significado y son sumamente dulces. ¡Oh, las riquezas! ¡Oh, las inescrutables riquezas!

Esta tierra en verdad es una buena tierra, sumamente buena. Es especialmente buena en sus riquezas inescrutables. ¡Qué rica es esta porción de tierra! Es un tipo que representa al Cristo todo-inclusivo. Procuremos experimentar, disfrutar y aplicar a este Cristo tan glorioso y todo-inclusivo. ¡Que el Señor nos conceda Su gracia!

CAPITULO NUEVE

COMO POSEER LA TIERRA

I. POR MEDIO DEL CORDERO, EL MANA, EL ARCA Y EL TABERNACULO

Efesios 3:17-18: “Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura”.

En estos dos versículos hay varias cosas que debemos notar y recordar bien. Notemos la palabra “habite” en el versículo 17. Es una gran palabra y de peso. En el idioma original, la palabra “habitar” tiene la misma raíz que la palabra que se traduce “casa” y “hogar”. Deseamos traducir esa palabra original del griego con “hacer Su hogar”. Esto transmite un significado más profundo y completo que la palabra “habitar”. Cristo quiere *hacer Su hogar* en nuestros corazones, a fin de que seamos plenamente capaces de comprender. Ahora notemos: no sólo que podamos comprender, sino que seamos “plenamente capaces” de comprender. Esta también es una palabra fuerte y de peso. En el griego significa “tener toda la fortaleza”. Este versículo podría traducirse así: “para que tengáis toda la fortaleza para comprender...” Quisiera llamar su atención ahora a la palabra “comprender”. No sólo hemos de saber o entender, sino que debemos poseer algo por medio de saber, obtener algo por medio de entender, esto es, hemos de comprender. ¿Qué es lo que debemos comprender? La anchura, la longitud, la altura y la profundidad, la vastedad de Cristo, las dimensiones ilimitadas de Cristo. Luego, necesitamos comprender a tal Cristo *con todos los santos*. Es

imposible que una sola persona comprenda a este Cristo ilimitado; esto sólo se consigue con todos los santos.

En resumen: Cristo quiere hacer Su hogar en nuestros corazones. Entonces tendremos toda la fortaleza para comprender, es decir, para obtener por medio de entender, la vastedad ilimitada de Cristo con todos los santos.

Exodo 33:14, 15: “Y él dijo: Mi presencia irá contigo, y te daré descanso. Y Moisés respondió: Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí”.

El primer punto aquí es que el Señor prometió a Moisés que Su presencia iría con él y con el pueblo de Israel. El segundo punto es que el Señor prometió a Moisés que le daría descanso. El descanso al que se refiere aquí el Señor es el descanso en la buena tierra.

Deuteronomio 12:10: “Mas pasaréis el Jordán, y habitareis en la tierra, tierra que Jehová vuestro Dios os hace heredar; y El os dará reposo de todos vuestros enemigos alrededor, y habitareis seguros”.

Deuteronomio 25:19: “Por tanto, cuando Jehová tu Dios te dé descanso de todos tus enemigos alrededor, en la tierra que Jehová tu Dios te da por heredad para que la poseas...”

En estos dos versículos vemos que cuando el Señor se refiere al descanso, se está refiriendo a la tierra. La tierra es el descanso. Poseer la tierra y habitarla es hallar descanso.

Exodo 40:1, 2: “Luego Jehová habló a Moisés, diciendo: En el primer día del mes primero harás levantar el tabernáculo, el tabernáculo de reunión”.

El Señor mandó a Moisés a levantar el tabernáculo en el primer día del primer mes. Esto indica un comienzo totalmente nuevo.

Exodo 40:17, 21, 34, 35: “Así, en el día primero del primer mes, en el segundo año, el tabernáculo fue erigido. Luego metió el arca en el tabernáculo, y puso el velo extendido, y ocultó el arca del testimonio, como Jehová había mandado a Moisés. Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la

gloria de Jehová llenó el tabernáculo. Y no podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba”.

Una vez erigido el tabernáculo, la gloria de Jehová lo llenó inmediatamente. ¿Qué es la gloria del Señor? Es la presencia del Señor manifestada delante de los ojos de los hombres. En esa ocasión, los ojos de los hijos de Israel, ojos humanos, miraron la presencia de Dios en Su gloria.

Hemos visto algo de la excelencia, mejor dicho, la gran excelencia, de la tierra de Canaán, y hemos visto cómo tipifica al Cristo todo-inclusivo. De ninguna manera hemos agotado todas sus riquezas, pero creo que hemos visto lo suficiente para tener un sentimiento de aprecio. Ahora tenemos que ver la manera de poseer ese pedazo de tierra. Debemos saber cómo entrar y disfrutarla.

UN ASUNTO CORPORATIVO

En primer lugar, poseer la tierra no es asunto de una persona individual. Es absolutamente imposible que alguien como individuo posea la tierra. Esto lo debemos recordar bien. Nunca podremos poseer al Cristo todo-inclusivo por nosotros mismos como individuos. ¡De ninguna manera! Hermanos y hermanas, dejemos de soñar. Tales sueños nunca podrán realizarse. Esto es asunto del Cuerpo; es algo que se comprende con todos los santos. Cristo es muy grande; Su amplitud es ilimitada y sus riquezas, inescrutables. Este principio ha sido establecido firmemente por el Señor: entrar en la buena tierra y poseerla no es para individuos, sino para un cuerpo colectivo. El Señor nunca pidió que los hijos de Israel cruzaran el Jordán y entraran en la tierra uno por uno, gradual e individualmente. Nunca fue la intención de Dios que uno solo entrara este mes, otro el próximo mes, y otro el siguiente. Esto es imposible y contrario al principio divino. Es un cuerpo colectivo quien la debe poseer; hay que entrar en ella corporativamente, y no individualmente.

Me temo que aun al estar leyendo estas páginas se ha estado preguntando: “¿Cómo puedo yo entrar en esta tierra?” Usted, como individuo, nunca podrá entrar. Esto le debe

impresionar profundamente. Esa no es la manera. Si quiere entrar en esta tierra, debe entrar como parte de un cuerpo colectivo.

EL CORDERO

Al comienzo, el pueblo de Israel disfrutó del cordero de la pascua (Ex. 12), que, como ya sabemos, tipificaba a Cristo (1 Co. 5:7). Mientras aún estaban en tierra de Egipto, disfrutaron a Cristo. Sin embargo, la tierra de Canaán también es un tipo de Cristo. El cordero es Cristo, y la tierra también es Cristo. Entonces, parece que hay dos Cristos: uno más pequeño y otro más grande, un Cristo tan pequeño como el cordero de la pascua y un Cristo tan grande como la tierra de Canaán. Parece que mientras disfrutamos a este Cristo pequeño, un Cristo más grande nos espera, y debemos proseguir hacia la meta para disfrutarlo. ¿No es cierto? Así me parecía cuando era joven. Tenía algo porque ya tenía a este Cristo, pero por otro lado tenía que seguir adelante para obtenerlo. Entonces, ¿hay dos Cristos o uno solo? Parece que la pregunta mía es muy extraña. ¿Ya tiene usted a Cristo? Creo que sí. ¿Por qué, pues, todavía se esfuerza para obtenerlo? Decimos que lo tenemos, pero todavía debemos obtenerlo; decimos que lo poseemos, pero todavía está por delante. Si decimos que no lo tenemos, implica que no necesitamos avanzar más para obtenerlo. Estas preguntas tocan profundamente el tema central de estos mensajes.

Necesitamos comprender que primero debemos disfrutar a Cristo como el pequeño cordero. Cristo es el cordero para nuestra redención. Antes de que podamos obtenerlo como el Cristo todo-inclusivo, debemos ser redimidos por El. Debemos recibirla como el cordero de la pascua. Así que en este capítulo comenzamos en la primera parte de Exodo. Es allí donde debemos comenzar para poder entrar en la tierra de Canaán. Debemos celebrar la pascua; tenemos que experimentar a Cristo como el cordero de Dios. Al principio del Evangelio de Juan se encuentra la declaración: "He aquí el Cordero de Dios", pero al final del libro, Cristo es el Cristo ilimitado que ha de ser poseído por Sus discípulos. Al principio, Cristo es el cordero presentado al pueblo por Juan el Bautista, pero al

final es Aquel que no está limitado por el espacio ni el tiempo. No hay nada que pueda limitar al Cristo resucitado; no obstante, El viene para que nosotros le disfrutemos. Debemos experimentar a Cristo como el cordero limitado; después podremos seguir adelante para obtenerlo como el Cristo ilimitado.

En realidad, en la pascua no sólo tenemos el cordero, sino también pan sin levadura y hierbas amargas (Ex. 12:8). Aquí de nuevo encontramos dos clases de vidas. El cordero pertenece a la vida animal, y el pan sin levadura y las hierbas amargas son de la vida vegetal. En el momento en que usted fue salvo, sea que lo haya entendido o no, usted experimentó a Cristo como dos clases de vidas: lo experimentó como el Cordero redentor, y también como la vida que se genera a sí mismo y que se multiplica. ¿Alguna vez ha notado esto? Entonces, quisiera hacer notar algo más. (Este asunto de la buena tierra nunca puede agotarse. Podría llenarse otro libro con mensajes acerca de este mismo tema sin repetir nada). En Juan 6, el Señor Jesús combinó estas dos vidas en una. El dijo: "Yo soy el pan de vida". ¿Qué es el pan? Es algo hecho de trigo o cebada, algo de la vida vegetal. Pero cuando el Señor hizo esa declaración, la gente no pudo entenderlo. Cuando declaró: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna ... porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida". En otras palabras, el pan de vida es Su carne. El pan es de la vida vegetal y la carne es de la vida animal, y en este capítulo el mismo Señor une estas dos vidas.

De modo que, hermanos y hermanas, debemos comenzar con el disfrute de Cristo como el cordero redentor que tiene el poder generador y la fuerza multiplicadora. Debemos tomar el cordero de la pascua junto con el pan sin levadura y las hierbas amargas.

EL MANÁ

Después de la pascua, la siguiente experiencia que tenemos de Cristo es el maná. Después de disfrutarle como el cordero, seguimos adelante para disfrutarle como nuestro alimento diario. ¿Es el maná de la vida vegetal o de la vida animal? Consideremos la Escritura:

Números 11:7-9: “Y era el maná como semilla de culantro, y su color como color de bedelio. El pueblo se esparcía y lo recogía, y lo molía en molinos o lo majaba en morteros, y lo cocía en caldera o hacía de él tortas; su sabor era como sabor de aceite nuevo. Y cuando descendía el rocío sobre el campamento de noche, el maná descendía sobre él.”

Exodo 16:31: “Y la casa de Israel lo llamó Maná; y era como semilla de culantro, blanco, y su sabor como de hojuelas con miel”.

Aquí hemos leído que el maná es como una clase de semilla y su sabor como sabor de aceite nuevo y de miel. En esto también vemos dos vidas mezcladas. Notemos ahora también que la apariencia del maná es como el bedelio. El significado correcto del bedelio es perla. En Apocalipsis 21 vemos que la perla es uno de los constituyentes del edificio de Dios. Por lo tanto, el maná, como perla, tipifica algo que ha sido transformado en material para el edificio de Dios. Bedelio es la misma palabra que se usa en Génesis 2. En ese pasaje se presentan el árbol de vida y luego un río en cuya corriente se encuentran varios materiales preciosos, uno de los cuales es el bedelio. Esto significa que cuando tomamos del árbol de la vida y bebemos del agua de vida, se produce la perla, el material transformado para el edificio de Dios.

Entonces, el maná es una substancia que comprende todas estas naturalezas: la de la vida vegetal, la de la vida animal y la de la vida transformada. Tenemos que disfrutar este aspecto de Cristo. Debemos disfrutarle como el cordero de la pascua con el pan sin levadura y las hierbas amargas, y debemos seguir adelante para disfrutarle como el maná, que incluye la vida vegetal, la vida animal y la naturaleza transformada. Por medio de participar de Cristo como nuestro maná diario, podemos ser transformados en material para el edificio de Dios.

Pero, ¿es esto suficiente? No, hay algo más. La manera de entrar en la tierra empieza en el capítulo 12 de Exodo y continúa hasta el último capítulo de Josué. Debemos leer todo esto concienzudamente para entenderlo claramente; entonces tendremos la manera de poseer la tierra.

EL ARCA

Disfrutar a Cristo, primero como el cordero de la pascua y luego, día tras día, como el maná del cielo, es sólo el principio. Hay que seguir adelante para disfrutarle como el arca, que estaba contenida en el tabernáculo y cubierta por él (Ex. 25:10-22). ¿Qué es el arca? El arca es el testimonio de Dios. El testimonio de Dios sencillamente es la manifestación de Dios, la expresión de Dios. En el arca estaban las tablas de los diez mandamientos. ¿Qué son los diez mandamientos?

La impresión que tiene la mayoría de los cristianos acerca de los diez mandamientos es que simplemente son las estrictas exigencias de Dios. Debemos hacer esto y lo otro, no debemos hacer aquello ni lo de más allá. Esta es la impresión que nos da la enseñanza general del cristianismo. Pero, ¿qué es el significado esencial de los diez mandamientos? Aparentemente son leyes, pero el significado principal no es que son leyes; eso es secundario. El significado primordial es que son la expresión de Dios. Los diez mandamientos son la manifestación de Dios.

¿Qué clase de Dios es El? Lo podemos conocer por medio de los diez mandamientos. Usted nunca ha visto a Dios, pero aquí están “diez palabras” (Ex. 34:28, heb.) que le dan una descripción de El. La primera característica es que Dios es celoso. Dios quiere todo; nunca permitirá que nadie rivalice con El. Es un Dios celoso. La segunda es que El es un Dios santo. Luego hay otras características: El es un Dios de amor, El es un Dios justo, El es un Dios fiel, y así sucesivamente. De esta manera los diez mandamientos son la descripción, la expresión, la manifestación del Dios escondido. Nos dan una impresión del Dios invisible y nos muestran qué clase de Dios es. Es un Dios celoso; es un Dios santo; es un Dios de amor; es un Dios justo; es un Dios fiel. Por medio de estos diez mandamientos podemos discernir Su naturaleza. No ponga mucha atención a los diez mandamientos como leyes; eso es secundario. Debemos comprender que su significado principal es la descripción, la expresión, el testimonio del Dios glorioso y sin embargo invisible.

Estos diez mandamientos fueron puestos en el arca. Esto significa que Dios se puso a Sí mismo en Cristo. Los diez mandamientos son el testimonio de Dios, y el arca es el testimonio de Cristo. Por lo tanto, la plenitud de Dios habita en Cristo.

El arca claramente tipifica a Cristo con Sus dos naturalezas. Estaba hecha de madera cubierta de oro. La madera representa la naturaleza humana, y el oro representa la naturaleza divina. Es un cuadro de Cristo en la carne, mezclado con la naturaleza divina. El tiene la naturaleza del hombre, y al mismo tiempo, tiene la naturaleza de Dios, las naturalezas humana y divina. El es el arca, pero dentro de El está Dios mismo. Así como los diez mandamientos fueron puestos en el arca, así todo lo que es Dios fue puesto en Cristo. Así como el arca fue llamada "el arca del testimonio", así Cristo es la manifestación y el testimonio de Dios. Esto es algo que va más allá del cordero de la pascua y el maná diario. Esto es algo sólido, perfecto y completo. Esto es la manifestación, la expresión y el testimonio de Dios. Con el cordero de la pascua, ¿se puede comprender cómo es Dios? Quizás un poco. Con el maná diario, ¿se puede recibir una impresión de la naturaleza de Dios? Es un poco difícil. No digo que no se pueda ver nada, pero digo que no se puede ver mucho. Llegamos ahora al arca. Considerémosla. Leamos acerca de ella. Inmediatamente llegamos a saber algo acerca de Dios. Dios es celoso; Dios es amor; Dios es santo; Dios es justo; Dios es fiel. Por el arca podemos comprender inmediatamente cómo es el Dios escondido.

Pero quisiera preguntar, ¿puede comerse el arca? o, ¿puede beberse el arca? No; pero éste es otro aspecto de Cristo, un aspecto más completo. Cristo es la expresión, la manifestación y el testimonio del Dios invisible. Al disfrutar a Cristo como el cordero de la pascua y como nuestro maná diario, también debemos tener a este Cristo más grande (y si se me permite usar esta expresión), como nuestro centro. Debemos tener como nuestro centro el arca del testimonio, es decir, el Cristo que es la expresión, la manifestación y el testimonio de Dios. Esto en verdad es algo más. No sólo debemos tener al cordero como nuestro Redentor, ni solamente el maná diario

como nuestro alimento, sino también el arca del testimonio como nuestro centro.

Hermanos y hermanas, permítanme repetir. Temo que algunos de ustedes no hayan entendido. ¿Está disfrutando a Cristo diariamente como su maná? Eso es bueno, pero no suficiente. Hay que tenerlo como nuestro centro. ¿Qué es el centro? El centro es la expresión, la manifestación, el testimonio de Dios. ¿Tenemos entre nosotros tal centro? ¿Es éste verdaderamente el centro de nuestras reuniones, de nuestra vida de iglesia? Cuando las personas se acercan a nosotros, ¿pueden darse cuenta de que en nuestro medio está la expresión de Dios? Si otros vienen a vernos y sólo se dan cuenta de que somos personas redimidas, que disfrutamos a Cristo como el cordero, eso será totalmente inadecuado. Si sólo se dan cuenta de que nos alimentamos de Cristo día tras día como el maná diario, ni siquiera esto llega al blanco. Tenemos que darles la impresión de que entre nosotros, en nuestro medio, está la manifestación del Dios celoso, del Dios de amor, del Dios de santidad, del Dios de justicia, del Dios de fidelidad. ¿Tenemos tal centro entre nosotros o no? Cuando otros se acercan, ¿se dan cuenta de que aquí está la manifestación, la expresión, la definición, la explicación de Dios? ¿Se dan cuenta ellos de que somos el testimonio de Dios, de que damos testimonio a partir de la realidad de la experiencia que tenemos de Cristo, de que Dios es un Dios celoso, un Dios santo, un Dios de amor, un Dios justo y un Dios fiel? Debemos tener este testimonio como nuestro centro.

No es cosa sencilla poseer la tierra. ¿Piensa usted que inmediatamente después de disfrutar al cordero y de cruzar el mar Rojo, podemos entrar en la tierra? No. Después de Exodo 12, 13 y 14, es decir, después de celebrar la pascua y de cruzar el mar Rojo, hay muchas más experiencias para obtenerse. Todavía quedan por delante el resto de Exodo y los libros de Levítico, Números, Deuteronomio y Josué. Hay mucho más que enfrentar, mucho más que experimentar, mucho más que poseer, antes de que podamos entrar en la tierra.

Hay que ver todo el significado del arca. Sin duda existe el aspecto de los mandamientos como leyes; no tenemos espacio

para tratar ese aspecto aquí. Pero más importante que eso, los diez mandamientos son la definición, la explicación, la interpretación, del Dios invisible. Y esta interpretación, esta explicación, está en Jesucristo, el Dios-hombre, el Cristo encarnado que tiene las naturalezas divina y humana. El es la explicación de Dios; El es la manifestación de Dios; El es Dios mismo. Este es quien debe ser nuestro centro. El es la expresión, el testimonio de Dios, y lo debemos tener como nuestro testimonio. No debemos dar testimonio de nada menos que de Dios manifestado en Cristo.

EL TABERNACULO

Esta arca está contenida en el tabernáculo. Los diez mandamientos están contenidos en el arca, y el arca está contenida en el tabernáculo (Ex. 40:20-21). Entonces, ¿qué es el tabernáculo? El tabernáculo es el agrandamiento, el aumento del arca. El arca estaba hecha de madera cubierta de oro, y la mayor parte del tabernáculo estaba compuesta de los mismos materiales: madera cubierta de oro (Ex. 26:15-30). Así que, el tabernáculo es el agrandamiento del arca. En otras palabras, el arca agrandada se convierte en el tabernáculo. El tabernáculo está hecho en la misma forma y con los mismos materiales, y está constituido de Cristo y contiene más de Cristo.

Veamos algo más de Cristo en el tabernáculo. Leímos que había cuatro cubiertas sobre él (Ex. 26:1-14). Esto significa que Cristo se hizo una de las criaturas, puesto que cuatro es el número que simboliza a las criaturas. ¿Qué son estas cuatro capas de varias clases de cubiertas? La de más afuera es de pieles de tejones, una protección fuerte contra el viento, la lluvia y el calor del sol. Debajo de la piel de tejones, estaba la piel de carneros teñida de rojo, lo cual significaba que Cristo murió y derramó Su sangre por nuestros pecados; y debajo estaba la cubierta hecha de pelos de cabra, la cual denota que Cristo fue hecho pecado por nosotros. La cubierta más interna era de lino, muy hermosa, muy fina, y llena de gloria, con los querubines bordados sobre ella. Todas estas cubiertas están llenas de significado y requieren mucha explicación. Todas ellas están relacionadas con Cristo.

Desde el interior, se ve Su gloria. Oh, ¡Cristo es tan glorioso desde el interior! Desde el exterior, se ve Su humildad y sencillez; se ve Su fortaleza, Su resistencia, pero no hay belleza alguna. Este es Jesús, menospreciado por otros, un hombre humilde. Pero en Su interior El es el Cristo glorioso.

¡Alabado sea el Señor, estamos cubiertos con tal Cristo! Según las dimensiones del tabernáculo, para formar la cubierta se requerían diez cortinas. Por lo tanto, la cubierta más interna, hecha de lino fino, se componía de diez cortinas. Pero la cubierta de pelos de cabra estaba formada de once cortinas. No era de cinco más cinco, sino de cinco más seis, y el seis no es un buen número. El seis se refiere al hombre y tiene que ver con el pecado. Así que, esto significa que Cristo fue hecho pecado por nosotros. La cubierta interior es el Cristo glorioso; la segunda es el Cristo que fue hecho pecado por nosotros; la tercera es el Cristo que murió y derramó Su sangre; la cuarta, la exterior, es el Cristo que se bajó para ser un hombre humilde. Este Cristo cuádruple nos cubre. ¡Qué cubierta, qué protección, qué salvaguarda!

En este tabernáculo, Cristo está unido con muchas tablas. Nosotros somos las tablas de madera, los miembros humanos: usted es una tabla y yo soy otra. El arca está incorporada en ese tabernáculo, el cual representa al Cristo que está unido con nosotros y que nos une a todos en la naturaleza divina, de la misma manera que todas las tablas estaban unidas en el oro. Al menos había cuarenta y ocho tablas cubiertas de oro y unidas por medio de anillos y barras de oro (Ex.26:26-29). Si se quitara el oro, las cuarenta y ocho tablas se caerían; ninguna quedaría unida con la otra. No estamos unidos en la carne, ni jamás podríamos estar unidos así. La naturaleza divina es la que nos une. El oro es el punto de unión; el oro es la unidad entre nosotros. Sin el oro caeríamos en pedazos. Yo no estaría de acuerdo con usted, ni usted conmigo. Pero, alabado sea el Señor, el oro lo cubre a usted y el oro me cubre a mí. Hay algunos anillos de oro en usted y en mí hay una barra de oro. Es imposible separarnos. Aun si quisiera usted huir, no podría. Está unido a mí. Usted y yo estamos unidos y nunca podremos separarnos. No estamos unidos por nuestras disposiciones naturales. Según lo natural, tal vez yo nunca

podría llevarme bien con usted. Y aun si fuéramos compatibles naturalmente, ésa no sería una unidad verdadera y estable. Pero, alabado sea el Señor, estamos unidos en una unión verdadera e indisoluble por medio de algo divino, por la misma naturaleza de Dios. No sólo estamos unidos por el oro, sino que nosotros mismos estamos cubiertos con el oro y salvaguardados por el oro. El oro es Dios mismo.

Un día en mi cuarto me dije a mí mismo: “¡Qué desafortunado eres! Has sido capturado por la naturaleza divina y no puedes escapar. Tal vez trates, pero ¡nunca saldrás de este equipo de oro!” Esto es la unidad. Hermanos y hermanas, debe haber tal unidad entre nosotros. Así seremos fortalecidos y capacitados para entrar en la tierra. Si podemos escaparnos unos de otros, si podemos separarnos unos de otros, no hay manera de entrar en la buena tierra. Debemos tener este tabernáculo, el cual contiene el arca. Debemos estar unidos en esta naturaleza divina como el tabernáculo y el arca. El arca, la cual es Cristo, está en nosotros como nuestro centro, y nosotros somos el agrandamiento de este Cristo como el tabernáculo que contiene el arca.

Hemos visto que debemos disfrutar a Cristo como el cordeiro de la pascua, como el maná diario, y como el arca que está en el tabernáculo. Todo esto es lo que nos capacita para entrar en la tierra.

CAPITULO DIEZ

COMO POSEER LA TIERRA

II. POR MEDIO DE LAS OFRENDAS Y EL SACERDOCIO

Lectura bíblica: Lv. 1:1-3; 2:1; 3:1; 4:2, 3; 5:5, 6; 8:1-13;
Ex. 40:17, 21

Ya hemos empezado a ver cómo entrar en la tierra y tomar posesión del Cristo todo-inclusivo. Hemos señalado que si queremos poseer a tal Cristo, debemos comenzar por medio de disfrutarle poco a poco. El pueblo de Israel comenzó a disfrutar a Cristo en tipología, a partir del cordero de la pascua; es allí donde todos nosotros debemos comenzar. Luego siguieron adelante para disfrutarle como el maná celestial, y después como la roca de la que fluye agua viva. Todas estas cosas tipifican a Cristo, pero son tipos elementales; no son ricos ni profundos. A nuestro parecer tal vez sean suficientes, pero hay que comprender que sólo son el comienzo.

Hemos visto el arca y el testimonio de Dios dentro de ella. El arca es otro tipo de Cristo, uno que es mucho más sólido y completo. Si se compara el arca con el cordero, el maná o la roca de la que fluye agua viva, puede verse una progresión. En el arca se manifiesta mucho más de Cristo. En el cordero de la pascua, puede ser que sólo veamos a Cristo como Redentor, como Aquel que murió en la cruz, que derramó Su sangre por nuestros pecados. El maná es un adelantamiento y una experiencia verdaderamente buena. En el maná se gusta la vida vegetal y la vida animal, y al mismo tiempo se toca algo de la perla como material transformado para el edificio de Dios. Estas experiencias son buenas en verdad, pero no se igualan con el arca. La experiencia del arca es mucho más sólida, y su contenido, incomparablemente más completo. En

el arca hay algo que puede leerse. Hay algo escrito acerca de Dios mismo. Por el contenido del arca, puede conocerse la misma naturaleza de Dios.

Con el arca se encuentra la expresión, el aumento y el agrandamiento de la misma, que es el tabernáculo. El tabernáculo es el agrandamiento y la expresión de Cristo, porque la mayor parte del tabernáculo tiene exactamente la misma naturaleza que el arca. El arca fue construida de madera cubierta de oro, y el tabernáculo fue hecho en la misma manera y con los mismos materiales. Pero, ¿cómo sabemos que el tabernáculo es el agrandamiento y expresión de Cristo como Su Cuerpo, la iglesia? Porque el tabernáculo estaba compuesto de cuarenta y ocho tablas de madera. Estaba constituido de muchas tablas, lo cual tipifica a los miembros del Cuerpo. En la iglesia, muchos miembros son edificados al ser cubiertos y vinculados por medio del oro divino. Son uno en el oro. Están cubiertos con oro y unidos por medio de los anillos y las barras de oro. Si están fuera del oro, se hacen pedazos y son alejados unos de otros. En la naturaleza humana son pedazos sueltos, pero en la naturaleza divina, en el Dios Triuno, son uno. Además, todos los miembros del Cuerpo están cubiertos con el Cristo cuádruple, al igual que el tabernáculo estaba cubierto con las cuatro capas de cortinas. La iglesia, la cual es el agrandamiento de Cristo, la expresión de Cristo, está bajo tal clase de cubierta. Esas cuarenta y ocho tablas estaban puestas sobre basas de plata, lo cual significaba que se basaban en la redención de Cristo. La redención de Cristo es la base en la cual puedan ser cubiertas y unidas con el oro divino, y finalmente cubiertas del Cristo cuádruple. Esto es la iglesia, el aumento y la expresión de Cristo.

Podemos darnos cuenta de que esto es mucho más que el cordero de la pascua, el maná y la roca de la que fluye agua viva. En esto tenemos algo sólido. En ello tenemos a Cristo, quien tiene por dentro el testimonio de Dios, y por fuera Su aumento como Su verdadera expresión. Este Cristo es el centro de aquellos que han de poseer la tierra. Si quisieramos tomar posesión del Cristo todo-inclusivo, necesitamos tener a ese Cristo como nuestro centro: un Cristo que tiene en Sí el testimonio, un Cristo que es la manifestación y explicación de

Dios. Y debemos ser el aumento de este Cristo, el tabernáculo para este Cristo, la expresión de este Cristo. Debemos tener tal centro, y debemos ser tal agrandamiento. Esta es la manera de poseer la tierra. Esto no quiere decir que tengamos una gran cantidad de las experiencias de Cristo, sino que nuestro disfrute de El va aumentando y ensanchándose todo el tiempo.

Empezamos por disfrutar un cordero. Hay que decir un *pequeño* cordero. Es perfecto y completo, pero pequeño. Después aprendemos a disfrutar diariamente a Cristo como el maná, como nuestro suministro de alimento, y como la roca de la que fluye agua viva. Cristo viene a ser más para nosotros. Luego empezamos a experimentar a Cristo como el testimonio de Dios, la manifestación y explicación de Dios. Cristo está siendo formado en nosotros a un grado más completo y en una manera más sólida. Cuando las personas se acercan a nosotros, se dan cuenta de que esto es nuestro centro; leen la naturaleza de Dios mismo. Nos convertimos en el ensanchamiento de Cristo, Su plenitud, Su Cuerpo. Tal debe ser nuestra experiencia y nuestro testimonio.

EL TABERNACULO LLENO DE GLORIA

Cuando tenemos el arca como nuestro centro y somos edificados como el tabernáculo que contiene esta arca, la gloria de Dios desciende y llena el tabernáculo. No es sino hasta que tengamos este testimonio, hasta que experimentemos a Cristo como el arca, como manifestación de Dios, y hasta que seamos la expresión del arca, el agrandamiento de Cristo, que seremos llenos de la gloria de Dios. Debemos experimentar a Cristo en esa forma. El es la expresión de Dios, y nosotros debemos ser la expresión de El. Entonces la gloria de Dios nos llenará. Podemos estar seguros de que cuando lleguemos a este punto, no importará cuándo ni cómo nos reunamos, de modo formal o informal; la misma gloria de Dios estará con nosotros. ¿Qué es la gloria? Como ya hemos mencionado, es la presencia de Dios percibida por los sentidos humanos. Cuando uno siente la presencia de Dios, eso es la gloria. ¿Dónde está la gloria? Donde el arca sea el centro y donde el tabernáculo esté edificado como su agrandamiento y expresión.

Se puede ver lo que es la gloria de Dios usando como ejemplo la luz de un foco eléctrico. El foco es un recipiente que exhibe la gloria de la electricidad. Cuando no está conectado a la electricidad, no tiene ninguna gloria y es inútil. Pero cuando todo está en orden y se prende la electricidad, la gloria llena el foco. Todos pueden verla. Todos pueden reconocer y sentir la gloria.

Cuando lleguemos al punto de tener a tal Cristo como la manifestación de Dios y cuando nosotros seamos la expresión de este Cristo, la gloria de Dios nos llenará cada vez que nos reunamos. Otros lo podrán sentir. Pueden sentir la misma expresión de Dios porque Dios es glorificado entre nosotros. No será sino hasta que alcancemos esta etapa, que tal realidad existirá. Cuando tomamos a Cristo como el cordero de la pascua, no hay tal expresión de gloria. Incluso cuando le disfrutamos como el maná diario y como la roca de la que fluye agua viva, falta la gloria *Shekinah*. No es sino hasta que un día el arca sea puesta en el tabernáculo y el tabernáculo sea erigido en las basas de plata y cubierto con la cubierta cuádruple, que la gloria de Dios descenderá.

Este es un cuadro claro de la verdadera expresión de Cristo. La verdadera expresión de Cristo es el agrandamiento de Cristo mismo. Es Cristo como la manifestación de Dios mezclado con nosotros. No es el pequeño cordero pascual ni siquiera Cristo como el maná diario y la roca, sino que es Cristo, la manifestación de Dios entre nosotros como el centro, mezclado con nosotros, agrandado dentro de nosotros y aumentado entre nosotros. En la verdadera expresión de Cristo, todos hemos sido saturados con la naturaleza de Cristo y edificados en El. Cristo tiene dos naturalezas, la humana y la divina, y nosotros también: tenemos la naturaleza humana pero estamos cubiertos de la naturaleza divina. El es el Dios-hombre, y nosotros somos Dios-hombres. El es el arca hecha de madera cubierta de oro, y nosotros somos las tablas hechas de madera cubiertas de oro. En número somos diferentes, pero en naturaleza somos exactamente lo mismo. Cristo es la manifestación de Dios, y todas estas tablas, combinadas como una sola en el oro, son la expresión de Cristo. Cuando llegamos a tal punto, la gloria de Dios desciende y nos

llena. Esto es el testimonio. Damos testimonio de nada menos que de este Cristo que es la manifestación de Dios y que ha sido ensanchado por medio de nosotros, llenándonos así con la gloria de Dios.

Puedo relatar muchas experiencias para mostrar este punto. Muchas veces he experimentado tal gloria, una gloria maravillosa. Frecuentemente, cuando he estado con un grupo de creyentes que han llegado a tal etapa, la gloria desciende y todos lo saben. Cuando experimentamos a Cristo no sólo como el cordero pascual y el maná, sino que lo experimentamos juntamente en esta manera más completa y más sólida, siempre tenemos la gloria entre nosotros.

LAS OFRENDAS

Pero esto no es todo; no es el final de la historia. Aun si tenemos esto, con todo, no estamos capacitados para entrar en la buena tierra. Debemos tener algo más. Empezamos con Exodus 12, disfrutando a Cristo como el cordero redentor; también hemos visto lo que significa pasar a disfrutarle como el maná diario y como la roca de la cual fluye agua viva; y hemos visto el disfrute de Cristo como el arca, como la manifestación del Dios vivo, y hemos visto que nosotros somos la expresión, el agrandamiento de este Cristo, de manera que la gloria de Dios nos llena. Hemos terminado el libro de Exodus, y llegamos ahora a Levítico, el libro siguiente.

Después de que se erige el tabernáculo, debemos tratar con las ofrendas. ¡Cuán rico es Cristo para nosotros en todas las diferentes ofrendas! Quizás usted diga: "Oh, ya hemos visto tanto de Cristo. ¡Ya es suficiente!" Pero, no, hay que seguir adelante. Hay muchísimo más. El tabernáculo se ha erigido, pero ¿cómo podemos tener contacto con este tabernáculo? Aquí está el testimonio, la manifestación de Dios y la expresión de Cristo, pero ¿cómo podemos tener contacto con todo esto? Jamás podemos tener contacto con el tabernáculo por nuestra propia cuenta. Hay una entrada, pero la única forma apropiada de acercarnos a esta entrada y tener contacto con el tabernáculo es usar las ofrendas. Tener contacto con el tabernáculo sin las ofrendas significa muerte inmediata. Cuando nos acercamos para tener contacto con este

tabernáculo, debemos traer algunas ofrendas. ¡Oh, Cristo es tan rico! Por una parte, El es la manifestación de Dios, y por otra, El es la manera en que podemos tener contacto con este Dios; Cristo es las ofrendas. Es el mismo medio con el cual podemos tener contacto con la manifestación de Dios, la cual es El mismo. El es todo.

¿Qué son las ofrendas? Hay cinco ofrendas: el holocausto, la ofrenda de harina, la ofrenda de paz, la ofrenda por el pecado y la ofrenda por la transgresión. Todas ellas son Cristo. Cada vez que queramos tratar con el testimonio, cada vez que queramos tener contacto con la expresión de Cristo, debemos ofrecer a Cristo de nuevo, debemos aplicar a Cristo de nuevo. A veces necesitamos aplicarlo como la ofrenda por la transgresión, a veces como la ofrenda por el pecado, a veces como la ofrenda de harina, a veces como la ofrenda de paz y a veces aun como el holocausto.

¿Cuándo debemos aplicar a Cristo como la ofrenda por la transgresión? Está muy claro. He aquí un ejemplo. Supongamos que tenemos una reunión y usted está en camino a la reunión; viene con la intención de tener contacto con el tabernáculo que tiene a Cristo como su centro. Pero en su corazón siente que ha hecho algo malo. Quizás se haya portado mal con alguno de los hermanos. Sí, lo vio hoy y aun se sonrió con él, pero su sonrisa fue una expresión de odio. Cuando se acerca a tener contacto con el tabernáculo y el testimonio, el Espíritu Santo lo hace consciente de su transgresión. Usted ha pecado; ha cometido una transgresión. El Señor ha dicho que tiene que amar a su hermano, pero usted lo ha amado en una manera falsa; le sonrió con odio. Así que, debe aplicar a Cristo como la ofrenda por la transgresión.

Muchas veces uno puede decir la verdad, pero con una mentira. En otras palabras se miente con la verdad. A veces le pregunto a cierta hermano acerca del estado de otro. Me contesta que este hermano está bastante bien, pero por el tono de la voz y el sentido del espíritu, percibo que por una parte me está diciendo la verdad, pero por otra es una mentira. Puedo preguntarle a alguien si ama a cierto hermano y puede que conteste que por la gracia de Dios sí lo ama. Si así es, yo sé que no lo ama. Tal vez le pregunto si usted es un

buen hermano, y puede ser que me conteste que no es tan bueno. Usted parece humilde y sincero, pero en su corazón se está diciendo que es el mejor hermano de todos. Oh, hermanos y hermanas, ¡todo el tiempo estamos en transgresión!

¡Cuán egoístas somos! Somos tan egoístas que cuando llegamos a la reunión, escogemos el mejor asiento. Aquí en los Estados Unidos tienen asientos separados, así que no pueden aprovecharse de otros. Pero en Formosa tienen bancas largas. Todas las bancas son lo suficientemente largas para acomodar a cuatro personas durante las reuniones comunes. Pero cuando tienen una conferencia, se les pide a los hermanos que se junten unos a otros de tal manera que quepan cinco personas. Sin embargo, algunos hermanos, aun conscientes de esto, se acomodian en la banca ocupando la cuarta parte, obligando a los demás a usar menos espacio. ¿Qué forma es ésta para tener contacto con el tabernáculo y el testimonio del Señor? ¡Qué pecaminosos somos! ¡Cuánto necesitamos aplicar al Señor como nuestra ofrenda por la transgresión!

Hermanos y hermanas, creo que si somos fieles y sinceros delante del Señor, cuando venimos para tener contacto con este tabernáculo, este testimonio, Su Espíritu nos hará sentir toda nuestra pecaminosidad y todas nuestras transgresiones. Estaremos conscientes de lo que hemos hecho y diremos: "Oh Señor, perdóname. Límpiate. Tú moriste en la cruz como mi Redentor; así que una vez más te aplico como mi ofrenda por la transgresión". ¡Es maravilloso! Cuando aplicamos a Cristo en tal manera, inmediatamente sentimos que hemos sido perdonados y limpiados, y tenemos paz en nuestra conciencia. Tenemos buena comunión con el Señor y con el Cuerpo. Esta es la aplicación de Cristo como nuestra ofrenda por la transgresión. ¿Tiene usted esta clase de experiencia?

Todo el tiempo, sin excepción, al prepararme para ministrar, le pido al Señor que me limpie una vez más. De otra manera, por la condenación de mi conciencia, no tendría la unción para poder ministrar en una forma viva. Debo aplicar a Cristo todo el tiempo como mi ofrenda por la transgresión para que mi conciencia esté limpia y yo esté en paz. De esta manera tengo el denuedo de reclamar la unción de Dios. Donde la sangre limpia, allí vendrá la unción. La unción del

ungüento siempre sigue a la limpieza de la sangre. Tenemos la base para reclamar la unción, la obra del Espíritu Santo, para poder ministrar en forma viva. Cuando aplico a Cristo como mi ofrenda por la transgresión, no importa cuánto haya transgredido, ¡alabado sea el Señor! soy perdonado y limpiado. Cuando me acerco a ministrar, o a servir, y aun cuando tengo contacto con algunos hermanos, necesito decir: "Señor, perdóname y límpiate una vez más. Te aplico como mi ofrenda por la transgresión".

Algunas veces parece que no hemos transgredido. Por la protección del Señor, hemos sido guardados en Su presencia a través de todo el día sin cometer ninguna transgresión. Eso es posible. No sentimos que hayamos transgredido, pero en lo más profundo tenemos otro sentir. Es muy raro. Cuando decimos: "Señor, te alabo; me has guardado todo este día. Por Tu protección no he transgredido", tenemos un sentir más profundo que indica que dentro de nosotros hay algo pecaminoso. Sentimos que muy adentro hay algo que es más pecaminoso que las transgresiones. Es el Pecado, con mayúscula. Es la *naturaleza* pecaminosa. Aunque hemos sido salvos y tenemos paz con Dios y unos con otros, en nuestro interior todavía está la naturaleza pecaminosa. Esto es el Pecado del cual se habla extensamente en Romanos 5, 6, 7 y 8. El pecado mora en mí. No estoy hablando de los pecados, sino del Pecado, con mayúscula, en singular. Aborrezo hacer lo que hago, no soy yo el que lo hace sino el Pecado que mora en mí. Hay algo maligno, vivo y poderoso dentro de mí que se llama Pecado. Puede conquistarme, vencerme; puede hacer que yo haga lo que detesto. Es una naturaleza viva, la naturaleza del maligno. Para esto hay una ofrenda, la ofrenda por el pecado.

Un día yo estaba leyendo en el periódico algo tocante a un hombre que robó un banco. Yo dije: "Señor, te doy gracias porque por Tu misericordia y Tu gracia nunca he hecho tal cosa; nunca he robado a otros". Pero en lo más profundo de mi ser sentí que no debía decir esto, porque el mismo elemento de ladrón está en mí. Es cierto, nunca he cometido el *acto* de robar, pero tengo la *naturaleza* de ladrón. Por una parte puedo decir: "Señor te doy gracias por Tu protección que me

ha guardado de cometer el acto de robar a otros". Pero por otra parte debo decir: "Señor, tengo una naturaleza pecaminosa, una naturaleza ladrona, pero Tú eres mi ofrenda por el pecado. Aunque exteriormente no he cometido ninguna transgresión, interiormente tengo una naturaleza pecaminosa. Aunque no necesito aplicarte ahora como mi ofrenda por la transgresión, con todo, el necesito como mi ofrenda por el pecado".

Hermanos y hermanas, cuando nosotros como criaturas caídas, nos acercamos para tener contacto con el testimonio del Señor, debemos por lo menos aplicar a Cristo como la ofrenda por el pecado. En las Escrituras vemos cómo los hijos de Israel tenían que ofrecer la ofrenda por el pecado para tener contacto con el Señor. No importa cuán bueno usted piense que es. Debe comprender que por estar todavía en la naturaleza pecaminosa, tiene que aplicar a Cristo como la ofrenda por el pecado.

Alabado sea el Señor porque El también es la ofrenda de paz. Día tras día, y momento tras momento, al disfrutarle como nuestra ofrenda por la transgresión y nuestra ofrenda por el pecado, también le disfrutamos como nuestra ofrenda de paz. Por medio de El y en El tenemos paz con Dios y con nuestros hermanos y hermanas. Cristo mismo es nuestra paz. Le disfrutamos como nuestra paz con Dios y con los hombres. El es tan dulce, y nos satisface tanto; cada uno de nosotros puede disfrutarle en la presencia de Dios y disfrutarle juntamente con Dios. Esto es Cristo como la ofrenda de paz.

A veces debemos aplicar a Cristo como la ofrenda de harina. Frecuentemente, después de que lo hemos aplicado y experimentado como la ofrenda por la transgresión y la ofrenda por el pecado, lo aplicamos inmediatamente como la ofrenda de harina. Sencillamente disfrutamos a Cristo. Disfrutamos la vida que vivió en la tierra: ¡El era tan perfecto, tan fino, tan puro y tan espiritual! Le disfrutamos como tal. Decimos: "Señor, ¡cuánto te disfrutamos como la ofrenda de harina para Dios!" Esta es la manera de ofrecer a Cristo como la ofrenda de harina.

Además, frecuentemente debemos aplicar a Cristo como el holocausto. Tenemos que decir: "Oh, Señor, me doy cuenta de

cómo te ofreciste completamente a Dios en sacrificio para hacer Su voluntad, satisfacerlo y vivir una vida absolutamente para Dios. Te disfruto como tal Persona". Muchas veces en la Mesa del Señor tenemos esta clase de experiencia. Aplicamos a Cristo como la ofrenda de harina y el holocausto. Vemos aquella vida maravillosa que el Señor vivió al estar aquí. Lo vemos a los doce años de edad. Lo vemos como carpintero en aquella familia pobre de Nazaret. Vemos cómo se comportó cuando salió en Su ministerio para Dios, cómo se condujo delante de los demás y cómo los trató en Su manera bondadosa, tierna, humilde y santa. Lo aplicamos como nuestro disfrute, nuestra ofrenda de harina y como nuestro holocausto para la satisfacción de Dios. Podemos decirle al Señor: "Tú viviste en la tierra absolutamente para Dios. Tú eres el holocausto. Te aplico como mi disfrute y como la satisfacción para Dios, no sólo aquí en Tu mesa, sino también durante el día. Algunas veces en la mañana y a veces por la tarde, te disfruto como la ofrenda de harina y como el holocausto".

¡Alabado sea el Señor porque El es todas estas ofrendas para nuestro disfrute! Cuanto más aplicamos a Cristo como la ofrenda por la transgresión, la ofrenda por el pecado, la ofrenda de paz, la ofrenda de harina y el holocausto, tanto más sentimos que estamos en el tabernáculo. Cuanto más aplicamos a Cristo en esa forma, tanto más sentimos que estamos en la gloriosa presencia de Dios. Esto no es doctrina, sino algo muy real. Puede comprobarse; puede experimentarse. Si no tenemos tales experiencias, algo anda mal en nosotros.

Ahora puede ver cuánto de Cristo tenemos que experimentar. Tenemos que experimentarlo como el cordero de la pascua, el maná, la roca, el arca con el tabernáculo, y como todas las ofrendas: la ofrenda por la transgresión, la ofrenda por el pecado, la ofrenda de paz, la ofrenda de harina y el holocausto. Necesitamos experimentar a Cristo y aplicarlo hora tras hora, momento tras momento, de tal manera que seamos capacitados y fortalecidos para seguir adelante y tomar posesión del Cristo todo-inclusivo. No se puede tomar posesión de esta buena tierra repentina ni instantáneamente.

Es un proceso gradual. Primero lo debemos disfrutar como el cordero; después lo debemos disfrutar como el maná, la roca, el arca con el tabernáculo; y luego día a día, momento a momento, tenemos que disfrutarle como las diferentes ofrendas. Así seremos capacitados y tendremos la madurez adecuada para tomar posesión de esa tierra todo-inclusiva. Pero aún sigue algo más.

EL SACERDOCIO

Inmediatamente después de las ofrendas mencionadas en la primera parte de Levítico, se nos presenta el sacerdocio. Aarón y sus hijos fueron adornados y estaban capacitados para servir como sacerdotes para Dios. Debemos tener esto; debemos tener a Cristo como nuestro Aarón. Cristo debe ser nuestro sumo sacerdote y todos nosotros debemos ser Sus hijos, sacerdotes que sirven a Dios. Esto es algo más que necesitamos disfrutar, experimentar y aplicar. Cuando usted llega a la reunión para disfrutar al Señor, ¿usted sirve, usted funciona, usted ministra? Tal vez me conteste: "Hermano, no soy ministro para ministrar. Usted es el ministro". Pero si me dice que no es ministro, le diré que tampoco lo soy yo. Soy lo que es usted. Usted es un hermano, y yo también soy un hermano. Pero hermanos y hermanas, deben darse cuenta de que tienen que ministrar. Todos tenemos que ministrar. ¿Qué debe usted ministrar? Ya lo sabe. Si es sincero y fiel con el Señor, sabrá lo que tiene que ministrar. Usted es un sacerdote.

Si no estamos sirviendo como sacerdotes, nunca podremos tomar posesión del Cristo todo-inclusivo. Si queremos entrar en la buena tierra, tenemos que ser sacerdotes. Debe haber un sacerdocio entre los hijos del Señor antes de que se pueda entrar a la buena tierra. Quizás usted diga que había muchos entre el pueblo de Israel que no eran sacerdotes. Pero, debe admitir que todos recibieron el beneficio del sacerdocio. En todo caso, entre ellos había un sacerdocio, y también entre nosotros debe haber un sacerdocio.

¿Qué es un sacerdote? Por favor no piense que hoy entre el pueblo del Señor los sacerdotes son los llamados ministros, pastores, predicadores, etc. Me temo que muchos de ellos no son sacerdotes genuinos. ¿Quiénes son hoy los sacerdotes? Son

aquellos que viven en Cristo y por Cristo para manifestarlo a El. No importa lo que usted haga ni cuál sea su trabajo. Puede ser maestro de escuela, hombre de negocio, médico, enfermera, estudiante o ama de casa. El punto básico y esencial es que viva en Cristo, ande en Cristo, disfrute a Cristo, experimente a Cristo y aplique a Cristo en toda su vida. Esto lo hace a usted sacerdote. Considere a los hijos de Aarón cuando fueron presentados a Moisés. ¿Qué hizo Moisés? Les quitó la ropa y los vistió de las vestiduras sacerdotales. ¿Qué son esas vestiduras sacerdotales? Son la manifestación de Cristo. Cristo manifestado en usted es la vestidura sacerdotal. Lo que comen los sacerdotes representa a Cristo, lo que visten representa a Cristo y todo su vivir representa a Cristo. Para ser sacerdote, usted necesita vivir en Cristo y servir con Cristo. Cuando enseña en la escuela, enseña en Cristo; cuando hace sus negocios, los hace en Cristo; cuando cuida de su hogar, lo hace en Cristo. Está en la vestidura sacerdotal.

Hace poco una hermana llegó de una ciudad lejana. Nos había enviado un telegrama que indicaba la hora de su llegada y el número de su vuelo, pero ninguno de nosotros la conocía ni la había visto. Para complicar más la situación, era durante una época festiva y el aeropuerto estaba inundado de viajeros. Los hermanos estaban muy preocupados y me decían: "Hermano, ¿cómo podremos reconocer a la hermana? ¿Cómo va ella a conocernos a nosotros?" Les dije: "Estén tranquilos. Habrá alguna señal para poder conocerla". Cuando el avión aterrizó y los pasajeros empezaron a descender del avión, esperamos a la entrada. Pasaron varias señoras, y luego otras más. Mientras las veíamos pasar, les decía a los hermanos: "Esa no es, esa otra no es. No ésa, no, no ... no..." Al poco rato, se acercaba otra y les dije a los hermanos: "Esa es; ésa debe ser la hermana. Acérquense a hablarle". Y ella misma nos sonrió. Era la que esperábamos. La reconocí por su "vestidura sacerdotal".

Hace como treinta años, otra hermana vino a visitarnos en el norte de China, viajando por barco desde Shanghái. El barco no pudo acercarse al muelle; así que, muchas lanchas traían los pasajeros hasta la orilla. Había una multitud de amigos y parientes, gritando y saludándose unos a otros. Pero

nosotros nunca habíamos visto a esta hermana; no la conocíamos. Mirábamos a una persona y a otra. Buscábamos y mirábamos en cada lancha que llegaba, pero no pudimos distinguir a nadie que pudiera ser la hermana. Finalmente otra lancha llegó trayendo a una señora, y cuando pudimos distinguirla con la vista, todos dijimos que ella era y acertamos. ¿Cómo lo supimos? Sólo por cierta manifestación. No puedo explicar las señales, pero las puedo captar; las puedo sentir.

Hay muchas historias como éstas. Si usted es sacerdote, hay algo en usted que no es ordinario; tiene características particulares y distintivas. Está equipado con Cristo y adornado con Cristo; El es su vestidura sacerdotal. Tiene que experimentar a Cristo en esa forma; así será sacerdote. Lo que usted toque, lo tocará con Cristo; cualquier cosa que haga, la hará con Cristo. Manifestará a Cristo. Si usted es una hermana y toca a Cristo todo el día, considere cuánto podrá ministrar al Señor. Ayudará a la gente a conocer a Cristo; ministrará a Cristo a su familia. Cuando venga a las reuniones, podrá ministrar muchas cosas. Ya sea que limpie el salón o acomode las sillas o se arrodille con dos o tres otras hermanas para orar por la reunión, todo es un ministerio, un ministerio llevado a cabo en Cristo, con Cristo y por medio de Cristo. Quizás prepare una comida para convidados que han venido para asistir a reuniones especiales. Eso también es un ministerio que debe estar lleno del Espíritu. En Hechos se nos dice que los que servían a las mesas debían estar llenos del Espíritu. No es fácil llevar a cabo la preparación de los alimentos. Es una excelente oportunidad de aplicar a Cristo y ministrarlo.

Hay muchos ministerios que pueden desempeñar los sacerdotes. Uno puede llegar y sentarse en la reunión, y aunque no participe activa y abiertamente en la reunión, aún así puede tener un ministerio poderoso y eficaz a cada momento. En Shanghái, durante el período de 1946 a 1948, yo daba la mayoría de los mensajes. Puedo decirles que cada vez que liberaba un mensaje, algunos hermanos y hermanas —no pocos, quizás de cien a doscientos— estaban allí sentados ministrando. Ministraban con el espíritu, con un espíritu de oración, con un espíritu receptivo. Estaban allí sentados

ejercitando su espíritu para extraer el mensaje. Ese era su ministerio y era de lo más eficaz y valioso. Había centenares de personas apretadas en aquel salón de reunión, pero me respaldaban, me apoyaban. Eran uno conmigo. Sin ellos yo no habría ministrado en una forma tan viva y libre.

En una ocasión organizamos algunas reuniones especiales para predicar el evangelio a los incrédulos. Todos los hermanos y hermanas pensaban que era mejor guardar los asientos para sus amigos que no eran salvos; así que, se retiraron a otro cuarto. De esta manera, todo el salón, especialmente al frente, estaba lleno de incrédulos. Cuando me levanté para ministrar, miré alrededor y me asusté. No había ninguno que me respaldara ni apoyara. Tuve que pelear la batalla solo. El peso de todos aquellos incrédulos, aquellos hijos del diablo, era sumamente grande. Estaban en multitud a mi alrededor y sus pecados se levantaron en mi contra. El próximo día les dijo a los hermanos y hermanas: "No, no, ¡nunca se debe hacer eso! Por lo menos doscientos de ustedes deben quedarse para apoyarme. No puedo pelear solo en contra de centenares de personas. Deben regresar y sentarse con todas las personas para orar y recibir".

Con tal espíritu de apoyo, ¡que denuedo y autoridad hay! Todos son sometidos, no por mí, sino por el Cuerpo, por el sacerdocio. En el día de Pentecostés, Pedro no se levantó solo, sino que se puso en pie con los once. Mire su denuedo. Mire su autoridad. Mire los maravillosos resultados.

Un año en Formosa tuvimos una gran conferencia a la cual asistieron más de dos mil personas. Al pararme al frente, sentí una gran carga. Me sentía sumamente cargado. Les dijo a los ancianos: "Todos ustedes tienen que subir conmigo a la plataforma". Entonces, cuando llegábamos a las reuniones, todos ellos subían conmigo a la plataforma, y mientras daba los mensajes había un "¡Amén! ¡Amén!" resonando una y otra vez. Me apoyaban, me respaldaban. Yo tenía mucho denuedo, y toda la congregación estaba sometida. Este ambiente inspiró el temor y el amor al Señor. Esto es el ministerio. Hermanos y hermanas, nunca podemos engañar al enemigo, ni a nuestra propia conciencia, ni jamás al Señor. Si aquellos ancianos que estaban en la plataforma no hubieran sido

sacerdotes, si hubieran sido gente mundana, les habría sido imposible decir “Amén” de tal manera. No habría habido paz en su conciencia. Tal vez hubieran dicho “Amén” de modo suave y débil, pero eso no significa nada; en eso no hay respaldo. Pero estaban sirviendo al Señor en Cristo; estaban viviendo en Cristo, con Cristo y por medio de Cristo. Por lo tanto, tenían gran denuedo. Cuando llegaba la ocasión de que un hermano tenía que ministrar, podían decir: “Subamos con él a la plataforma como un ejército”. No ministraba un hermano solo, sino un equipo, un ejército. Cuando él hablaba, todos decían “Amén” con un espíritu fuerte y ahuyentaban al enemigo. No le daban lugar al enemigo, y toda la reunión con la congregación entera, era conquistada y capturada por el Señor. Si usted ha tenido tal experiencia o ha estado en una reunión así, puede dar testimonio de la realidad de esto.

Hermanos y hermanas, éste es el verdadero ministerio. Todo depende de cuánto usted viva en Cristo, ande en Cristo y tome a Cristo como su alimento, su vestidura y su todo.

Ahora hemos terminado con Levítico. ¡Cuántos aspectos de Cristo tenemos que experimentar! ¡Cuán rico, maravillosamente rico, es El! Lo debemos experimentar más y más. Ahora no sólo tenemos el arca con el tabernáculo, sino también las ofrendas y el sacerdocio. Estamos mucho más capacitados para entrar en la tierra, pero no debemos enorgullecernos. Hay que practicar todas estas cosas día tras día y experimentarlas en realidad. Somos capacitados para entrar en la buena tierra por medio de disfrutar a Cristo como el cordero, como la fiesta de la pascua, como el maná diario, como la roca de la cual fluye el agua viva, como el arca con el tabernáculo, como todas las diferentes ofrendas y como todo el equipo y suministro del verdadero sacerdocio.

CAPITULO ONCE

COMO POSEER LA TIERRA

III. POR MEDIO DE LOS PRINCIPIOS GOBERNANTES

Lectura bíblica: Ex. 40:36-38; Lv. 8:7, 8, 10-12, 30; 20:26; 26:46

Antes de pasar a considerar el libro de Números, debemos ver algo más en los libros de Exodo y Levítico. Hemos visto que la manera de entrar en la buena tierra es disfrutar a Cristo paso a paso, en una medida que va siempre en aumento, empezando desde el cordero de la pascua. Pero hay algo en nuestra experiencia que es aún más vital para nosotros; los principios o factores gobernantes. Hemos visto que la posesión de la tierra, es decir, la entrada al aspecto todo-inclusivo de Cristo, no se realiza por medio de una persona individual, sino por medio de un pueblo colectivo. Esto lo vemos bien claro. Pero debemos darnos cuenta de que, especialmente en el caso de un pueblo colectivo, se necesitan algunos principios gobernantes. Se necesita orden. En un cuerpo colectivo hay que poner las cosas en orden. Si no hay principios gobernantes, reinarán el caos y el desorden, y éstos están relacionados con el enemigo. Si nosotros somos desordenados, estamos arruinados y relacionados con Satanás. De esa manera, nos es imposible entrar en la buena tierra. Para mantener el orden entre los hijos del Señor, debe haber algunos principios o factores gobernantes.

En estos dos libros, Exodo y Levítico, no sólo vemos los varios aspectos del disfrute de Cristo, sino también los principios gobernantes que Dios ha ordenado entre Sus hijos. Hay por lo menos tres principios o factores gobernantes que son importantes y vitales.

LA PRESENCIA DEL SEÑOR

El primer principio gobernante es la presencia del Señor en la columna de nube y la columna de fuego. No sólo digo la columna de nube y la columna de fuego, sino la presencia del Señor en la columna de nube y la columna de fuego. En estas columnas, la presencia del Señor es el primer principio gobernante. Este factor se relaciona con la reunión y la actividad o movimiento del pueblo del Señor. Cuándo, cómo y dónde el pueblo del Señor debe moverse y actuar depende de la presencia del Señor como se le revela en la columna de nube y la columna de fuego. En otras palabras, si queremos llegar a poseer la tierra, debemos hacerlo por medio de la presencia del Señor. Si la presencia del Señor va con nosotros, podemos entrar y disfrutar la tierra. Recuerde que el Señor le prometió a Moisés: "Mi presencia irá contigo, y te daré descanso" (Ex. 33:14). Esto significaba que El mismo llevaría al pueblo a que poseyera la tierra por medio de Su presencia. Esta fue la razón por la cual Moisés le dijo al Señor: "Si Tu presencia no va conmigo, no nos saques de aquí". Moisés insistió en que la presencia del Señor fuera con él; de otra manera no iría.

"Mi presencia irá contigo". Son palabras bastante peculiares. *La presencia* irá. Esto no significa necesariamente que El irá. Que El vaya es una cosa, pero que *Su presencia* vaya es otra. ¿Se da cuenta de la diferencia?

Quisiera mostrarlo con una historia. Una vez, cuatro o cinco de nosotros que servíamos al Señor juntos íbamos a cierto lugar. Viajábamos todos juntos. En aquel entonces uno de los hermanos no estaba contento con nosotros; no obstante, no tuvo otra alternativa que ir. Viajábamos todos en el mismo tren: todos menos este hermano estábamos en el carro número uno, y él se quedó solo en el carro número dos. Iba con nosotros, pero su presencia no iba con nosotros. Se fue con nosotros, viajó con nosotros y llegó con nosotros, pero su presencia no estaba con nosotros. Cuando los hermanos vinieron para recibirnos, él estaba allí, y durante toda nuestra visita en aquel lugar, él estaba allí. El estaba con nosotros, pero no su presencia. En verdad era muy extraño.

Hermanos y hermanas, muchas veces el Señor irá con usted, pero no Su presencia. Muchas veces el Señor

verdaderamente lo ayudará, pero esté seguro, El no está contento con usted. Usted recibirá Su ayuda, pero perderá Su presencia. Lo llevará a su destino y lo bendecirá, pero durante todo el viaje no sentirá Su presencia. *El* irá con usted, pero no *Su presencia*.

¡Esto no es una teoría sino nuestra experiencia! Muchas veces en los años pasados he sentido la ayuda del Señor al estarle sirviendo. El Señor está obligado a ayudarme; El debe ayudarme por causa de Sí mismo. Pero puedo decirle que muchas veces no he tenido la presencia del Señor, simplemente porque no estaba contento conmigo. El tenía que ir conmigo, pero no estaba contento. Yo estaba sentado en el carro número uno, pero El estaba sentado en el carro número dos. Me acompañaba, pero me negaba Su presencia para que me diera cuenta de Su desagrado.

Hace algunos años, una hermana joven me hablaba de su matrimonio. Me decía: "Hermano, siento que es la voluntad del Señor que me comprometa con cierto caballero. El Señor me ha ayudado bastante en esto; así que, en cierta fecha anunciaremos el compromiso". Yo conocía algo de la situación; así que, le dije a la hermana: "No dudo que el Señor le haya ayudado. Creo lo que me dice. Pero, ¿está contento el Señor con todo esto? ¿Está con usted la presencia del Señor mientras considera este compromiso?" Me contestó: "Oh, hermano, si le digo la verdad, sé que el Señor no está contento conmigo. ¡Lo sé! Por un lado me ha ayudado, pero por otro, sé que no está contento conmigo". Le pregunté: "¿Cómo lo sabe?" Su respuesta fue muy significativa: "Cuando pienso en el compromiso, siento que he perdido Su presencia". Este es un ejemplo excelente. El Señor la ayudó, pero le negó Su presencia.

Hermanos y hermanas, deben entender esto claramente. Nunca crean que tener la ayuda del Señor, es suficiente. ¡No, no! ¡Ni mucho menos! Debemos tener la presencia del Señor. Tenemos que aprender a orar diciendo: "Señor, si no me das Tu presencia, aquí me quedaré contigo. Si Tu presencia no va conmigo, no iré. No seré gobernado por Tu ayuda, sino por Tu presencia". Luego debemos orar más, diciendo: "¡Oh, Señor! no quiero Tu ayuda solamente; quiero Tu presencia. Señor, Tu presencia es imprescindible. Puedo prescindir

de Tu ayuda, pero no de Tu presencia". ¿Puede decirle esto al Señor?

Muchos hermanos y hermanas se acercan a decirme: "Hermano, ¡el Señor realmente me ha ayudado!" Siempre deseo preguntarles: "¿Ha sentido la presencia del Señor? Ha recibido Su ayuda, pero ¿qué me dice de Su presencia?" Muchos reciben la ayuda del Señor, pero muy pocos tienen Su presencia. El factor gobernante no es Su ayuda, sino Su presencia.

Algunos obreros cristianos me han dicho: "Hermano, ¿no se ha dado cuenta usted de cuánto nos ha ayudado el Señor? ¿No cree que el Señor nos ha bendecido?" Les he contestado: "Indudablemente el Señor les ha ayudado y bendecido, pero quedémonos en silencio delante del Señor por unos momentos". Después de un rato, pregunté: "Hermano, en lo más profundo de su ser, ¿siente que la presencia del Señor está con usted? Sé que han hecho algo para el Señor; sé que el Señor le ha ayudado y bendecido. Pero me gustaría saber si en lo más recóndito de su ser siente que el Señor está presente con usted. ¿Siente continuamente que Su rostro le está sonriendo, y que Su sonrisa ha entrado en usted? ¿Tiene esto?" Estas son palabras tiernas que escudriñan el corazón. Como siervos del Señor, la mayoría de las personas no pueden mentir; deben decir la verdad. Finalmente tales hermanos me han dicho: "Debo admitir que he perdido desde algún tiempo la comunión con el Señor". Luego he preguntado: "Hermano, ¿qué sucede? ¿Está gobernado por la ayuda del Señor o por Su presencia? ¿Está gobernado por Sus bendiciones o por Su sonrisa?"

Hermanos y hermanas, aunque sea con lágrimas en nuestros ojos, debemos decir día tras día: "Señor, sólo Tu presencia sonriente me satisface. No quiero nada más que la sonrisa de Tu faz gloriosa. Mientras tenga esto, no me importa si los cielos se caen o si la tierra se desintegra. El mundo entero puede levantarse en mi contra, pero mientras tenga sobre mí Tu sonrisa, puedo alabarte, y todo estará bien". El Señor dijo: "*Mi presencia irá contigo*". ¡Qué tesoro! La presencia, la sonrisa del Señor, es el principio gobernante. Es de temer recibir cualquier cosa del Señor y perder Su presencia. En verdad es algo de temerse. Es posible que el Señor mismo le dé algo a

usted, y que sin embargo esa misma cosa le prive de Su presencia. Le ayudará y le bendecirá, pero esa misma ayuda y bendición puede apartarlo de Su presencia. Debemos aprender a ser guardados, regidos, gobernados y guiados, sencillamente por la presencia del Señor. Tenemos que decirle al Señor que no queremos nada más que Su presencia en una manera directa. No queremos tener Su presencia indirectamente. Esté seguro, muchas veces usted tiene la presencia del Señor "de segunda mano"; no la tiene de primera mano, no es directa. Procure ser gobernado por la presencia directa del Señor, de primera mano.

Este no sólo es un requisito y lo que le capacita, sino también el poder para seguir adelante y poseer la tierra. La presencia del Señor, experimentada de primera mano, lo fortalecerá con poder para obtener la plenitud, es decir, el Cristo todo-inclusivo. ¡Qué fortaleza, qué poder existe en la presencia directa del Señor! Esto ciertamente no es asunto de doctrina, sino de una experiencia profunda.

"Mi presencia irá contigo". ¡El Señor es tan maravilloso, tan glorioso, tan misterioso! Pero, en qué manera nos muestra Su presencia? ¿Cómo es hecha real para nosotros? En los tiempos antiguos, Su presencia siempre estaba en la columna de nube durante el día y en la columna de fuego durante la noche. Durante el día, mientras brillaba el sol, allí estaba la nube; en la oscuridad de la noche estaba el fuego. La presencia del Señor revelada durante el día era la nube, y en la noche era el fuego.

¿Qué significan estas dos cosas: la nube y el fuego? Varios pasajes de las Escrituras nos muestran que la nube es el símbolo del Espíritu. A veces en nuestra experiencia, el Espíritu Santo es exactamente como una nube. La presencia del Señor está en el Espíritu. Muchas veces sabemos que la presencia del Señor está con nosotros. ¿Cómo lo sabemos? Nos damos cuenta en el Espíritu. Creo que la mayoría de nosotros hemos tenido esta clase de experiencia. Hemos experimentado la presencia del Señor en el Espíritu. Es en verdad misterioso. Si me pregunta cómo se experimenta la presencia del Señor en el Espíritu, sólo puedo contestar que la experiencia, me es real. El Señor está en el Espíritu, y Su presencia

es hecha real para mí en el Espíritu. La realidad está en el Espíritu. A veces, ya sea por nuestra debilidad, o porque le parece al Señor que necesitamos aliento o confirmación, nos da alguna conciencia y aun un sentimiento de que el Espíritu realmente es como una nube.

En 1935 estaba dando yo un mensaje acerca del derramamiento del Espíritu Santo. A la mitad del mensaje, de repente tuve la sensación de que una nube me envolvía. Me parecía que estaba dentro de una nube. Inmediatamente en la reunión hubo un cambio decisivo, y las palabras que salían de mi boca eran como agua viva derramándose. Toda la congregación estaba atónita. Cuando se tiene tal experiencia, no se necesita hablar nada de la mente. Las palabras fluyen del Espíritu.

Esa es la presencia del Señor en la columna de nube. La podemos sentir en esa forma. Viene en forma de cierta clase de guía y aliento. Tenemos cierta carga por el Señor, y El nos da el aliento de sentir Su presencia en el Espíritu. Sin embargo, ésta es una experiencia especial concedida por el Señor. Diariamente, podemos experimentar la presencia del Señor en el Espíritu en una forma normal y ordinaria.

Entonces, ¿cuál es el significado de la columna de fuego? El fuego se necesita en la noche, cuando hay oscuridad. Pero el significado es el mismo que el de la nube. La nube es el fuego, y el fuego es la nube. Cuando el sol brilla, la presencia del Señor tiene la apariencia de una nube; cuando llega la oscuridad, Su presencia tiene la apariencia de fuego. Es la misma entidad con diferentes apariencias. ¿Qué, pues, representa el fuego? Representa la Palabra. La nube es el Espíritu, y el fuego es la Palabra. Cuando el sol brilla, uno tiene un entendimiento claro en el Espíritu; puede seguir fácilmente a la nube. Pero muchas veces es como la noche, y usted se encuentra en tinieblas. No puede confiar en su espíritu; su espíritu está muy perplejo. En tal situación, debe confiar en la Palabra. La Palabra es como el fuego, ardiente, brillante, iluminador. Salmos 119:105 dice: "Lámpara es a mis pies Tu palabra, y lumbre a mi camino". Cuando el cielo está muy claro y todo está brillante, la nube es suficiente; pero cuando la oscuridad cubre el cielo, usted no puede discernir cuál es

la nube y cuál no lo es; debe seguir el fuego. A veces su cielo, su día, es sumamente claro y la luz del sol es brillante y fuerte. Sin la más mínima duda puede verse y seguirse el camino del Espíritu. Pero probablemente con más frecuencia se encuentra en tinieblas, en la noche. Ayer lo entendía todo claramente, pero hoy se encuentra en tinieblas; está perplejo y turbado. Pero no se preocupe; tiene la Palabra. Siga la Palabra. La Palabra es el fuego, el fuego ardiente, la luz brillante. Cuando se encuentra en tinieblas, puede seguir esta luz porque la presencia del Señor está en el fuego.

Muchas veces ha habido hermanos que me han dicho: "Hermano, ahora me siento en tinieblas". Les contesto: "¡Alabado sea el Señor! Ahora es el tiempo correcto para ir a la Palabra. Si no estuviera en oscuridad no tendría la oportunidad de experimentar al Señor en la Palabra. Sencillamente tome Su Palabra". Cuán bueno es experimentar a Cristo en Su Palabra cuando estamos en tinieblas.

La presencia del Señor siempre está en estas dos cosas: en el Espíritu y en la Palabra. Cuando usted tiene un entendimiento claro, puede darse cuenta de que El está en el Espíritu. Cuando se encuentra en tinieblas, puede verlo en la Palabra. Siempre está en estos dos: en el Espíritu y en la Palabra. ¿Lo ve todo claramente hoy? ¡Alabado sea el Señor! Usted sentirá al Señor en el Espíritu. ¿Está en tinieblas? También puede alabarle porque lo puede ver en Su Palabra. Algunas veces estamos en la luz del día, y otras veces estamos en la noche, en la oscuridad. Eso no debe preocuparnos. En el día, cuando todo está claro, tenemos al Espíritu como la nube; en la noche, cuando está oscuro, tenemos la Palabra como el fuego. Podemos seguir al Señor por medio de Su presencia en el Espíritu y en la Palabra.

EL SACERDOCIO CON EL URIM Y EL TUMIM

El segundo principio gobernante es el sacerdocio bajo la unción con el urim y el tumim. ¿Qué es el sacerdocio? Este es un asunto maravilloso y glorioso. El sacerdocio incluye la comunión con el Señor y la vida y el servicio en Su presencia. El sacerdocio es un grupo de personas que están en constante comunión con el Señor; continuamente tienen comunión con

el Señor y sirven en Su presencia. Viven, andan y hacen todo en esa forma. Cuando tenemos comunión con el Señor día tras día y momento a momento, y cuando en esta comunión viviente, nosotros vivimos, servimos y actuamos, somos un sacerdocio.

Si perdemos el sacerdocio, perdemos uno de los principios gobernantes. Este principio gobernante no tiene como fin guiar sino juzgar. La presencia del Señor en las columnas de nube y de fuego tiene como fin guiar al pueblo, mientras que el fin del sacerdocio en la unción con el urim y el tumim es juzgar.

Quisiera poner un ejemplo. Supongamos que dos hermanos están discutiendo y peleando entre sí. ¿Qué haremos? Somos hijos del Señor, somos el pueblo del Señor, pero algo de tal naturaleza existe entre nosotros. ¿Cómo podemos resolver el problema? ¿Cómo llegaremos al juicio apropiado? ¿Convocaremos una reunión y decidiremos el asunto por votación? ¡Claro que no! Todos esos problemas sólo pueden resolverse por medio del sacerdocio. Tales problemas requieren un grupo de hijos del Señor que siempre estén en comunión con El, que sirvan al Señor en Su presencia y continuamente estén delante de El, sin importar dónde se encuentren o qué estén haciendo. Tal grupo está bajo la unción del Espíritu Santo y tiene el urim y el tumim. De esta manera obtienen el juicio, la decisión del Señor. Por medio del urim y el tumim con el sacerdocio, podrán juzgar y decidir cualquier asunto que se les presente.

El sacerdocio incluye tres cosas: la comunión con el Señor, la unción del Espíritu Santo y el urim y el tumim. En esta ocasión sólo podemos hablar brevemente tocante al último punto, el urim y el tumim. En hebreo la palabra urim significa luz, mientras que tumim significa perfección o consumación. Hace treinta años leí un artículo de un escritor hebreo, que decía que el tumim es una piedra preciosa con cuatro letras del abecedario hebreo grabadas en ella. Sobre el pectoral de los sumos sacerdotes estaban los nombres de las doce tribus de Israel grabados en doce piedras. Los nombres de esas doce tribus contenían solamente dieciocho de las veintidós letras del abecedario hebreo. Así que, sobre el pectoral del sumo

sacerdote faltaban cuatro letras. No obstante, estas cuatro letras estaban grabadas en el tumim, y cuando esta piedra era puesta en el pectoral, había perfección, consumación. Entonces se tenían las veintidós letras del abecedario hebreo. Luego se nos dice que el urim es una piedra que se ponía en el pectoral y que daba luz. Así tenemos el significado del urim y el tumim: luz y perfección.

Entonces, ¿cómo se usaban el urim y el tumim? Cuando algún problema o dificultad se presentaba entre los hijos de Israel, el sumo sacerdote llevaba el problema al Señor para recibir la respuesta con la ayuda del pectoral. El escritor hebreo decía en ese artículo que cuando los sumos sacerdotes se presentaban delante del Señor, ciertas piedras en el pectoral con sus respectivas letras brillaban, y en otras ocasiones otras piedras con sus letras brillaban. El sumo sacerdote escribía todas las letras de las diferentes piedras cuando brillaban, y al hacerlo formaba las palabras y las oraciones. Finalmente recibía un mensaje o juicio completo de parte del Señor. Aquel escritor que en esta forma Acán fue prendido de entre todos los hijos de Israel, debido a su pecado (Josué 7).

Así que, ¿cuál es el principio gobernante para que el pueblo del Señor resuelva sus problemas? Entre ellos debe haber un sacerdocio que lleve en su pecho delante del Señor a todos los hijos del Señor. El sacerdocio debe presentarlos en amor delante de la presencia del Señor y leerlos allí como letras. Así, a la luz de las Escrituras, el sacerdocio entenderá la intención del Señor y recibirá alguna palabra de parte de El tocante a la situación de Sus hijos.

Ahora, con respecto a los hermanos que están peleando entre sí, tenemos la solución. Podemos decirles: "Hermanos, estén tranquilos por un tiempo mientras acudimos al Señor". Entonces llevaremos este problema al Señor y leeremos a estos hermanos en Su presencia a la luz de las Escrituras. Esto es ejercer el sacerdocio con el pectoral del urim y el tumim. De esta manera podemos obtener las letras, las palabras y aun el mensaje del Señor tocante a la decisión que se deba tomar en este asunto.

¿Sabe usted cómo escribieron los apóstoles sus epístolas? Exactamente en la misma manera. La primera epístola de

Pablo a los corintios es un buen ejemplo. Pablo se enfrentó con muchos problemas en esa iglesia: problemas de sectarismo, de disciplina, de matrimonio, de doctrina de la resurrección, etc. Había problemas de casi todo género y descripción. ¿Qué hizo? Llevó en su corazón delante del Señor todos los problemas y a todos los hermanos y hermanas de aquella iglesia, y en la presencia del Señor los leyó a la luz de las Escrituras. ¿No es cierto? Al leerlos allí a la luz de la Palabra, entendió la naturaleza de la situación y la solución. Recibió un juicio, una decisión del Señor, y fue así que escribió la primera epístola a los corintios. Considere todas las epístolas. Así se formaron todos los libros escritos por los apóstoles. No fue que se sentaron en su cuarto a leer y a razonar, y que luego escribieron. Siempre había alguna situación entre los hijos del Señor que requería una respuesta, una palabra del Señor. Entonces, los apóstoles como sacerdotes, cumpliendo su ministerio sacerdotal, llevaban a la presencia de Dios todos estos problemas junto con todos los nombres de los hijos del Señor. Estudiaban el problema en Su presencia, leyendo a los creyentes uno por uno a la luz de las palabras del Señor. De esta manera recibían la luz; obtenían del Señor palabras, frases y pensamientos. Después escribían las cartas, impartiendo a los santos la intención del Señor en el asunto.

Este es uno de los principios gobernantes. El primer principio gobernante es la presencia del Señor en la columna de nube y en la columna de fuego; el segundo es el sacerdocio bajo la unción con estas dos cosas peculiares, el urim y el tumim.

Hermanos y hermanas, si vienen a mí para hablarme acerca de algún problema que tienen con otros, ¿qué debo hacer? Debo ejercitar mi espíritu para llevarlos a usted y a los otros delante del Señor. En amor debo ponerlos a ustedes y a los demás hermanos y hermanas en mi corazón, es decir, en mi pecho. Debo llevarlos a todos ustedes al Señor y decir: "Señor, te presento algunos queridos santos. Iluminalos. Dame Tu luz". Debo leerlos a ustedes. Debo leer sus mentes y sus emociones, sus pensamientos, sus motivos y sus acciones. Debo leer su problema y muchas cosas relacionadas con usted a la luz de la Palabra. Después de leer, letra por letra,

gradualmente obtendré una palabra, y luego otra. Finalmente recibiré una frase completa y luego un mensaje. Llegaré a saber algo de parte del Señor. Sabré cuál es la intención del Señor para con ustedes y Su pensamiento acerca de ustedes.

Ustedes, los que son hermanos dirigentes, se encuentran muchas clases de problemas en la iglesia, que les dan la oportunidad de practicar este ministerio sacerdotal. En alguna ocasión tal vez llegue un hermano a compartir un problema que tiene con su padre, el cual también es un hermano en el Señor. Le preguntará qué es lo que debe hacer. Al siguiente día quizás llegue una hermana a contarle el problema que tiene con su cuñada, la cual también es una hermana en la iglesia. ¿Qué hará usted? ¿Les dirá que vayan a la corte delante del juez? Por supuesto, no puede hacer eso. La única manera es la que ya hemos mostrado. Debe tener un corazón, un pectoral; debe tener amor. Póngalos en su corazón y así llévelos ante el Señor. Ejercite su espíritu y léalos delante del Señor, primero al padre y luego al hijo. Lea sus hábitos, nacionalidades, caracteres, pensamientos, educación, no según su propia manera de pensar, sino a la luz de la Palabra. Lea todas estas cosas. Despues de leer así, recibirá las palabras y las frases, punto por punto. Recibirá las palabras del Señor que le revelarán Su intención. Entonces podrá hablarles al hijo y a su padre. Haga lo mismo con la hermana y su cuñada. Podrá decirles: "Esto es lo que el Señor quiere. Oren acerca de esto". Ha obtenido el juicio del Señor y la decisión del Señor. Esta es la corte para el pueblo del Señor. En verdad necesitamos tal corte. Necesitamos una representación local de la corte suprema celestial. La corte es el sacerdocio bajo la unción del Espíritu Santo con el urim y el tumim.

No es cosa insignificante tener un grupo de hijos del Señor que sirven al Señor colectivamente en coordinación. No es algo sencillo. Considere a su propia familia. ¿No tiene usted alguna clase de corte de familia para resolver todos sus problemas? En la iglesia, ¿cuál es nuestra corte de familia? Sencillamente es el sacerdocio, la comunión con el Señor bajo la unción del Espíritu Santo al leer a todos los hermanos a la luz de la Palabra. De esta manera recibimos el juicio para tomar las decisiones acerca de todos nuestros asuntos. Así

se resuelven todos nuestros problemas y preguntas. No se hace discutiendo, ni consultando, razonando y arreglando a manera de un político o un juez terrenal. Sólo puede hacerse por medio de la comunión y la unción, leyendo en amor las circunstancias, naturalezas y vidas diarias de los creyentes a la luz de la Palabra del Señor.

LO QUE REGULA UNA VIDA SANTA

El tercer factor gobernante consta de las cosas que regulan una vida santa. ¿Cuáles son estas cosas? En el libro de Levítico, tenemos las ofrendas, el sacerdocio y muchas clases de reglas. Levítico puede dividirse en tres partes: la primera que trata de las ofrendas, desde el capítulo uno hasta el siete; la segunda que trata del sacerdocio, desde el capítulo ocho al diez; y el tercero que trata de muchos reglamentos, desde el capítulo once hasta el final del libro. Tiene toda clase de reglas tocante a una vida santa, a un vivir santo. No podemos entrar en detalle ahora con todo eso. Si pudiéramos, veríamos cuán interesantes, cuán dulces y cuán cargados de significado son. Hay muchas reglas acerca de lo que es limpio y lo que es inmundo, acerca de lo que nos aparta o no de lo común y mundano, y acerca de cómo y cómo no comportarnos. Todos estos son reglas para una vida santa.

Estas reglas pueden resumirse en tres principios menores. El primero es que somos el pueblo que pertenece al Señor. Este es un principio menor que debe gobernarnos. Recuerde que usted pertenece al Señor, que es parte del pueblo del Señor. Si recuerda eso, será guardado de muchas cosas. ¿Cree que mientras tiene presente que es parte del pueblo del Señor, podría ir al cine? Con sólo pensarlo, se restringirá de ir. ¿Cree usted que pueda discutir con alguien y al mismo tiempo tener presente que pertenece al Señor? Trátelo. Descubrirá qué será de su discusión.

En una ocasión estando yo en el Lejano Oriente, contraté a un hombre que tiraba de un cochecillo para que me transportara. Al principio me dijo que me cobraría cinco dólares, con lo cual estuve de acuerdo. Cuando llegamos a mi destino, me di cuenta de que sólo tenía un billete de diez; así que se lo di y esperé el cambio. Después de rebuscar sus bolsillos,

finalmente me dijo que lo sentía pero que sólo tenía cuatro dólares para darme el cambio. Esa era su maña. Me puse a discutir con él, pero de pronto recordé que yo era un hijo de Dios. Simplemente recordarlo me hizo detenerme. Le dije: "Está bien, está bien, olvídelo; un dólar no importa". ¿Cómo podría yo, un hijo del Señor, discutir con el hombre del coche-cillo? Eso pondría en vergüenza el nombre del Señor.

Cuando usted está a punto de hacer algo, debe recordar que es un hijo del Señor. No diga que esto es demasiado legalista. Usted y yo debemos ser así de legalistas. A veces las hermanas, especialmente en el Lejano Oriente, usan vestidos que no son apropiados para una hija del Señor. Si tan sólo recordaran que pertenecen al Señor, ese simple pensamiento las haría retraerse de usar esa clase de ropa. Sencillamente se les olvida que son hijas del Señor, y se visten como hijas del diablo. Recordar que somos el pueblo del Señor es el primer principio menor de lo que nos regula.

El segundo es que hemos sido apartados de este mundo. El Señor dijo: "Os he apartado de los pueblos". El Señor nos ha apartado de los pueblos del mundo. Lo que ellos pueden hacer, nosotros no lo podemos hacer. Lo que ellos pueden decir, nosotros no lo podemos decir. Lo que ellos pueden poseer, nosotros no lo podemos poseer. Muchas veces he ido a las tiendas y no he podido comprar nada. Lo único que he podido hacer ha sido menear la cabeza y decir: "No, no hay nada para mí. He sido apartado".

Desde Seattle a San Francisco y luego hasta Los Angeles, he tratado de conseguir un par de zapatos. Hay tantos estilos peculiares y modernos que es difícil encontrar un par que sea apropiado para un hijo de Dios. Si comprara uno de éstos, me temo que no me sería posible pararme para ministrar a los hijos del Señor. ¡Ay, las cosas mundanas que venden esas tiendas! Si toda la gente mundana se convirtiera y se acordara de que son hijos del Señor y que han sido apartados del mundo, todas las tiendas de departamentos se verían obligadas a cerrar. No habría clientes para ellos. Es lamentable que la mayoría de la gente no se haya convertido, pero lo más triste es que aquellos que ya han sido convertidos por el Señor todavía no se han apartado del mundo. Por lo menos, nosotros que

hemos sido convertidos por el Señor debemos recordar que somos aquellos a quienes el Señor ha apartado del mundo. Este también es uno de los principios que nos debe gobernar. No diga que esto es demasiado estricto. Debemos ser así de estrictos.

El tercer principio menor es que el Señor es santo; así que, nosotros también debemos ser santos. El Señor es diferente y está separado de toda otra cosa; así que nosotros también debemos ser santificados y apartados de toda otra cosa. Debemos ser santos en todas las cosas, tal como El es santo.

Estos tres principios menores constituyen uno de los mayores principios gobernantes, y son lo que regula una vida santa. ¿Cuáles son? En primer lugar, recuerde que usted es un hijo del Señor; en segundo lugar, recuerde que ha sido apartado del mundo; en tercer lugar, recuerde que su Dios es un Dios santo y que usted debe ser tan santo como El. Estos tres reglamentos deben gobernar todo en nuestra vida.

En conclusión, la presencia del Señor es la guía para nosotros como grupo. Por la presencia del Señor sabemos si debemos irnos o quedarnos. No debemos ser guiados por nada más que Su presencia. Este es el primer principio gobernante. Luego, si hay algún problema entre nosotros, no necesitamos buscar la solución en forma externa. Tenemos la corte del sacerdocio. Por la comunión entre nosotros y el Señor bajo la unción del Espíritu Santo y por medio de estudiar en amor a todos los hermanos y hermanas a la luz de la Palabra, podemos obtener el juicio necesario, la decisión adecuada. Este es el segundo principio gobernante. Con respecto a nuestra vida y actividad diaria, nos debe gobernar la conciencia de que somos hijos del Señor, que hemos sido apartados del mundo, y que debemos ser santos como el Señor es santo. Este es el tercer principio gobernante. Si somos regidos por estos principios, estaremos preparados y capacitados para seguir adelante a poseer la buena tierra, y estaremos capacitados para entrar en el Cristo todo-inclusivo.

CAPITULO DOCE

COMO POSEER LA TIERRA

IV. POR MEDIO DE LA FORMACION DEL EJERCITO

Lectura bíblica: Nm. 1:1-4, 17, 18, 52, 53; 2:1, 2; 4:3; 8:23-26; 26:1, 2, 52-56, 63-65

Hemos visto muchas cosas relacionadas con la entrada a la buena tierra. Todas ellas se relacionan con el disfrute de Cristo, a partir del disfrute de El como el cordero pascual hasta el disfrute de El como el arca agrandada con el tabernáculo, incluyendo las ofrendas y el sacerdocio. En esta etapa en nuestra experiencia, tenemos la suficiente madurez para estar en la posición de asumir algo de responsabilidad. En esta etapa podemos funcionar en el sacerdocio, lo cual significa que en cierto grado podemos servir a Dios.

DESDE EXODO HASTA NUMEROS

Todo lo que hay en el libro de Exodus se presenta en una forma progresiva. A partir de disfrutar a Cristo como el cordero pascual, los hijos de Israel siguieron adelante hasta que un día se erigió el tabernáculo entre ellos. Fue entonces cuando disfrutaron a Cristo como testimonio de Dios, y en aquella etapa pudieron tomar responsabilidad como sacerdotes. Esto es el contenido del libro de Exodus.

Después de Exodus, pasamos a Levítico, donde se ve a Cristo como muchas ofrendas para nuestro disfrute. De esta manera el pueblo de Dios puede disfrutar a Cristo en una forma mucho más completa que antes. En esta etapa pueden tomar toda la responsabilidad del sacerdocio y llevar a cabo todas las normas divinas acerca de la vida santa. Hemos visto que en Levítico hay tres porciones: la primera trata de

las ofrendas; la segunda trata del sacerdocio; y la tercera trata de los principios divinos de la vida santa.

Después de Levítico, llegamos a Números. La mayoría de las exposiciones y comentarios sobre esta parte de la Biblia declaran que Números es un libro que se trata enteramente del censo y el vagar de los hijos de Israel. Aparentemente esto es cierto, pero en esencia, no lo es. Aunque ese elemento existe, principalmente y en el sentido espiritual Números es un libro de historias gloriosas. Es un libro que narra la formación del ejército divino. Sólo en esto, después de las experiencias de Exodo y de Levítico, es posible que el pueblo de Dios sea formado como ejército que pelee la batalla para El. Es en verdad glorioso que un grupo de hijos del Señor sea formado como ejército para el Señor en esta tierra. Es aún más glorioso que este mismo pueblo es el que ha de tomar posesión de la tierra. Aquellos que puedan pelear la batalla para Dios son los que dividirán y tomarán posesión de la tierra.

En el libro de Números, se hacen dos censos del pueblo de Israel. Fueron contados por primera vez para formar un ejército que peleara la batalla. La segunda vez, fueron contados no sólo como un ejército que guerreara, sino también como un pueblo que dividiría y heredaría la buena tierra. Aquellos que comparten la tierra son los que peleen la batalla. Por lo tanto, en este libro podemos darnos cuenta no solamente de los censos y del vagar de los hijos de Israel, sino también del hecho glorioso de que fueron formados como ejército y designados para heredar la buena tierra.

DESDE EL CORDERO HASTA UN EJERCITO, UNA LISTA DE CONTROL

Entonces, ¿cuál es la forma de poseer la buena tierra? No es tan sencillo. Enumeremos y revisemos los pasos. En primer lugar, debemos disfrutar a Cristo como el cordero redentor. Debemos recibir a Cristo como nuestro Salvador. Debemos pasar el juicio de Dios. Este es el primer paso. Si ya lo hemos hecho, podemos poner una marca aquí; hemos pasado el primer paso. ¿Cuál es el segundo? Hay que salir de Egipto y disfrutar a Cristo como el maná diario, como nuestro diario

suministro de vida. Por supuesto, no podemos tomar alimentos sin beber agua; así que, al mismo tiempo debemos disfrutar a Cristo, la roca de la cual fluye el agua viva. Disfrutamos el maná y disfrutamos la roca de la cual fluye el agua viva. ¿Tiene usted esa experiencia de día en día? Muchos de ustedes pueden decir con confianza que sí. Todos los días usted disfruta a Cristo como su comida y su bebida. De otra manera, no podría vivir, no podría seguir adelante, ni podría mantener su vida como cristiano. Diariamente debemos disfrutar a Cristo como nuestro alimento y nuestra agua viva; necesitamos algo que comer y beber. Cuando nos encontramos en la mañana, en vez de saludarnos diciendo "¡Buenos días!", preguntemos: "¿Ya comiste?" Prefiero tal saludo. ¿Comiste esta mañana, hermano? ¿Bebiste algo esta mañana, hermana? Algunos de ustedes pueden contestar que han tenido tres buenas comidas hoy. ¡Alabado sea el Señor! Hay que decirle a la gente que diariamente nos alimentamos de Cristo. Comemos a Cristo y bebemos de Cristo. Si tenemos esta experiencia, podemos poner una marca aquí también.

Vayamos ahora al tercer paso. ¿Tienen un tabernáculo donde viven? ¿Disfrutan a Cristo como el centro, como el testimonio de Dios entre ustedes? ¿Realmente experimentan a Cristo como la manifestación y la explicación de Dios en una forma sólida, y también experimentan la expansión de Cristo, el tabernáculo, como Su verdadera expresión entre ustedes? ¿Tienen esta experiencia en la localidad donde viven? ¿Tienen un tabernáculo con Cristo no sólo como el cordero o el maná diario, sino como el testimonio de Dios. O, ¿hay algún problema con este paso? En otras palabras, ¿hay un grupo de personas en su ciudad que experimentan a Cristo como la manifestación de Dios con el aumento de El, la iglesia, como Su verdadera expresión? ¿Cuál es su respuesta? Quizás algunos hayan empezado a tener esta experiencia. Si así es, ¡alabado sea el Señor! Quizás muchos tengan que confesar que no tienen nada semejante.

Por supuesto, el primer punto se pasa fácilmente. Con el segundo puede que haya alguna duda. Sin embargo, tocante al tercero hay un problema considerable. En verdad es rara la experiencia del arca con el tabernáculo. ¿Qué, pues, podemos

hacer? Hermanos y hermanas, debemos orar. Ustedes que viven en una misma ciudad deben reunirse para orar acerca de esto. Pidan al Señor que les revele a Cristo y les haga experimentar a Cristo, el testimonio de Dios, como su centro, y que también les haga experimentar la iglesia, el agrandamiento de Cristo, como Su expresión. Esto no es una enseñanza para guardar en la mente. Tienen que darse cuenta de su verdadera situación delante del Señor y tratar con El acerca de este asunto. Deben orar pidiendo que un tabernáculo espiritual sea erigido donde viven y que tengan un nuevo comienzo. Esto no es una cosa insignificante; es un comienzo totalmente nuevo. En cierto momento, algo nuevo debe empezar entre ustedes. Anteriormente, lo que han disfrutado ha sido a Cristo como el cordero, el maná, y cuando mucho, como la roca de la cual fluye agua viva. Ahora hay que disfrutar a Cristo en una manera nueva, en una etapa nueva, para que haya entre ustedes un nuevo comienzo del Espíritu. Tienen que llegar al "primer día del primer mes del segundo año", para que el tabernáculo, la iglesia, pueda ser erigida (Ex. 40:2). Este es un nuevo comienzo en la segunda etapa. Ya han comenzado el primer año en la primera etapa. Ahora deben comenzar el segundo año en la segunda etapa. Deben seguir adelante para tener a Cristo como su centro y el tabernáculo, como la expresión de Cristo, erigido en su localidad.

Sigamos adelante al cuarto punto. Supongamos que ya tenemos aquí el tabernáculo. Entonces debemos seguir adelante para experimentar a Cristo en una manera mucho más rica. Hay que experimentarlo como todas las ofrendas, como la ofrenda por la transgresión, la ofrenda por el pecado, la ofrenda de paz, la ofrenda de harina y el holocausto.

El quinto punto es la experiencia de Cristo como el sumo sacerdote para que podamos asumir el sacerdocio. ¿Qué podemos decir de esto? ¿Pueden decir que tienen un verdadero sacerdocio en su localidad? Tal vez hasta aquí han podido poner la marca en cada uno de los pasos. Pero, ¿pueden poner la marca en éste? Esta es una experiencia más profunda.

El pensamiento o la línea del Espíritu Santo en el relato de las Escrituras siempre es progresivo, siempre está avanzando. Del primer paso al segundo, al tercero, al cuarto, y

ahora al quinto, el pensamiento va avanzando, solidificándose y haciéndose más profundo. Pero si la mayoría de ustedes hablan sinceramente delante del Señor, tendrán que confesar que es bastante difícil pasar a este quinto punto. No hay muchos grupos de hijos del Señor que lleguen a tener la experiencia del sacerdocio. ¿Hay un sacerdocio en su ciudad? Dediquen algún tiempo para considerar todos estos puntos, uno por uno. Entonces sabrán dónde están con relación a esta lista.

En estos tiempos es casi imposible hallar un grupo de hijos del Señor que hayan llegado a esta etapa, que hayan disfrutado a Cristo como el sumo sacerdote hasta tal punto que hayan asumido el sacerdocio. En nuestras oraciones decimos: “¡Oh, Señor, Tú eres nuestro sumo sacerdote!” Pero no son más que palabras; no tenemos la experiencia. No hemos experimentado mucho tocante a Cristo como el sumo sacerdote; así que, no podemos asumir el sacerdocio. Debemos saber lo que significa el sacerdocio para nosotros y para Dios.

Llegamos ahora al sexto punto. Debemos ser formados como ejército. Este es un paso adicional. Como un grupo de hijos del Señor que somos, debemos ser formados en un ejército a fin de pelear la batalla para El en la tierra. ¡Oh, esto es grandioso! Si esto le atemoriza, quizás se vuelva atrás. En verdad, esto es algo de significado universal.

Hermanos y hermanas, todos estos asuntos los deben tomar en serio. Deben orar juntos diciendo: “Señor, ¿sabemos algo de experimentarte como el arca, el testimonio de Dios, con su ensanchamiento como Tu expresión?” Verifiquen esto con el Señor y aprendan por Su gracia a aplicar a Cristo en este mismo aspecto. Luego pregúntenle al Señor: “¿Tenemos alguna experiencia de Ti como el sumo sacerdote de manera que podamos asumir el sacerdocio entre Tu pueblo?” Por la gracia del Señor, conózcanlo y experimenténlo; apliquen a Cristo como la vida sacerdotal.

REQUISITOS PARA EL EJERCITO

Luego, después del sacerdocio, se necesita la formación del ejército. Por medio de asumir el sacerdocio, podemos ser formados como ejército espiritual para pelear por lo que le

interesa al Señor en la tierra. No obstante, hay algunos requisitos que debemos cumplir para ser formados como tal ejército. Primero, para ser formados como ejército, cada uno debe declarar su linaje, su genealogía, por supuesto no la física, sino la espiritual. Ninguna genealogía física serviría para esto. Debemos tener una genealogía espiritual. Los hijos de Israel tuvieron que declarar su origen. Tuvieron que dar el nombre de su padre y declarar a cuál familia y a cuál tribu pertenecían. Si no podían hacer tal declaración, si no podían afirmar su linaje, tenían que hacerse a un lado; no podían formar parte del ejército. Usted debe tener la vida espiritual. ¿Ha nacido de nuevo? Entonces, díganos su linaje. Al menos tiene que dar el nombre de su padre. Esto significa que debe verificar su nuevo nacimiento. ¿Tiene la certeza de que posee la vida espiritual? ¿Es un verdadero israelita? Debemos estar seguros de que hemos nacido de nuevo.

Recientemente tuve una conversación con un hermano joven. Le pregunté cuántos años tenía y me contestó que tenía trece. Luego le pregunté cuándo había sido salvo y me contestó que fue salvo cuando tenía nueve años. Le pregunté: “¿Cómo sabes que eres salvo?” “Porque me encontré con el Espíritu Santo; cuando tenía nueve años me encontré con el Espíritu Santo”. Pudo darme algo que expresó su origen espiritual para probar que había nacido de nuevo. Tenía la vida de un verdadero israelita. Tenía un comienzo. Esta es la primera condición para ser incluidos en el ejército.

Ahora el segundo requisito. Usted ha nacido de nuevo, tiene la vida, pero debe haber crecido hasta cierto punto; debe tener veinte años por lo menos (Nm. 1:3). Un soldado debe ser una persona con una vida madura. Los niños no pueden ser enviados a la guerra. Necesitamos tener la madurez espiritual de veinte años. Este es el crecimiento y madurez de la vida espiritual. ¿Pueden decir que entre ustedes hay algunos que verdaderamente han madurado, que pueden presentarse para pelear la batalla por el reino de Dios? Hay muchos cristianos en muchos lugares, pero parece que son como niños, que juegan con las cosas espirituales. Son muy jóvenes. Pueden decirle su linaje espiritual, pero no han crecido. Y

peor aún, aunque son niños, según su propia estimación son los mejores.

Un día la nieta de cierto hermano me dijo: "No me llame 'niña', ¡soy grande!" Sólo tenía tres años y le encantaba pensar en cuán grande era. ¿Se puede enviar a una niña así a la guerra? ¡Qué absurdo! Tenemos que crecer en la vida espiritual. Debemos crecer hasta cierto nivel para ser formados como ejército para pelear la batalla por el reino y el testimonio de Dios.

Quisiera repetir que esto no es una enseñanza. Hay que orar acerca de este asunto. Ore y recuerde que debe crecer hasta cierto nivel. Esta norma no puede ser rebajada. Debemos crecer hasta alcanzarla. Digo *crecer*, no *envejecer*. Si usted se hace viejo, será despedido; será jubilado del servicio espiritual. Sólo debe avanzar, no deteriorarse. Debe mantenerse firme en el ejército desde la edad de veinte hasta la edad de sesenta. Necesita estar lleno de experiencias, pero sin deterioro. En realidad, algunos todavía no han crecido, pero ya son viejos. Son jóvenes viejos. Debemos crecer hasta cierta etapa de vida para que conformemos el ejército. Este es el segundo requisito.

El tercero es que todos los israelitas tenían que estar bajo la bandera de su propia casa. Esto significa que no hay opciones. Si usted es de San Francisco, debe permanecer bajo la bandera de San Francisco. Si es de Los Angeles, tiene que permanecer bajo la bandera de Los Angeles. No hay opción. Tal vez usted nació en Los Angeles, pero se siente descontento con los hermanos y hermanas que viven en esa ciudad. Le gustaría mudarse. Cree que sería más feliz con los hermanos y hermanas de San Francisco. Pero el Señor dice: "Regresa; vuelve a la casa de tus padres; regresa a la bandera de esa casa". Esto quiere decir que sus gustos, deseos y preferencias personales deben ser eliminados. No hay preferencias personales entre el pueblo de Dios. No puedo decir que soy de la tribu de Judá, pero que no me gusta, que prefiero la de Benjamín. Debo quedarme bajo la bandera de Judá. Mi propio deseo tiene que ser limitado.

Consideré la situación actual entre los hijos del Señor. ¡Cuánta confusión hay! Aquellos que son de la tribu de "Judá"

se han colocado bajo la bandera de "Benjamín", y aquellos que son de la tribu de "Benjamín" se han pasado a la de "Manasés". Todo está en un estado de caos. Es imposible formar un ejército en tal situación. Es necesario tener la vida, tener el crecimiento y ser limitados por la bandera de la casa de nuestro padre. Esta es una lección estricta que tenemos que aprender.

En cuarto lugar, debemos estar en orden. Considere el cuadro de los hijos de Israel. En el centro estaba el arca con su ensanchamiento, el tabernáculo. Alrededor del tabernáculo acampaban los levitas, familia por familia. Luego, rodeándolos a ellos estaban las otras doce tribus ubicadas y acampando en su lugar. Guardaban el orden. Había un lugar para cada tribu. Se ordenaba que ciertas tribus acamparan al oriente, otras tribus al sur, otras al occidente y otras al norte. El orden del Señor incluye el asunto de sumisión. Si queremos mantener el orden, debemos aprender la lección de sumisión. Debemos someternos a alguien; de otra manera no habrá posibilidad de que se forme el ejército. Cuando crezcamos en vida para ser formados como el ejército de Dios a fin de pelear la batalla por Su reino, espontáneamente nos someteremos. Cada uno de nosotros se someterá a otros. Habrá un orden divino entre nosotros, y así será formado el ejército.

Esta es la manera de poseer la buena tierra, al Cristo todo-inclusivo. No puede tomar otro camino. La única forma es disfrutar a Cristo como el cordero, el maná, la roca con el agua viva, el arca con el tabernáculo, las ofrendas, el sacerdote para asumir el sacerdocio, y finalmente, por medio de crecer para ser formados como ejército.

El quinto requisito es que seamos siempre nuevos y jóvenes. Cuando empezamos a envejecer, debemos ser renovados. Cuando llegó el tiempo del segundo censo, todos los que habían estado en el primero ya habían envejecido. Por lo tanto, era necesario hacer otro censo. Los viejos se van y los nuevos vienen. Los hijos de Dios que pueden conformar un ejército y compartir la buena tierra, son los que continuamente son jóvenes y nuevos.

En realidad, no todo el pueblo de Israel fue formado como ejército. Hubo algunos que no podían porque eran mujeres.

En la Escritura la mujer simboliza ‘un vaso más débil’ (1 P. 3:7). Tipifican a los que son más débiles entre los hijos del Señor. Además, estaban aquellos que tenían menos de veinte años, los inmaduros. De ninguna manera son todos aptos para el ejército. No esperen que todos los hermanos y hermanas entre ustedes sean incluidos en el ejército. Es posible que haya sólo dos o tres, cuatro o cinco, nueve o diez. Tal vez sólo haya un pequeño grupo como núcleo. Pero, alabado sea el Señor, mientras haya unos pocos que en verdad tienen el crecimiento en la vida, ustedes tienen la base para ser formados como ejército. Pueden decirle al Señor que están en esa ciudad para ser un ejército que pelee la batalla para El.

No obstante, debemos entender claramente que antes de que podamos ser un ejército, debemos asumir el sacerdocio. Miremos el cuadro. En el centro está el arca con el tabernáculo. Luego, alrededor del tabernáculo está el sacerdocio. Despues, alrededor del sacerdocio está el ejército. Hay que moverse del centro hacia la circunferencia. Si no sabemos cómo mantener la comunión con el Señor, no podremos pelear. La lucha espiritual siempre depende de la comunión espiritual. Manteniendo el sacerdocio, podremos pelear la batalla. Si perdemos nuestra comunión con el Señor, no podemos hacer nada contra el enemigo; seremos vencidos.

En Números 4:3, 30, 35, 39, 43, la palabra hebrea que se traduce “servir” o “ministrar”, la cual está relacionada con el servicio del sacerdocio, es la misma palabra hebrea que se traduce “guerra” en Números 26:2, con respecto a la guerra llevada a cabo por el ejército. Los sacerdotes deben desempeñar su servicio en el tabernáculo, pero su servicio es llamado una guerra. Mientras sirven, pelean la batalla. En otras palabras, el servicio sacerdotal es la guerra. Si realmente estamos en el sacerdocio hoy, somos el ejército al mismo tiempo. Estar fuera del sacerdocio es estar fuera del ejército. Mantener el sacerdocio es mantener la guerra. El ejército siempre es guardado por el sacerdocio.

¿Tenemos el linaje espiritual? ¿Tenemos el crecimiento adecuado en la vida espiritual? ¿Aceptamos limitaciones con respecto a nuestros gustos, deseos y preferencias personales entre los hijos del Señor? Si podemos contestar que sí,

entonces debemos mantener el orden con sumisión y estar siempre en novedad. Así estaremos capacitados para asumir el sacerdocio y ser formados como ejército.

¡Oh, hermanos y hermanas, cuánto nos falta! Al marcar la lista, punto por punto, parece que cuando llegamos al quinto, tocante al sacerdocio, no podemos proseguir. Si no podemos pasar el quinto, ciertamente no pasaremos el sexto. Debemos orar. Debemos procurar aplicar a Cristo como el sumo sacerdote y aprender a asumir el sacerdocio. Entonces podremos avanzar para ser formados como el ejército del Señor a fin de pelear la batalla por el reino de Dios.

Tenemos que notar otra cosa más. El requisito para servir en el ejército es tener veinte años de edad, mientras que el requisito del sacerdocio es tener treinta años de edad. La duración del servicio en el ejército es de los veinte a los sesenta años, mientras que en el sacerdocio es de los treinta a los cincuenta. Tanto en el ejército como en el sacerdocio, se requiere pleno crecimiento sin ninguna clase de deterioro. El sacerdocio y también el ejército dependen del crecimiento en vida. Esto lo debemos tomar en serio. Tenemos que crecer; de otra manera, entre nosotros no habrá sacerdocio ni ejército. ¡Cuánto necesitan crecer los hijos de Dios! Que el Señor abra nuestros ojos y nos muestre cuánto necesitamos el crecimiento en vida. Sólo creciendo hasta cierto nivel podremos asumir la responsabilidad del sacerdocio y ser formados como ejército. Sólo entonces podremos ser organizados espiritualmente para ser un pueblo con el arca como nuestro centro, el tabernáculo como nuestro agrandamiento, y un pueblo en el que todos somos mantenidos en orden con sumisión. Es un cuadro hermoso. Entonces estaremos listos para cruzar el río Jordán y tomar posesión de la tierra.

Hemos hablado mucho acerca de la tierra todo-inclusiva, el Cristo todo-inclusivo. Esta es la forma de poseerla; ésta es la manera de entrar. Todo lo escrito en estos tres libros, Exodus, Levítico y Números, trata de los pasos para poseer la buena tierra. Podemos decir que hay seis pasos. Los dos primeros son relativamente fáciles de pasar. Los últimos cuatro son los que plantean un gran problema: el tabernáculo con el arca como su centro, las ofrendas, el sacerdocio y la formación

del ejército. Oremos y ejercitémonos profundamente delante del Señor para que avancemos en la vida espiritual, progresando de la experiencia de Cristo como el cordero y prosiguiendo hasta llegar a ser el sacerdocio y el ejército.

CAPITULO TRECE

COMO POSEER LA TIERRA

V. LOS FACTORES OPONENTES

Lectura bíblica: Lv. 10:1-3; Nm. 12:1, 2, 9, 10, 15 13:25—14:10; 16:1-3, 12-14; 21:5, 6; 25:1-5; 26:63-65; 1 Co. 10:1-6; He. 4:11

En este capítulo veremos más acerca de cómo poseer la tierra, considerándolo desde el lado negativo en lugar del lado positivo. Esto nos ayudará más.

LA INDEPENDENCIA Y EL INDIVIDUALISMO

Hemos visto que la manera en que el pueblo del Señor posee la buena tierra es como grupo, no como personas individuales. Esto significa que ninguna persona como individuo puede entrar en esta tierra. Esto no corresponde a un individuo; más bien, corresponde a un cuerpo colectivo. Esto lo hemos visto claramente. También debo recordarles una vez más que para entrar en la buena tierra el pueblo del Señor debe tener el tabernáculo. Lo primero que los hijos de Israel establecieron entre ellos fue el tabernáculo. Este mismo hecho indica gráficamente que la entrada a la tierra es un asunto corporativo, no un asunto individual. Para poseer la buena tierra, tenemos que ser edificados y todos debemos estar unidos en un solo cuerpo como el tabernáculo.

Hemos visto claramente que el disfrute de Cristo es una progresión, un desarrollo continuo. Hay un comienzo y hay un proceso; hay una manera de mejorar y avanzar. Comenzamos con el disfrute de Cristo como el cordero. Luego, al seguir adelante llegamos al punto de que Cristo es para nosotros el arca del testimonio con el aumento del tabernáculo. Este aumento, este agrandamiento del arca, es un grupo de

personas que han sido mezcladas con Cristo y edificadas juntas en la naturaleza divina. Son edificados en un solo cuerpo como la misma expresión de Cristo, quien es la manifestación y el testimonio de Dios. Es necesario entender claramente que en esta etapa, estas personas que continuamente han disfrutado a Cristo han llegado a ser uno. Ya no son sencillamente individuos; por medio del disfrute de Cristo han llegado a ser un solo cuerpo. Al principio parecía que disfrutábamos a Cristo separada e individualmente. Usted disfruta a Cristo como el cordero, y yo disfruto a Cristo como el cordero. Usted disfruta a Cristo en su casa, y yo en la mía. Todos disfrutamos a Cristo solos dondequiera que estemos. Pero cuando llegamos a la etapa de tener el tabernáculo erigido entre nosotros y de ser la expresión de Cristo por medio de disfrutarlo más y más, ya no podemos estar separados. Debemos reunirnos, ser unidos y edificados como un solo cuerpo. Las cuarenta y ocho tablas no pueden separarse nunca. Si se separan, el arca no estará en medio de ellas como su contenido. No habrá lugar para el arca como testimonio de Cristo.

Si nosotros como un grupo del pueblo del Señor queremos seguir adelante para disfrutar a Cristo en una forma más sólida que el cordero redentor y el maná diario, si queremos disfrutarlo como el testimonio de Dios, debemos ser edificados en un solo cuerpo como el tabernáculo bajo la cubierta de la plenitud de Cristo. Debemos ser uno. En esta etapa debe haber alguna unidad entre los hijos del Señor. Esta unidad es el tabernáculo como el ensanchamiento del arca. Nunca podremos avanzar mucho por nuestra propia cuenta, en una manera separada e individual. Así sólo podemos recibir a Cristo como nuestro Redentor, podemos disfrutarlo un poco día tras día como el maná, y aun lo podemos disfrutar como la roca de la que fluye el agua viva; como individuos en verdad podemos disfrutar a Cristo hasta tal punto. Pero no podemos ir más allá y disfrutar a Cristo en una forma más sólida. No podemos disfrutarlo como el arca del testimonio de Dios, ni mucho menos como la tierra. Compare el arca con la tierra. Considere el tamaño del arca y mire cuán vasta es la tierra. ¡Hay una gran diferencia! La tierra es

inescrutable e ilimitadamente grande. ¡Las dimensiones de la tierra son la longitud, la anchura, la altura y la profundidad de Cristo! No obstante, si no podemos disfrutar a Cristo como el arca, está claro que nunca podremos disfrutarlo como la tierra. Y no podremos experimentar a Cristo como el arca sino hasta que hayamos sido edificados con el pueblo de Dios. No es posible seguir adelante como una tabla separada.

En el edificio del Señor, todos los números y dimensiones siempre incluyen el cinco o el tres. Es así en toda la obra de edificación hecha por Dios a lo largo de las Escrituras: en el arca de Noé, en el tabernáculo, en el templo de Salomón, y en el templo descrito en Ezequiel. Todos los edificios usan los números básicos cinco y tres. ¿Por qué? Porque el número tres representa al Dios Triuno en resurrección. Y el número cinco consiste en cuatro, el número que representa la creación, más uno, el Creador; la criatura más el Creador son cinco. El hombre más Dios llega a ser el Dios-hombre que toma la responsabilidad. Por lo tanto, el número cinco representa a Dios y al hombre, al hombre y a Dios, juntos como uno para tomar la responsabilidad. En todas las dimensiones del tabernáculo vemos estos dos números, cinco y tres, lo cual significa que el edificio de Dios está constituido del Dios Triuno en resurrección mezclado con el hombre. Notemos ahora: el ancho de las tablas no era de tres codos, sino de un codo y medio, o en otras palabras, la mitad de tres. Esto es de lo más significativo. Quiere decir que usted no es una persona completa; sólo es una mitad. Debe unirse a otra persona. El Señor Jesús siempre enviaba a Sus discípulos de dos en dos. Saulo y Bernabé fueron enviados juntos, no separados. Pedro y Juan servían juntos. Siempre era de dos en dos. Si usted va solo, solamente va una mitad.

Por ejemplo, cuando un hermano llega a la reunión podemos decir que sólo es una mitad. Cuando la esposa entra algunos minutos después, allí está la otra mitad. Cuando se sientan juntos, tenemos algo completo.

Queremos imprimir esto en su corazón, que usted no es una unidad completa; sólo es una mitad. Necesita estar coordinado en el Cuerpo. Nunca puede ser simplemente un individuo. Si es individualista, sufrirá daño.

Es bastante difícil aprender esta lección. Se hace mucho hincapié en la independencia y en el individualismo, y los hijos del Señor han sido afectados por esto. Pero como el pueblo del Señor no podemos ser independientes. Si lo somos, nos suicidamos espiritualmente.

Supongamos que mi oído pudiera decirle a mi cuerpo: "No quiero estar unido a ti. Quiero estar separado e independiente". ¿Cuál sería el resultado de su independencia? Sería la muerte del oído. Como miembros del Cuerpo del Señor, debemos estar unidos a otros, no en teoría, sino en realidad y prácticamente. El oído debe estar unido a un pedazo de piel, y ese pedazo de piel debe estar unido a otra parte, esa parte a otra más, y así sucesivamente hasta tener todo el cuerpo. Ninguna parte puede ser independiente de las demás. Tenemos que ver esta realidad. No es un pensamiento o enseñanza bonita, sino una realidad.

Procuremos aplicar este principio a nosotros mismos en una forma práctica. Usted es un miembro del Cuerpo de Cristo. ¡Alabado sea el Señor, hemos sido regenerados como miembros de Su Cuerpo! ¿Puede usted decirme con quién está unido prácticamente? ¿Puede mencionar el nombre de un hermano o de ciertos hermanos con quienes usted es realmente uno, con quienes usted es interna y prácticamente uno? Tal vez conteste que está unido a la Cabeza del Cuerpo. Pero si mi pie contestara así, estaría en una posición equivocada. Debe haberse desprendido del extremo más bajo de mi cuerpo y unido directamente a mi cabeza. Pero el arreglo de Dios no es ése. El Señor no le pidió a Pedro que fuera con El como par. Dios no le pidió a Pablo que fuera con Cristo como par. Usted debe ser unido con otra persona además de Cristo, con algún miembro que no sea la Cabeza.

A dondequiera que voy, si es posible, hablo de este asunto. Pero es casi imposible oír la respuesta: "Hermano, gracias al Señor, estoy definida y prácticamente unido con cierto hermano". Si usted vive en Chicago, no puede decir que está unido con todos los santos de Chicago. En la práctica no lo está. Si dice esto, quiere decir que no está unido con nadie. Debemos estar unidos de modo definido, y edificados de modo práctico, con ciertos hermanos y hermanas.

Supongamos que tuviéramos aquí el tabernáculo con sus cuarenta y ocho tablas y que pudiéramos preguntarle a la primera tabla con quién está unida. Sin vacilar contestaría que está unida a la tabla número dos, y podríamos ver claramente que es cierto. Supongamos que después pudiéramos preguntar a la tabla número dos, a quién está unida. Inmediatamente contestaría que por un lado está unida a la tabla número uno y por otro está unida a la tabla número tres; podría mencionar los nombres de tablas definidas con las cuales está unida. Todas las tablas podrían contestar lo mismo; de ahí que todos están en una composición tal que forman la morada de Dios.

Hermanos y hermanas, si pueden contestar que está definida y prácticamente relacionados y unidos con ciertas personas, es una maravilla de maravillas. Se así es, podemos realmente alabar al Señor. El Señor bendecirá su localidad en gran manera.

Durante los últimos treinta años, puedo testificar que por la gracia del Señor he estado verdaderamente unido con otros hermanos y hermanas. Si usted me preguntara, o aun si Satanás me preguntara, a quién estoy unido, inmediatamente podría señalar a ciertas personas. Podría decir: "Estoy unido en una manera real, definida y práctica con estos hermanos y hermanas en el Señor". ¡Oh, esto es una amenaza para el enemigo! ¡Cómo aborrece él esto! Donde haya dos o tres que realmente estén unidos, es una maravilla y un testimonio para todo el universo. Dos que han sido unidos realmente, nunca pueden separarse; no podrán actuar nunca más como individuos.

¡Oh, debemos aprender esta lección! Esta es la manera de poseer la buena tierra. Esta es la manera de entrar en el Cristo todo-inclusivo. Usted debe darse cuenta de que por sí solo no puede avanzar más en el disfrute de Cristo. A lo sumo puede disfrutarlo como el cordero, el maná y la roca. Eso es todo. Luego no habrá más. Si quiere disfrutarlo más, debe ser una tabla, una de las muchas tablas que han sido unidas. ¿Cómo puede disfrutar a Cristo como el arca, como el testimonio de Dios y el tabernáculo como el agrandamiento del arca, si no está unido en el tabernáculo? Si no está edificado en el

tabernáculo, está separado, excluido. Usted no tendrá nada en cuanto al disfrute de Cristo más avanzado y sólido. Cuando el tabernáculo se erigió entre los hijos de Israel, el Señor no estaba lejos por allá en los cielos, ni estaba en el desierto; se encontraba en el tabernáculo, en "la tienda de reunión". Hoy en la realidad espiritual, Cristo se encuentra en la edificación práctica de los santos en El, quienes son Su morada. Si quiere disfrutarlo como el arca, debe ser una tabla unida con otras para ser el tabernáculo. El no sólo es el cordero; ahora es el arca. No sólo es un pedacito de maná; ahora es el arca. ¿Y dónde está Cristo como el arca? El está en el tabernáculo.

En verdad es lamentable que sean tantos los cristianos que nunca han entrado en el tabernáculo. Hace veinte años, disfrutaban a Cristo día tras día como pedacitos de maná, y aún hoy lo disfrutan como tal y nada más. Están satisfechos con esto. No obstante, en lo más profundo de su ser, no lo están. Hace veinte años, estaban verdaderamente satisfechos disfrutando a Cristo como el maná, pero hoy ya no. Hace veinte años, estaban muy frescos y renovados; vivían en novedad de vida en Cristo. Pero hoy, si uno se encuentra con ellos, notará que están llenos de vejez; su cara está llena de arrugas. Siguen repitiendo la misma historia: "Oh, cuán bueno es el Señor para mí todos los días como el maná diario". Pero al contarlos, se puede oler la vejez y ver las arrugas. Sí, disfrutan a Cristo. Es muy bueno, pero es algo ya viejo. Ya no es tan dulce, ni tan nuevo y fresco.

Hermanos y hermanas, tanto ustedes como yo tenemos que seguir adelante; hay que avanzar en el disfrute de Cristo. Debemos tener novedad de vida, novedad de Espíritu, y la frescura y dulzura de un disfrute de Cristo que va siempre profundizándose y enriqueciéndose. Aun si permanecemos aquí con el disfrute del arca y después de dos años todavía decimos cuánto disfrutamos a Cristo como tal, se sentirá la vejez. Si en los años venideros continuamente hablamos de Cristo como el testimonio, la explicación y la manifestación de Dios, ciertamente se sentirá que nos hemos hecho viejos. No se olerá el dulce aroma, sino un olor rancio. Ustedes se alegran cuando los niños de dos años se acercan a preguntar: "¿Cómo está usted?" La frescura y la novedad de vida están

en sus palabras; pero las mismas palabras, cuando salen de la boca de una persona de veintidós años, ya son viejas. Les falta la frescura, la novedad.

Necesitamos avanzar. No debemos estar satisfechos con nuestra condición actual. Hay mucho más de Cristo delante de nosotros para disfrutar. Pero en este punto decisivo, si quiere disfrutar a Cristo como el arca del testimonio de Dios, le será imposible mientras sea individualista. Usted está terminado, acabado. Debe someterse para decir: "Señor, aquí estoy. Necesito unirme con algunos de Tus hijos. Señor, guíame, señálame a quiénes debo unirme. Estoy en esta ciudad; no estoy en la Nueva Jerusalén. Muéstrame a aquellos a quienes debo estar unido y con quienes debo estar relacionado definida y prácticamente en esta localidad y en esta era". Tal vez algunos digan que les gustaría estar unidos con el apóstol Pablo o con Pedro. Pero siento decirlo, ellos no están aquí ahora. Usted debe unirse a aquellos que el Señor ha puesto en su localidad. Debe ser sumiso. Tal vez el Señor lo ponga con un hermano peculiar y le diga que tiene que unirse a él. El Señor le dirá que es su hermano querido, aquel al que debe unirse. Usted probablemente responderá: "Señor, él es demasiado peculiar. ¡No puedo soportarlo!" Pero el Señor contestará: "¡Ese es! No hay alternativa. Recíbelo". Aprenda la lección. Esta es la bendición más grande, y ésta es la lección que debemos aprender para tener la verdadera edificación del Señor.

Detesto la situación actual entre los hijos del Señor. Parece que no hay casi nadie que se someta a otros. No hay sumisión; y por lo tanto no hay edificación. Cuando el tabernáculo se erija, la gloria de Dios lo llenará inmediatamente. ¿Por qué hoy en día hay tantos grupos de hijos del Señor, pero no se ve la gloria de Dios? Porque no hay edificación ni verdadera unidad. Tal vez usted se reúna continuamente con el pueblo del Señor sin jamás unirse a nadie. Se está reuniendo, reuniendo, reuniendo, pero es una persona individualista. No digo "una persona individual" sino "una persona individualista". No hay edificación entre usted y los demás; así que, no puede disfrutar ni experimentar al Señor en una manera más avanzada. Usted está acabado en todo lo que concierne a una

experiencia más avanzada del Señor. No quiero decir con esto que se condenará, pero en cuanto a la experiencia del Señor, no puede seguir adelante sino hasta que esté dispuesto a unirse con otros. Si está dispuesto a unirse con otros, habrá edificación entre usted y los hijos del Señor, y el tabernáculo cobrará existencia en su localidad. Usted disfrutará a Cristo en una forma más sólida, como el arca dentro del tabernáculo.

Inmediatamente después del tabernáculo, como ya lo hemos visto, llegamos al sacerdocio. El sacerdocio no es el ministerio ni el servicio de ningún individual, sino el servicio del Cuerpo. Ninguna persona como individuo puede ser sacerdote; no hay tal clase de sacerdocio en el Antiguo Testamento. El sacerdocio no significa individualismo, sino un cuerpo colectivo. Con usted mismo, como individuo, el sacerdocio no existe. Usted por sí solo no puede decir: "Soy un sacerdote". Si está unido a sus hermanos y hermanas, puede decir: "Somos sacerdotes". Pero si está aislado y viene a ser un simple individuo, nunca puede decir que es sacerdote. Considere el Antiguo Testamento, que es el cuadro de la realidad. Ninguna persona individual podía actuar solo, como sacerdote individual. El sacerdocio es una entidad corporativa.

Después llegamos al ejército. ¿Sería posible que usted solo constituya un ejército? ¡Claro que no! Tampoco podrían hacerlo varios individuos separados. Un ejército se constituye de una cantidad de personas que forman una sola unidad y que actúan como uno. Hoy día algunas personas sostienen que si hay dos o tres reunidos en el nombre del Señor, es suficiente. Pero, ¿es suficiente tener dos o tres para formar un ejército? Para formar un ejército se necesita una multitud, cuanto más grande sea la cantidad, mejor.

Si sólo dos o tres hermanos y hermanas me invitan a hablarles, estaré contento de hacerlo. Sin embargo, si lo hago, después de poco tiempo terminaré de hablar; no tendré más que decir. Pero si me dieran una congregación más grande —digamos, algunos centenares o millares de personas— podría hablar por varias horas sin parar.

Dos o tres no son suficientes. Se necesita un buen número de hermanos y hermanas, cuantos más mejor. Nunca estén

satisfechos con dos o tres. Debemos estar unidos con los hermanos en el Señor; debemos estar unidos con el pueblo de Dios.

En el mundo hoy, ¿por qué es Estados Unidos la nación número uno? ¿Por qué es la nación más poderosa? Porque tiene cincuenta estados unidos. Si fueran sólo dos o tres estados, por ejemplo, Missouri, Iowa e Illinois, ¡cuán débil sería el país! Pero hay cincuenta estados, unidos todos bajo un solo gobierno; por lo tanto es una gran potencia.

¡Oh, cuánto quiere el enemigo sutil dañar el ejército de Dios! Hay tantos hijos de Dios, pero no hay un ejército. Es realmente difícil encontrar en cualquier lugar un ejército formado entre los hijos del Señor; por lo tanto son sumamente débiles. La nación de los Estados Unidos es poderosa porque está unida como una. Pero, ¿qué podemos decir de los cristianos? Consideremos la situación que existe entre los hijos del Señor que viven en una misma ciudad o área, sin mencionar la de todo el país o el mundo. ¡Es una lástima, una vergüenza! No hay unidad ni formación. Algunas personas se oponen a cualquier clase de unidad o formación. No estoy hablando de formación u organización humanas, sino de una edificación divina, una unidad verdadera y práctica entre los hijos de Dios. En muchos lugares oímos a los cristianos decir: "En tanto que dos o tres de nosotros podamos congregarnos —dos o tres aquí y otros dos o tres allá— estamos bien y eso es suficiente". ¡No, hermanos y hermanas! ¡Estamos en contra de eso! Debemos estar unidos con los hijos del Señor como un ejército. Debemos pelear la batalla, no sólo con dos o tres; uno debe estar con un grupo de hijos del Señor, un buen número de ellos, un número suficiente. Les ruego en el Señor que paguen el precio por la unidad con los hijos del Señor. Abandonen todas sus opiniones. Si el pueblo del Señor reconoce al Cristo todo-inclusivo y está dispuesto a tener una verdadera expresión para El, será suficiente. Debemos pagar cualquier precio para obtenerlo. No debemos insistir en nada más que en el Cristo todo-inclusivo y Su verdadera expresión. Unámonos con los hijos del Señor y formemos un ejército fuerte.

Este asunto es una carga profunda para mí, tanto que algunas veces me siento fuera de mí mismo. Esto es todo lo que sé; mi mente y todo mi ser están entregados a este asunto. Oh, hermanos y hermanas, ¡cuánto necesitamos cooperar con el Señor para que pueda recobrar estas cosas! Dejemos que el Señor nos forme como ejército prácticamente para pelear hoy la batalla para El. No hablen con tanta facilidad acerca de la batalla con Satanás. La batalla está de inmediato en frente de ustedes. ¡Esta es la batalla! ¡Aquí está la batalla! Hay que lucharla, pero no individualmente.

Antes de salir a pelear, debemos ser formados con otros, y para esto debemos ser sumisos. Debemos comenzar sometiéndonos a otros. Si no podemos someternos, nunca podremos ser formados, nunca podremos ser edificados. ¡Sumisión! Hay una gran necesidad de sumisión entre los hijos del Señor. Hoy en verdad es un día de rebelión; todo el mundo está lleno de rebelión. En las familias, en las escuelas, en la sociedad, en el gobierno, todos están en rebelión. Usted y yo, que somos hijos de Dios y estamos siendo formados como ejército para pelear la batalla por Su reino, debemos aprender a someternos. En contra de la corriente del mundo entero, nosotros debemos aprender la lección de sumisión. Debemos someternos a otros y aprender a decirles "sí". Con esto no quiere decir que seamos los que se conforman con cualquier cosa, sino que aprendamos a decir "sí" a otros, en lugar de "no". Hoy es muy fácil decir "no". La gente dice "no" a todo y a todos. Parece que casi siempre la primera palabra que los niños aprenden a decir es "no". Pero no debemos decir "sí" en una forma falsa, sólo con la boca y no con el corazón. Nuestro "sí" debe ser un "sí" de sumisión, que procede de un corazón sincero. "¡Sí, hermano! ¡Sí, hermana!" Sométase a los demás y aprenda a decir "sí". ¿Qué el Señor nos libre!

En la mayoría de las grandes ciudades hay miles de cristianos, pero ¿dónde está el ejército, el tabernáculo, el sacerdocio? Es una lástima. ¿Qué puede hacer el Señor? No hay unidad, ni sumisión, ni formación, ni edificación, ni tabernáculo, ni sacerdocio, ni ejército. No existe la verdadera morada para el Señor sobre la tierra. No existe el verdadero servicio para el Señor, porque no hay sacerdocio. No existe la verdadera

batalla por el reino de Dios, porque no existe un verdadero ejército. Estamos aquí para recobrar estas cosas.

Debemos ser formados como ejército por medio de la sumisión. El ejército siempre está sujeto al sacerdocio, y el sacerdocio siempre acompaña el tabernáculo. Estas tres cosas siempre van juntas. Donde hay un tabernáculo, existe un grupo de sacerdotes. Entonces, alrededor del grupo de sacerdotes, está el pueblo que forma el ejército. Este es el cuadro de la realidad que debemos experimentar: el tabernáculo, el sacerdocio y el ejército. Si no hay tabernáculo, desaparece el sacerdocio; sin el sacerdocio no existe el ejército del pueblo. El ejército depende del sacerdocio, y éste está relacionado con el tabernáculo. ¿Qué es el tabernáculo? Es el lugar donde está la misma presencia del Señor entre Su pueblo. Si no hay tabernáculo, no está la presencia del Señor; la presencia del Señor no puede estar ni ir con nosotros. El Señor prometió que Su presencia iría con nosotros, pero debemos saber claramente dónde habita Su presencia. Su presencia mora en el tabernáculo. Si tenemos el tabernáculo, Su presencia mora con nosotros. Si no tenemos el tabernáculo, todo ha terminado; la presencia del Señor se ha ido.

¡El tabernáculo, el sacerdocio y el ejército! Hermanos y hermanas, ¿tienen estas cosas entre ustedes? Si no es así, no están calificados; algo les falta todavía. No pueden seguir adelante para tomar posesión de la tierra. Debemos ser preparados con estos requisitos. Debemos tener toda la experiencia del tabernáculo, del sacerdocio y del ejército. En estas cosas, nada hay de individualismo. Todas requieren un cuerpo colectivo.

FUEGO EXTRAÑO

Para mantener el tabernáculo, el sacerdocio y el ejército, además de evitar el individualismo, debemos tener sumo cuidado para evitar las siguientes cosas que ocasionan grandes daños. La primera es el fuego extraño. Nunca debemos ofrecer fuego extraño a Dios. ¿Qué es fuego extraño? Es nuestro entusiasmo natural; es el fervor de nuestras emociones naturales, el celo natural de nuestro corazón. Esto trae muerte inevitablemente. Mata nuestra vida espiritual y daña

el sacerdocio. Los dos hijos de Aarón, Nadab y Abiú, ofrecieron fuego extraño, no de mala voluntad, sino con una buena intención. No obstante, era un fuego extraño. El Señor había ordenado que el fuego para quemar el incienso se tomara del altar de las ofrendas, para que el incienso fuera acepto delante de El. Pero ellos no usaron el fuego del altar; usaron un fuego extraño. Esto significa que su celo natural, su entusiasmo natural, no había sido tratado por la cruz. Este es un asunto sumamente vital. Debemos ser tratados por la cruz. Nuestro celo natural debe ser aniquilado por la cruz.

REBELION

La segunda cosa que debemos evitar es la rebelión en contra de la autoridad. Miriam y Aarón, los hermanos mayores de Moisés, se rebelaron contra Moisés, quien en ese entonces era la autoridad. Sí, Moisés había hecho algo que no estaba bien; se había casado con una mujer gentil. Sin duda, estaba equivocado. Esa fue su falta, y Miriam y Aarón tomaron esto como base para oponérsele. Sin embargo, no importa lo que Moisés hubiera hecho, Miriam y Aarón debían reconocer la autoridad, y Moisés lo era. A pesar de todo lo que vieran, no debían rebelarse contra la autoridad. Esto mismo es lo que daña la unidad, el sacerdocio y la formación del ejército. Por supuesto, como líderes debemos tener cuidado; no debemos hacer nada de lo tipificado por el matrimonio de Moisés con una mujer gentil. Pero por otra parte, y esto es más importante, usted y yo debemos aprender a nunca ser rebeldes.

Tal vez en su ciudad haya una iglesia local, una expresión del Cuerpo del Señor, y en esa iglesia hay tres o cuatro hermanos responsables. Usted tiene que entender que ninguno de nosotros es cien por ciento perfecto. Todos tenemos por lo menos una falta. Los ojos de usted no deben abrirse tanto para mirar a los ancianos; más bien, deben abrirse para mirar al Señor. No ponga sus ojos en los ancianos para escudriñarlos. Si lo hace, esto significa que usted es una persona rebelde. Se hará daño a usted mismo.

Consideré el caso de Miriam y Aarón. ¿Tenían razón o no en lo que dijeron en contra de Moisés? Sin duda alguna, estaban en lo correcto, y Moisés no lo estaba. Moisés, como siervo del Señor, dio pie a la acusación de ellos. No obstante, cuando Miriam y Aarón aprovecharon aquello y se rebelaron contra la autoridad, trajeron sobre sí el juicio de Dios. Inmediatamente apareció la lepra, y aunque después fue quitada, más tarde murieron en el desierto.

En los últimos años he visto a muchas personas que se han vuelto “leprosas” a causa de su rebelión contra los siervos del Señor. ¿Estaban los siervos del Señor en lo correcto? Yo no diría eso. Admito que en cada uno hay al menos una falla. Pero las faltas de los siervos del Señor son pruebas para nosotros. Ellas prueban dónde estamos en el camino y lo que tenemos en nuestro corazón. ¿Y qué decimos del corazón de usted? Será probado, no por la bondad de los siervos del Señor, sino por las faltas de ellos.

Hermanos y hermanas, guarden esta palabra en su corazón. Es una advertencia. Estoy bien consciente de que llegará el día cuando no estarán tan contentos con aquellos que están entre ustedes para dirigirlos. Ustedes dirán: “¿Qué es esto? ¡Mire lo que han hecho los hermanos dirigentes en la iglesia!” Esto es una prueba para ustedes. Si los acusan y se rebelan, se volverán leprosos. Los más sucios no serán ellos, sino ustedes mismos. Más tarde ustedes morirán por el camino en el desierto, como Miriam y Aarón; nunca podrá seguir adelante para participar de la buena tierra todo-inclusiva.

Más tarde en las jornadas de los hijos de Israel, hubo otra rebelión, esta vez en una escala más grande. Coré se levantó con más de doscientos príncipes de entre la congregación para rebelarse en contra de Moisés y Aarón, y trajeron la muerte no sólo sobre sí mismos sino también sobre casi toda la congregación. Miles de personas murieron a consecuencia de esa rebelión. La unidad, el sacerdocio y el ejército del pueblo del Señor sufrieron daño. Necesitamos tal advertencia.

Creo que muchos de ustedes tienen un corazón sincero ante el Señor para Su testimonio hoy. Pero debemos recordar que tenemos una naturaleza rebelde dentro de nosotros. Algún día, tarde o temprano, será probada. Si nos

rebelamos, seremos cortados espiritualmente, y hasta cierto punto mataremos el testimonio, el sacerdocio y el ejército.

INCREDULIDAD

La tercera cosa que debemos evitar es la incredulidad. De seguro nos matará. Recuerde cómo los espías que reconocieron la tierra de Canaán regresaron hablando mal de la tierra. Por un lado dijeron que la tierra era excepcionalmente buena, pero por otro dijeron que era imposible entrar en ella. Dijeron que los que allí moraban eran gigantes y que las ciudades eran fortificadas y grandes. Afirmaron que Israel nunca podría conquistar esa tierra, y si trataba, sería totalmente vencido y devorado.

Con mucha frecuencia el enemigo, el maligno, nos dice lo mismo en nuestro interior. Dice: "No hables del Cristo todo-inclusivo. El es bueno y maravilloso. Pero es absolutamente imposible que entres en El". Me temo que aun al estar leyendo estas páginas, se lo está susurrando al oído. "Ni pienses que puedas entrar en la buena tierra; está mucho más allá de tu alcance. Nunca lo lograrás". Ese pequeño diablo escondido en muchos de nosotros está esperando la oportunidad de inyectarnos su veneno mortal. No le crea nunca. Le va a decir: "Los que allí moran son gigantes y las ciudades fortificadas hasta el cielo. Serás vencido. Ya lo sabes". Hebreos 3 nos dice que éste es un corazón malo de incredulidad. Es un corazón ocupado por el maligno; así que, es llamado un corazón malo. Debemos orar: "Señor, quiero un corazón bueno, un corazón lleno de fe. Yo no puedo entrar en la tierra, ¡pero Tú sí!" Mayor es el que está en nosotros, que el que está en el mundo. Yo mismo no puedo hacerlo, pero Cristo sí puede, y El está en mí. Debemos tener fe en el poder de Su resurrección. Dios es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, y de todo lo que soñemos o imaginemos. Dios lo hará; Dios lo logrará. Sigamos el ejemplo de Josué y Caleb. Tenían corazones llenos de fe. Pudieron decirle al pueblo: "Subamos luego, y tomemos posesión de ella; porque más podremos nosotros que ellos".

Hermanos y hermanas, debemos tener mucho cuidado y evitar toda incredulidad. Me preocupa profundamente, que

después de leer tanto acerca del Cristo todo-inclusivo, algunos de ustedes tengan un corazón de incredulidad. Tal vez no sea manifiesto ahora, pero más tarde serán probados. Quizás al ir caminando por la calle se dirán: “¡Cómo es esto! ¿Quién puede lograrlo? ¿Quién puede disfrutar a este Cristo todo-inclusivo? ¡Yo, no! ¡Jamás podré!” Este es un corazón malo de incredulidad. ¡Tenga cuidado! ¡Es necesario velar y orar en contra de eso!

Muy cierto es que en su propia fuerza natural nunca podrá obtener la buena tierra. Solamente es posible con el poder de la resurrección. Sólo el poder que resucitó a Cristo de entre los muertos y que lo puso por Cabeza sobre todas las cosas, puede introducirlo a usted en la buena tierra. Pero, alabado sea el Señor, ¡este poder está en nosotros! Este poder continuamente es transmitido a nosotros por medio del Espíritu Santo que mora en nuestro interior. ¿Somos lo suficientemente fuertes? ¡Aleluya, lo somos!, no en nosotros mismos, sino en El; no en la carne, sino en el Espíritu. ¡Lo lograremos en el Espíritu! ¿Lo creen, hermanos y hermanas? ¡Aleluya! ¡Debemos tomar la tierra! No se desanimen nunca; ¡la tierra es nuestra! Nunca piense que es demasiado joven. Ayer lo era, pero hoy no. ¡Crea con plena seguridad de fe! ¡Cristo está en usted! ¡Usted ha sido unido al Dios todopoderoso! Día tras día Su Espíritu le transmite a usted todo lo que Dios es y todo lo que Dios tiene. El lo hará todo en lugar de usted. Mientras mantenga su comunión con El, podrá entrar en la tierra.

Habrá batallas que pelear. Pero la batalla es para el enemigo; para ustedes será un descanso. Para él la batalla es una derrota, pero para ustedes es pan. Josué y Caleb dijeron al pueblo: “Ni temáis ... porque nosotros los comeremos como pan”. El enemigo será nuestro pan; podemos ir y devorarlo. Si no entramos en la batalla, tendremos hambre. El maná diario no es suficiente; debemos tomar al enemigo y devorarlo. El enemigo será nuestro alimento, y devorarlo será nuestra satisfacción. Hermanos y hermanas, ustedes y yo debemos tener la fe viviente para seguir adelante, entablar la batalla y devorar al enemigo. Cuanto más devoren, más satisfechos se sentirán. El enemigo derrotado es el mejor pan, y el pan más sabroso. Crucemos el Jordán y tomemos a Jericó. Devoremos

toda la ciudad como un plato delicioso. ¡Estaremos totalmente satisfechos! Necesitamos esa clase de fe para tal batalla.

CONEXIONES MUNDANAS

Pero, recuerde, el enemigo es sutil. Utilizará los medios más sutiles para estorbarnos y oponérsenos. En contra de Israel usó a Balaam, un profeta gentil, para hacer que los israelitas se unieran al mundo y cometieran fornicación. El mundo siempre daña al ejército de Dios. Debemos estar siempre en oración. Debemos ser vigilantes contra cualquier conexión mundana. Cuando el enemigo no puede hacer nada más para dañarnos, se introduce en la forma más sutil para engañarnos y hacernos formar una unión con algo mundial. Para nosotros tal vez estas cosas no parezcan mundanas; tal vez parezcan muy legítimas y apropiadas. Sólo podemos escapar estando en continua comunión con el Señor. Si somos atrapados por alguna unión con el mundo, ya sea el mundo secular o el religioso, quedaremos sin poder alguno. Que el Señor nos conceda gracia para tomar esto como advertencia.

MURMURACIONES

Además, siempre tengamos cuidado de no murmurar en contra del Señor como lo hicieron los hijos de Israel. Debemos siempre cantar Sus alabanzas. No importa cuán arduo sea el camino, ni cuánta dificultad encontraremos, siempre demos gracias al Señor. Este es el camino a la victoria.

Recuerde todo esto: nunca ofrezca fuego extraño, nunca se rebele, abandone el corazón malo de incredulidad, esté alerta en contra de cualquier unión con las cosas mundanas, y nunca murmure en contra del Señor. Si hacemos esto, estaremos listos para pasar a tomar la tierra. ¡Seremos victoriosos!

CAPITULO CATORCE

ENTRAR EN LA BUENA TIERRA

Lectura bíblica: Jos: 1:1-6; 4:1-3, 8, 9; 5:2, 7-9, 10-12, 13-15; 6:1-11, 15, 16, 20; Col. 2:12; 3:1-5; Ef. 6:12, 13; 2 Co. 10:3-5

Ahora estamos listos para entrar en la buena tierra. Hemos disfrutado del cordero de la pascua en Egipto, hemos salido de Egipto y cruzado el mar Rojo, hemos disfrutado a Cristo como el maná diario y como la roca de la que fluye agua viva, y hemos experimentado a Cristo como el arca, el testimonio de Dios. En esta etapa, somos edificados como Su agrandamiento y Su expresión, llegando así a ser Su tabernáculo. No sólo *tenemos* el tabernáculo, sino que *somos* el tabernáculo. Somos la expansión, el aumento de Cristo. Estamos edificados, apoyados en la base sólida de Su redención y cubiertos con la plenitud de Cristo. Estamos fuertes y sólidos. Somos uno en Cristo, quien es la manifestación de Dios. Además, sabemos cómo disfrutar a Cristo una y otra vez como las varias ofrendas. Por lo tanto, tenemos el sacerdocio y somos sacerdotes. Además, hemos sido formados bajo el sacerdocio para ser el ejército, el ejército divino que peleará la batalla por la buena tierra. Estamos preparados para luchar y vencer al enemigo. Las huestes de Jehová se han preparado al disfrutar todo lo de Cristo.

Oh, hermanos y hermanas, después de haber pasado por todas estas experiencias, delante de nosotros todavía hay algo más maravilloso: la buena tierra, el Cristo todo-inclusivo. Comenzamos con el pequeño cordero, y finalmente llegamos a la tierra de Canaán, el Cristo todo-inclusivo. ¡La tierra todavía está por delante! Hemos disfrutado a Cristo, lo hemos poseído y lo tenemos; no hay duda de ello. Y aún lo estamos disfrutando. No obstante, en frente de nosotros hay más

de Cristo. Un Cristo mucho más grande está esperando que lo poseamos, porque la meta que Dios nos ha puesto delante es el Cristo todo-inclusivo. No debemos detenernos antes de llegar a la meta.

POR MEDIO DE TOMAR LA PALABRA DEL SEÑOR

Supongamos, pues, que estamos listos para entrar en la tierra. Hemos sido formados como ejército, y ahora somos las huestes divinas y gloriosas de Jehová. ¿Qué debemos hacer? En primer lugar, debemos tomar la Palabra del Señor. El Señor le dijo a Josué: "Ahora, pues, levántate y pasa este Jordán, tú y todo este pueblo, a la tierra que yo les doy a los hijos de Israel. Os he entregado ... todo lugar que pisare la planta de vuestro pie". El Señor lo ha prometido, pero debemos poseerlo. Nos lo ha dado, pero debemos experimentarlo. Es nuestra porción, pero debemos tomarla. Debemos tener la fe; debemos tener la confianza, la plena seguridad. En el presente no es nuestra posesión, pero el Señor hará que la tomemos y la poseamos. Debemos creerle y darle nuestra cooperación. ¿Loharemos? Levantémonos hoy y salgamos a poseer la tierra. ¡Alabado sea el Señor, la tierra es nuestra! ¡Tomémosla, no mañana, sino hoy! Nunca diga "mañana". En nuestra incredulidad siempre decimos "mañana, mañana, mañana". ¡El "mañana" pertenece al diablo! En la fe no existe el mañana; siempre es hoy. ¡El día de hoy es nuestro! ¡Hermanos y hermanas, debemos tomarla hoy! Esto es lo primero que hay que hacer. Debemos estar firmes en la Palabra de Dios. Debemos tomar la Palabra de Dios e ir a poseer la tierra.

POR MEDIO DE DARNOS CUENTA DE QUE HEMOS SIDO SEPULTADOS

En segundo lugar, nosotros los que hemos sido salvos y que hemos disfrutado a Cristo, debemos darnos cuenta de que hemos sido crucificados en la cruz. ¡Estamos muertos, y hemos sido sepultados! Tenemos un himno excelente que expresa este hecho:

Ya sepultado y levantado;
¿Qué más me queda aún por hacer?...

Hemos sido sepultados con Cristo; ¡hemos sido terminados! ¿Se da cuenta usted de cuán grande es la palabra “sepultado”? Sería bueno escribirla en letras grandes y colgarla en su recámaras: ¡SEPULTADO! Cuelgue otra en su comedor, otra en su sala y otra en su cocina. En todos los cuartos: ¡sepultado, sepultado, sepultado! ¡He sido sepultado! Realmente me agradaría ver una casa decorada de esta manera. ¿Qué descanso es estar sepultado! ¿Puede haber mejor descanso que ése? Por eso el pueblo de Israel fue guiado a cruzar el Jordán en esa forma. El Jordán fue su sepultura.

Cuando los hijos de Israel salieron de Egipto, cruzaron el mar Rojo, el cual representaba el bautismo. De nuevo ahora, en el Jordán, pasaron una masa de agua. Era para recordar el mar Rojo. Cuando recibimos a Cristo como nuestro Salvador, la iglesia nos bautizó, es decir, fuimos sepultados. Pero, lamentablemente, no mucho después, se nos olvidó; nos salimos de la tumba. No digo que fuéramos resucitados, sino que nos salimos de la tumba. Algunos incluso se esforzaron por regresar a Egipto. Ahora, debido a que hemos experimentado tanto a Cristo, a que lo tenemos como el centro del testimonio de Dios y hemos sido edificados en el tabernáculo como la expresión de Cristo, debido a que tenemos el sacerdocio y el ejército de Dios y estamos listos para tomar posesión de la tierra, Dios nos dice que hagamos un memorial para que recordemos que hemos sido sepultados. De aquí en adelante, nunca debemos olvidar que hemos sido sepultados.

El mar Rojo y el río Jordán representan la misma cosa: la muerte de Cristo. En el mar Rojo el ejército de Egipto fue sepultado. Todo lo de este mundo y todos los poderes de este mundo fueron sepultados allí. ¿Se da cuenta de cuántas cosas y cuántas personas fueron sepultadas con usted cuando fue sepultado en el bautismo? En la tierra de la cual vengo, cuando un hombre moría y tenía que ser enterrado, la gente lo sepultaba con todo lo que tenía. De la misma manera, a los ojos del Señor, cuando fuimos sepultados, todas las cosas que amábamos, todas las cosas que constituían nuestro mundo, fueron sepultadas con nosotros. Todo el ejército mundial, todos los poderes mundanos que antes nos tenían en cautiverio fueron sepultados. Esa es la realidad del mar Rojo. Ahora al llegar al

río Jordán, Dios nos lo quiere recordar una vez más. No sólo las fuerzas mundanas fueron sepultadas, sino también nosotros mismos. ¡Nosotros hemos sido sepultados!

El paso del río Jordán es un cuadro hermoso y glorioso. El arca con el sacerdocio entró primero al río y allí, en el corazón del río, se quedaron el arca y el sacerdocio. Esto tiene mucho significado. El arca, como hemos visto, es Cristo el Señor, el testimonio de Dios. Cristo con el sacerdocio entró al mismo corazón del río de muerte. Después le siguió todo el pueblo. Todo el pueblo bajó al fondo de ese río y pasó ese mismo lugar. Luego el Señor les pidió que escogieran doce personas, una de cada tribu de las doce de Israel. Cada uno tomó una piedra del fondo del río donde se había parado el arca y la llevó al otro lado del Jordán, es decir, a la buena tierra. Esto representa la resurrección. Todos los que entraron en la tierra de Canaán eran personas que habían sido resucitadas. Eran nuevos, no los viejos. Eran los resucitados, y no los naturales. Sólo las personas resucitadas pueden entrar y poseer al Cristo todo-inclusivo; El no es para el hombre natural. Sólo en la posición de resurrección podemos disfrutar a Cristo como el Cristo todo-inclusivo. Hermanos y hermanas, ¡hemos sido resucitados! ¡Hemos sido sepultados y resucitados! ¡Ahora estamos en Cristo!

Después de esto, Josué hizo algo para recordarles este hecho. Tomó más piedras, una por cada una de las tribus, y las colocó en el mismo lugar donde se había parado el arca. Las sepultó allí como un memorial de la sepultura de los israelitas mismos. A los ojos de Dios, todos los hijos de Israel fueron sepultados en el río Jordán. Esto significa que a los ojos de Dios todos hemos sido sepultados en la muerte de Cristo.

Después de que todo esto se cumplió, el arca con el sacerdocio salió del Jordán. Después de que todos fuimos sepultados, Cristo salió de la muerte. Cristo fue el primero que entró a la muerte, pero fue el último que salió de la muerte. El fue el primero en entrar y el último en salir; nosotros fuimos los últimos en entrar, y los primeros en salir. Cristo consumó la muerte y esta muerte nos cubre a todos. ¡Todos estamos muertos! ¡Todos hemos sido sepultados con Cristo! Podemos decir: "¡Aleluya, hemos sido sepultados! ¡Ahora estamos en la

posición de resurrección! ¡Ahora estamos en Canaán! ¡Ahora estamos en Cristo, la buena tierra!"

POR MEDIO DE APLICAR LA MUERTE DE CRISTO

En tercer lugar, creyendo que hemos sido crucificados con Cristo y sepultados, debemos aplicar esta muerte a nosotros mismos. Por lo tanto, debemos ser circuncidados. Esto es la aplicación de la muerte de Cristo a nuestra carne. Si nos damos cuenta de que hemos sido sepultados y resucitados con Cristo, debemos dar muerte a nuestra carne, es decir, aplicar la muerte de Cristo a nuestros miembros carnales. Esto es la circuncisión; esto es lo que debemos practicar diariamente. Todos los días debemos tomar la posición de que estamos muertos y sepultados, y aplicar la muerte de Cristo a nuestros miembros. No sólo necesitamos aplicar Su muerte a toda nuestra situación, sino que también momento a momento debemos aplicar Su muerte a nuestros miembros carnales, llevándolos a la muerte.

En el segundo capítulo de Colosenses se nos dice que hemos sido sepultados y resucitados con Cristo y luego en el capítulo tres se nos dice que nuestra vida ahora está escondida con Cristo en Dios. Sobre esta base, se nos dice después en Colosenses 3:5: "Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros..." Si nos damos cuenta de que hemos sido sepultados y resucitados con Cristo, debemos aplicar por fe Su muerte a nuestros miembros carnales en una forma práctica.

POR MEDIO DE DISFRUTAR EL PRODUCTO DE LA TIERRA

En cuarto lugar, inmediatamente después de aplicar la muerte de Cristo a nuestros miembros, basados en el hecho de haber sido sepultados y resucitados con El, disfrutamos algo de vida. Disfrutamos el producto de la tierra, el Cristo todo-inclusivo. Cesa el maná, y el producto de la tierra toma su lugar. El Cristo grande reemplaza al Cristo pequeño. Anteriormente disfrutábamos a un Cristo pequeño, el maná. Pero para este tiempo, el Cristo pequeño ha cesado. Ahora probamos al Cristo más grande, más rico y más completo; ahora disfrutamos la tierra, el Cristo todo-inclusivo.

Hermanos y hermanas, ¿están disfrutando ahora el maná, o la tierra? ¿Qué es lo que están disfrutando hoy? Indudablemente todos estamos disfrutando a Cristo, pero ¿qué clase de Cristo disfrutamos? Quizás haya algunos que sólo están disfrutando a Cristo como el cordero de la pascua. Probablemente, la mayoría de nosotros lo estamos disfrutando como el maná diario. Pero el producto de la tierra es mucho mejor que el maná. ¿Cuál es su experiencia? Quizás algunos de ustedes digan que es muy difícil responder. A veces disfrutan a Cristo como el maná, y en otras ocasiones parece que lo disfrutan como el producto de la tierra. Si lo disfruta como el producto de la tierra o no, depende en gran parte de su sepultura. ¿Hasta qué punto se ha dado cuenta de que ha sido sepultado y que ahora está en resurrección?

Quisiera poner un ejemplo. Supongamos que muy temprano esta mañana me encontré con cierta persona que es sumamente peculiar. Esta persona siempre me hace experimentar la vida de resurrección. El Señor creó a esa persona y en Su sabiduría soberana la ha puesto delante de mí. El sabe por qué la necesito. Para poder tratar con él necesito el mismo poder de resurrección día tras día. Supongamos que temprano esta mañana esta persona se comportó en una manera muy extraña y me perturbó grandemente. Yo estaba sumamente descontento con él y surgió mi ira. Después, al regresar a mi cuarto, sentí condenación en mi conciencia y confesé esto delante del Señor. Le dije: "Señor, ¡perdóname! Fallé; he sido vencido. Pero, te alabo, Señor, soy limpio por Tu sangre preciosa". Después de confesar y ser perdonado, fui nutrido; disfruté algo de Cristo. ¿Qué clase de disfrute fue éste? Fue el disfrute de Cristo como un poquito de maná. Disfruté el maná.

Supongamos ahora que otro día esta misma persona me dio problemas de nuevo y fui perturbado por él. Pero esta vez tomé la posición de resurrección. Dije: "Señor, ¡he sido resucitado! Basado en la resurrección, ejercito mi espíritu para dar muerte a mis miembros". Luego, en vez de enojarme con él, estaba muy contento en el Señor. Pude decir: "¡Aleluya! Te alabo Señor por mi amado hermano peculiar!" Aplicé la muerte del Señor a mis miembros que siempre se enojan con

otros, y gané una experiencia y un disfrute fresco de Cristo. ¿Qué clase de experiencia es ésta? Esta experiencia fue muy distinta de la de Cristo como el maná. Esta fue una experiencia de Cristo como el producto de la buena tierra. Las dos fueron experiencias de Cristo, pero de Cristo en diferentes aspectos. En la primera, disfruté a Cristo como el maná pequeño, y en la segunda, como el rico producto de la tierra.

POR MEDIO DE PELEAR LA BATALLA

En quinto lugar, no sólo necesitamos recordar que hemos sido sepultados, que estamos en la posición de resurrección, y que debemos aplicar la muerte del Señor a nuestros miembros en una forma práctica, sino que también debemos recordar que hay principados malignos en los lugares celestiales. Debemos pelear la batalla contra el enemigo. Aunque estamos disfrutando una porción del Cristo todo-inclusivo, el enemigo y sus fuerzas malignas están usurpando y ocupando la tierra. Usted y yo tenemos que pelear la batalla para tomar posesión de toda la tierra. Hermanos y hermanas, tan pronto como disfrutamos a Cristo en tal manera, en nuestro espíritu nos damos cuenta de la realidad de las fuerzas malignas que están en los lugares celestiales. Estas fuerzas malignas esconden al Cristo todo-inclusivo de los ojos de los hijos del Señor. Muy pocos en el pueblo del Señor conocen en su experiencia a Cristo como Aquel que es todo-inclusivo, debido sencillamente a las acusaciones de las fuerzas y poderes malignos que están en los lugares celestiales. Hasta el día de hoy, las fuerzas malignas todavía tienen velado al Cristo todo-inclusivo. Por lo tanto, debemos pelear la batalla. Hay una guerra espiritual sumamente real, en la cual debemos participar. Al disfrutar algo del Cristo todo-inclusivo, tendremos la carga por esta lucha y por esta batalla. Para eso hemos sido formados como ejército. El conflicto está delante de nosotros.

Es en esta etapa que se nos da la visión de Cristo el Señor como el príncipe, el capitán glorioso, del ejército de Jehová. El irá a la vanguardia en el ejército; irá delante de nosotros y peleará la batalla por nosotros. Necesitamos tal visión. ¿Cómo pudo Josué recibir esta visión? Simplemente porque tenía la

gran carga por la batalla que tenía delante de él. Inmediatamente después de que él y el pueblo de Israel disfrutaron del producto de la buena tierra, se dio cuenta de que delante de ellos estaba el enemigo y la fortaleza de Jericó. Josué tenía una vista clara de la situación, y tenía la carga de pelear la batalla. Creo que por esta causa fue al Señor en oración, y en esa ocasión el Señor como Príncipe del ejército de Dios se reveló a Josué. Josué recibió tal visión, y así recibió la fe y la seguridad de que el Señor estaba con él. En ese momento sabía, sin lugar a dudas, que el Señor mismo, como Príncipe del ejército de Dios, iba delante de él. Nosotros también necesitamos tal seguridad.

Algunos pueden testificar por experiencia propia que inmediatamente después de disfrutar algo del Cristo todo-inclusivo, se han dado cuenta de la necesidad de la guerra espiritual. Han visto que el enemigo y sus fuerzas malignas que están en los lugares celestiales todavía usurpan la buena tierra del Cristo todo-inclusivo y la velan de la vista de los hijos del Señor. ¿Quién peleará la batalla para descubrir la tierra? Si disfrutamos a Cristo en tal manera, espontáneamente iremos al Señor con una carga por la batalla. Será entonces cuando El nos dará una visión de El mismo como capitán. Nos mostrará que El está a la cabeza del ejército y que irá delante de nosotros para pelear la batalla. Entonces podremos seguir adelante con toda seguridad.

COMO PELEAR LA BATALLA

Llegamos ahora al último paso. ¿Cómo pelearemos la batalla? De cierto ésta no es una batalla que se pelee con armas carnales. Nuestras armas para esta batalla, en términos figurados, son *cuernos de carnero*. Vamos a una batalla, pero vamos con instrumentos de paz; vamos con cuernos de carnero. Los cuernos de carnero son un símbolo de pelear una guerra con instrumentos de paz. No son espadas hechas de hierro; son cuernos de carnero. No pueden matar; son solamente instrumentos de paz. Pero son armas para la batalla. Son trompetas para tocarse, que declaran y proclaman el

evangelio de paz. Tal es el arma que debemos usar para pelear la guerra espiritual. ¡Peleamos proclamando a Cristo!

¿Cómo se tocaron las trompetas y se peleó la batalla? Fue verdaderamente extraño. Una parte del ejército iba delante, seguida por siete sacerdotes que llevaban el arca. En la parte de atrás, estaba otra parte del ejército. En otras palabras, adelante y atrás estaba el ejército, y en medio estaba el arca con los sacerdotes que tocaban los cuernos de carnero. Todos marchaban alrededor de la fortaleza de Jericó, y los sacerdotes tocaban las bocinas de cuernos de carnero al ir marchando. Era un cuadro glorioso. El pueblo de la ciudad tuvo pavor de ellos y cerraron las puertas de la ciudad por fuera y por dentro. Nadie salía ni entraba.

Día tras día, el ejército de Dios, de seiscientos mil hombres, marchaba alrededor de la ciudad, tocando los cuernos de carnero. Primero pasaba una división, luego los sacerdotes que tocaban las trompetas, después el arca, y finalmente el resto del ejército a la retaguardia. En esa forma pelearon la batalla. Probablemente hubo algunos en Jericó que se reían de ellos y los menospreciaban. Nunca habían visto una exhibición tan fuera de lo mundano. Una vez al día le daban la vuelta a la ciudad, día tras día, por seis días, repitieron el mismo procedimiento. Cuando llegó el séptimo día, como se les había instruido, le dieron vuelta a la ciudad siete veces.

En esto debemos notar que Josué mandó al pueblo, diciendo: "Vosotros no gritaréis, ni se oirá vuestra voz, ni saldrá palabra de vuestra boca, hasta el día que yo diga: Gritad; entonces gritaréis". No era sino hasta que oyeron el sonido prolongado de los cuernos de carnero al final de la última vuelta que el pueblo debía gritar. Antes de aquel momento, tenían que guardar silencio. ¿Qué significa esto? Significa que si vamos a testificar del Cristo victorioso, hay muchas ocasiones en que debemos guardar silencio; debemos permitir que el sacerdocio toque la trompeta. Necesitamos el sacerdocio, y ahora usted entiende el significado del sacerdocio. No debemos hablar a la ligera. No digan: "¡Nosotros estamos en el terreno de la iglesia! ¡Somos la iglesia local! Somos esto y somos aquello". Si dicen estas cosas a la ligera,

no hay sacerdocio alguno. Debemos dejar que el sacerdocio toque la trompeta y emita el sonido. No debe haber otra voz. Luego, cuando sea tiempo, en el tiempo señalado por el Señor, usted y yo debemos gritar. Debemos orar y alabar al Señor con voz fuerte, y el enemigo caerá delante de nosotros. Esta es la manera de pelear la batalla.

¿Es esta clase de batalla un trabajo arduo o un disfrute? Ciertamente no es un trabajo sino un disfrute. Incluso es un descanso y una satisfacción. Es una guerra, una lucha, una batalla, y aún así, es un disfrute, un descanso y una satisfacción. Es en esta forma que poseeremos al Cristo todo-inclusivo.

Pero debemos recordar bien que usted y yo como individuos separados nunca lo podremos hacer. Siempre debemos mantener nuestra posición como ejército. Como individuos, nunca podemos comprender al Cristo todo-inclusivo. Sólo con todos los santos podemos comprender la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del Cristo todo-inclusivo. Para tomar posesión de la buena tierra, debemos estar formados y unidos con los santos como ejército de Dios.

Debemos recordar también que nuestros enemigos no son carne ni sangre; no son personas. Son las fuerzas espirituales, los principados, las potestades en las regiones celestes. Hay muchas personas que están en contra de nosotros y se nos oponen, pero ellos no son nuestros enemigos. Nuestros enemigos son las fuerzas malignas que los rigen, o sea, las potestades malignas que están detrás de ellos. No peleamos contra las personas, sino contra las fuerzas malignas que están detrás de las personas. Si somos fieles al Señor, y tomamos la posición de resurrección y somos formados como ejército para pelear la batalla para El, debemos estar listos para oír muchos informes y rumores malignos acerca de nosotros. Debemos estar preparados para enfrentar oposición considerable. Todo el pueblo de Jericó hablará acerca del pueblo de Israel. Pero, alabado sea el Señor, cuando oigamos esos rumores podremos regocijarnos, porque son señales de que vamos a ganar. Son señales de que el enemigo está temeroso y de que su derrota es inevitable. Jericó ciertamente caerá delante de nosotros. ¡Aleluya! Realmente me da temor

cuando salgo y nadie habla de mí ni se divultan informes malos. Pero me alegra si hay rumores, crítica y personas que hablan de mí. Cuanto más oigo esto, tanto más regreso al Señor y le alabo, diciendo: “¡Aquí están las señales, Señor! ¡Aquí están las señales de que ganaré la batalla!” No hay que temer las habladurías, los rumores absurdos, los informes malos. Todos ellos son señales de que la victoria es nuestra. ¡Alabado sea el Señor!

Nuestro enemigo no está en la tierra, sino en los lugares celestiales. Por lo tanto, no debemos usar armas carnales. No debemos discutir con la gente; no debemos rebajarnos a su nivel y tomar parte en sus tácticas. No, nuestras armas son espirituales. ¿Cuáles son? Son las trompetas de cuernos de carnero. Toquemos las trompetas; toquemos los cuernos de carnero. Declaremos la victoria de la cruz, la victoria del Cristo victorioso. Debemos proclamar a Cristo, es decir, al Cristo que disfrutamos, al Cristo que es conquistador de todo enemigo. Esta es nuestra arma; no tenemos otra. Esta es la manera de poseer a Cristo, quien es todo-inclusivo. Esta es la manera de tomar la buena tierra en fidelidad, descanso y disfrute.

Ciudad tras ciudad, lugar tras lugar, debemos tomar posesión del Cristo todo-inclusivo. Esté en paz y bien descansado. No se preocupe; el Señor peleará la batalla. La batalla no es nuestra, sino del Señor. Lo único que hay que hacer es tocar la trompeta. No hable a la ligera. En el momento oportuno alabaremos y gritaremos, y caerán las murallas de Jericó. El destino de Jericó está decidido; seremos victoriosos y tomaremos posesión de ella.

Hermanos y hermanas, ésta es la manera. ¡La victoria es nuestra! Tomen la posición de resurrección, recordando que han sido sepultados; apliquen la muerte de Cristo a todos sus miembros terrenales; disfruten a Cristo con los santos en toda Su plenitud y declaren y testifiquen en fe todo lo que es el Señor. Entonces el enemigo será vencido por completo y su fortaleza será derribada. Venceremos al enemigo y tomaremos la tierra pacíficamente en descanso y satisfacción. El enemigo será nuestro pan; participar en tal guerra será nuestra satisfacción total. La batalla es del Señor. No hay

nada que nos quede por hacer sino proclamar y disfrutar la victoria.

¡Cristo es el victorioso!
Dilo con fervor.
¡De la muerte y del pecado
Cristo es Vencedor!

¡Aleluya! ¡Victorioso!
Dilo por doquier;
Sobre todo enemigo
Vencedor es El.

¡Cristo es el victorioso!
¡Fuera enfermedad!
Su victoria en el Calvario
Puedes reclamar.

¡Cristo es el victorioso!
Hazlo todo en El;
Por doquiera que El te mande,
Ora con poder.

¡Cristo es el victorioso!
Fallas o temor
No podrán cubrir con sombras
Tu cabal visión.

¡Cristo es el victorioso!
Su voz sonará:
“¡A lo alto, vencedores,
Con el Rey reinad!”

CAPITULO QUINCE

LA VIDA EN LA TIERRA

Lectura bíblica: Dt. 12:1-18, 20-21, 26-27; 14:22-23; 16:16-17

Supongamos que ya hemos tomado posesión de la tierra. Hemos entrado en ella, hemos vencido y derrotado a todos los enemigos, y vivimos allí. Ahora tenemos que descubrir qué clase de vida debemos tener en la tierra.

Primeramente vimos algo acerca de la tierra. La tierra es buena, sumamente buena. En primer lugar es buena en su amplitud, en segundo lugar, en su altitud, y en tercer lugar, es buena en sus riquezas; es buena en tres aspectos. Hemos visto los detalles de sus riquezas: es rica en aguas, en toda clase de alimentos, tanto del reino vegetal como del reino animal, y también en minerales. Además, nos hemos ocupado mucho de la manera de entrar en la tierra y poseerla, comenzando con el cordero de la pascua y pasando por muchas más experiencias de Cristo. Ahora estamos en esta tierra maravillosa; estamos en el Cristo todo-inclusivo. ¿Qué clase de vida debemos tener en esta buena tierra? En el libro de Deuteronomio se habla de eso.

Cuando Moisés, el siervo del Señor, escribió el libro de Deuteronomio, todo estaba listo para que el pueblo de Israel entrara en la tierra. Tenían el tabernáculo con el arca, tenían el servicio sacerdotal, y habían sido coordinados y formados como ejército. Todo estaba listo; el siguiente paso era entrar. Pero Moisés se dio cuenta de que no había sido llamado por el Señor para dirigir al pueblo a entrar en la tierra. Moisés fue el que los había llevado al punto de estar totalmente preparados, pero él mismo no podía entrar en la tierra con ellos. El Señor le dijo que tenía que irse. En ese momento, el corazón de este siervo del Señor se conmovió en amor por el pueblo del

Señor. Moisés estaba muy preocupado por el futuro de ellos, especialmente en lo tocante a la vida que deberían llevar después de tomar posesión de la tierra. Por lo tanto, con ese amor e interés, hizo todo lo que pudo para instruirles acerca de la clase de vida que deberían tener después de poseer la tierra. Moisés era semejante a un padre anciano, entregando palabras de sabiduría y consejos de amor a sus hijos maduros. Lo que les decía estaba lleno de exhortaciones para que tuvieran cuidado en la vida que llevarían en la tierra que el Señor había prometido a Sus padres; de otra manera, la perderían. Esta fue la carga que les transmitió a ellos y de la cual escribió en este libro.

El libro de Deuteronomio precede el libro de Josué pero el contenido de Deuteronomio trata con lo que va después de Josué. En cuanto al orden de los libros, es primero, pero con respecto a sus temas, va después. El libro de Josué habla de poseer la tierra, es decir, cruzar el río, pelear la batalla, entrar en la tierra y arrebatarla del enemigo usurpador. Sin embargo, Deuteronomio trata de la vida que se debe vivir en la tierra después de poseerla. En otras palabras, nos muestra la vida que tenemos que vivir para poder disfrutar lo que hemos poseído. Hemos entrado en la tierra y hemos tomado posesión de ella; ahora debemos aprender a disfrutarla y a vivir en ella. No sólo debemos saber tomar posesión del Cristo todo-inclusivo, sino que también, después de poseerlo, debemos saber vivir una vida delante de Dios que nos capacite para disfrutarlo. Este es el mensaje del libro de Deuteronomio.

LABORAR EN CRISTO

Entonces, ¿qué vida es la que necesitamos para disfrutar la buena tierra? En primer lugar, es una vida de laborar en Cristo. Es una vida de hacer de Cristo nuestra industria.

Hoy en día se habla mucho de industria. La gente estudia muchas materias para participar en la industria; ellos establecen negocios con miras a la industria y planean ciudades con ese mismo fin. Hoy casi todo está orientado hacia la industria. Las naciones compiten unas con otras en el crecimiento industrial. Hay muchas clases de industrias en el mundo, pero nosotros que somos el pueblo del Señor y

vivimos en el Cristo todo-inclusivo, debemos tener una sola industria: Cristo. El es nuestra industria, tenemos que laborar en El.

Hoy día muchas personas estudian la ciencia o la ingeniería. Día tras día investigan estos asuntos y trabajan en ellos. Dedican muchas horas de estudio laborioso, de experimentación y aun de práctica en esos campos. Pero yo quisiera saber, usted como un cristiano nacido de Dios, iluminado por el Espíritu Santo y fortalecido cada día con el poder de resurrección en el hombre interior, ¿en qué está laborando? En otras palabras, ¿cuál es su negocio?

Dondequiero que voy, no me gusta decirle a la gente que soy predicador. Puede ser que suene raro, pero me avergüenzo de presentarme a otros en esa forma. Tampoco me gusta dar a conocer a la gente que soy lo que se llama un ministro. Me es realmente difícil decirle a la gente cuál es mi negocio. Muchas veces al viajar por avión o por tren, alguien se sienta a mi lado y me pregunta cuál es mi ocupación. A veces les sorprendo diciendo: “¡Estoy trabajando en Cristo! ¡Cristo es mi trabajo!” Cuando me preguntan con qué empresa trabajo, a veces les contesto: “Mi empresa es Cristo y compañía”. Usualmente me preguntan después qué es lo que quiero decir con “Cristo y compañía”. Lo único que les puedo decir es que día tras día estoy trabajando en Cristo y que Cristo mismo es mi verdadero negocio.

Ustedes los que son estudiantes deben comprender y experimentar que aun al estudiar, están trabajando en Cristo. Cristo es su industria. Los que son camioneros, tienen que comprender que manejar camiones no es su verdadera ocupación; su verdadera profesión es Cristo; deben trabajar en El continuamente. Ustedes las que son amas de casa, deben saber que su verdadero trabajo no es el de cuidar del hogar y de la familia, sino que es ¡Cristo! ¿Están trabajando en Cristo todo el tiempo? ¿Procuran disfrutarlo y experimentarlo en toda situación?

La vida que se tiene después de tomar posesión de la buena tierra es una vida de laborar en Cristo. Es una vida de hacer de Cristo nuestra industria y de producirlo en gran cantidad. Trabajamos para “Cristo y compañía” y diariamente

producimos a Cristo. Muchos hacendados cultivan y producen frutas. Nosotros cultivamos y producimos a Cristo. Día y noche trabajamos diligentemente en la labranza que es Cristo. No obstante, trabajamos con alegría, y nuestro trabajo es un gran descanso para nosotros.

Consideré al pueblo de Israel, después de que ocupó la buena tierra y sometió a todos sus enemigos. ¿Qué hicieron ellos? Sencillamente trabajaron en la tierra. Ellos labraban la tierra, sembraban semillas, regaban los sembrados, nutrían las viñas y podaban los árboles. Esas eran las tareas necesarias para poder disfrutar ese pedazo de tierra. Todo esto es un cuadro que nos muestra que tenemos que trabajar diligentemente en Cristo para poder disfrutar Sus riquezas todo-inclusivas. Esto es nuestro negocio. Cristo es nuestra industria. Debemos trabajar en Cristo para producir Sus riquezas. Hemos visto cuán rica es esta buena tierra en tantos aspectos, pero sin trabajar en ella, ¿cómo podrían producirse sus riquezas en abundancia? Tener a este Cristo tan rico es una cosa, pero laborar continuamente en El es otra.

¿Y qué podemos decir del cristianismo de hoy? ¿Es rico o pobre? Debemos confesar que en verdad es pobre. Cristo es mucho más rico de lo que se pudiera medir, pero hoy la iglesia está hundida en la pobreza. ¿Por qué? Porque hoy en día los hijos del Señor son indolentes. No se esfuerzan para laborar en Cristo. Lean los Proverbios escritos por aquel hombre sabio, el rey Salomón: “Perezoso, ¿hasta cuándo has de dormir? ¿Cuándo te levantarás de tu sueño? Un poco de sueño, un poco de dormitar, y cruzar un poco las manos para reposo; así vendrá ... tu pobreza como hombre armado” (Pr. 6:9-11). ¿Por qué es tan rico hoy los Estados Unidos? Dios en verdad dio a los Estados Unidos una tierra sumamente rica. Pero ésta no es toda la historia. Muchos estadounidenses han trabajado diligentemente en esta tierra para sacar abundantes riquezas de ella. Tenemos que trabajar; no podemos ser perezosos. ¿Qué hay de la mayoría de los cristianos hoy? Están muy ocupados con sus industrias mundanas, y demasiado perezosos en su labor en Cristo.

Debemos cultivar nuestra tierra espiritual; debemos sembrar la semilla espiritual; debemos regar los sembrados

espirituales todo el tiempo. No podemos depender de que otros lo hagan por nosotros. Nosotros mismos tenemos que hacerlo o nunca será hecho. Hermanas, ¿oraron-leyeron la Palabra esta mañana? Hermanos, ¿cuántas veces han tenido contacto con el Señor hoy? Esta es nuestra situación. No cultivamos a Cristo. Tenemos una tierra muy rica, pero no trabajamos en ella; así que, no hay ningún producto. En verdad somos ricos en materia prima, pero muy pobres en producción.

El Señor le dijo a Su pueblo que ellos tenían que reunirse para adorarlo por lo menos tres veces al año: en el tiempo de la pascua, en el tiempo de pentecostés y en la fiesta de los tabernáculos. Además, les dijo que cuando se reunieran, por ningún motivo podían venir con las manos vacías. Tenían que traer algo en sus manos para El, algo del producto de la buena tierra. Si eran perezosos y no laboraban en la tierra, no sólo no podrían traer algo al Señor, sino que tampoco tendrían algo con lo cual satisfacerse; estarían con hambre.

Hermanos y hermanas, debemos darnos cuenta de que cada vez que venimos a las reuniones, cada vez que nos acercamos para adorar al Señor, no debemos llegar con las manos vacías. Debemos venir con las manos llenas del producto de Cristo. Tenemos que laborar en Cristo diariamente para producirlo en gran cantidad. Necesitamos más que ese poquito de Cristo que satisface nuestras necesidades. Debemos producirlo con tanta abundancia que quede un excedente para otros, es decir, para los pobres y necesitados. “Abrirás tu mano a tu hermano, al pobre y al menesteroso en tu tierra” (Dt. 15:11). También debe haber un excedente para satisfacer la necesidad de los sacerdotes y levitas: “Y este será el derecho de los sacerdotes de parte del pueblo, de los que ofrecieren en sacrificio buey o cordero: darán al sacerdote ... Las primicias de tu grano, de tu vino y de tu aceite, y las primicias de la lana de tus ovejas le darás” (Dt. 18:3-4). Y sobre todo, lo mejor del excedente debe ser reservado para el Señor: “Y al lugar que Jehová vuestro Dios escogiere para poner en él Su nombre, allí llevaréis todas las cosas que yo os mando: vuestros holocaustos, vuestros sacrificios, vuestros diezmos, las ofrendas elevadas de vuestras manos, y todo lo escogido de los votos que hubieres prometido a Jehová” (Dt. 12:11). Cuando

cosechaban los campos, tenían que reservar las primicias para el Señor. Cuando el ganado producía, los primogénitos eran para el Señor. Debemos laborar diligentemente, no sólo con la intención de producir lo suficiente para suplir nuestras propias necesidades, sino también con miras a adquirir un excedente que pueda satisfacer las necesidades de otros, reservando lo mejor para el Señor. Entonces seremos aceptos delante del Señor y El se complacerá de nosotros.

Esta es la vida en la buena tierra. Es una vida en la cual continuamente laboramos en Cristo, produciéndolo en gran cantidad. Cosechamos tanto de Cristo que estamos totalmente satisfechos, y además, tenemos un excedente para compartir con otros y con el cual podemos adorar a Dios. Adorar a Dios con Cristo no significa adorarlo individualmente, sino adorarlo colectivamente, con todos los hijos de Dios, disfrutando a Cristo unos con otros y también con Dios. Cuando usted llega, trae algo de Cristo. Cuando otro hermano llega, también trae algo de Cristo. Cada uno trae una porción de Cristo, la cual proviene de su labor en El, y hay un rico disfrute de Cristo no sólo de parte de los santos sino, sobre todo, de parte de Dios, a quien se le ofrece lo mejor.

COMO LABORAR EN CRISTO

Hemos visto brevemente la necesidad de trabajar en Cristo y hacer de El nuestra industria. Creo que entendemos esto claramente, pero me temo que sólo sea doctrina para muchos de nosotros. ¿Cómo podemos aplicarlo en una forma práctica? ¿Qué debemos hacer para trabajar en Cristo diariamente?

Quisiera poner un ejemplo. Todas las mañanas usted debe orar diciendo: "Señor, me consagro a Ti una vez más, no para trabajar para Ti, sino para disfrutarte". Usted debe consagrarse sinceramente al Señor con el simple propósito de disfrutarlo y experimentarlo, y nada más. Desde el momento en que despierta en la mañana, necesita decir: "Señor, aquí estoy. Me dedico a disfrutarte. Concédeme durante todo el día, desde este momento en adelante, experimentarte y aplicarte en toda situación. No te pido nada para mañana. Te pido la gracia para disfrutarte hoy. Muéstrame cómo cultivar la

tierra, sembrar la semilla y regar los sembrados del Señor". Entonces, momento a momento, durante todo el día, usted mantendrá su comunión con el Señor. Vivirá en el Señor en una forma práctica, trabajando en El, aplicándolo y disfrutándolo. Si hace esto, considere cuán fructífera y cuán hermosa será su "labranza". La labranza de Cristo en su vida diaria estará llena de producción. Y al siguiente día del Señor cuando usted vaya a adorarlo con los santos, podrá decir: "Voy a ver a mi Dios; voy a adorar a mi Señor. No voy con las manos vacías, sino llenas de Cristo. Tengo un excedente, y en la mano derecha tengo la mejor parte reservada para mi amado Señor". Cuando llega a la reunión, tal vez algún hermano se acerque y le diga: "Tengo cierto problema. ¿Me puedes ayudar?" Puede tener un poco de comunión con él y transmitirle algo de su excedente de Cristo. Puede darle un poco del producto del Cristo en quien ha laborado, el Cristo a quien ha disfrutado día tras día. Ha sido satisfecho ricamente con El, y tiene algo adicional para compartir con los hermanos. Cuando empieza la reunión, usted está bien preparado para ofrecer sus oraciones y alabanzas al Señor de lo que le ha reservado. Esto es lo mejor de su excedente, y con los santos gozosamente lo ofrece al Señor para el disfrute y satisfacción de El. Usted ha cosechado lo suficiente de Cristo para usted mismo, para los necesitados y para el Señor. Además, ha almacenado una porción considerable que lo sostendrá abundantemente en los días por venir.

Si somos ricos en Cristo, necesariamente debemos ser ricos en trabajo y en industria. En Cristo no podemos ser perezosos. Debemos dejar que Dios disfrute a Cristo con nosotros y al mismo tiempo con otros. Si usted hace esto, si yo hago esto y si todos lo hacemos, ¡cuán maravillosas serán las reuniones cuando nos congreguemos para adorar al Señor! Yo compartiré con usted y usted conmigo. Usted me dará algo del Señor, y yo a mi vez le daré algo. Habrá mutualidad y disfrute recíproco. Además, el Señor tendrá Su porción completa.

EXHIBIR A CRISTO

En el mundo actual hay muchas exhibiciones y ferias. En ciertas ocasiones, algunas personas de ciertas áreas o

distritos y a veces de todo el mundo, traen sus productos para exhibirlos en un solo lugar. Esto es precisamente lo que hacemos cuando nos reunimos para adorar a Dios. Nos reunimos para tener una exhibición de Cristo, no simplemente del Cristo que Dios nos ha dado, sino del Cristo que hemos producido, del Cristo en quien hemos laborado y a quien hemos experimentado. Nos reunimos para exhibir a este Cristo. Hermanos y hermanas, esto es lo que todas nuestras reuniones deben ser: una exhibición, una feria, donde se exhiba toda clase de los productos de Cristo.

Consideremos de nuevo al pueblo de Israel. En la fecha de la fiesta de los tabernáculos, muchos venían de todas partes de la tierra para reunirse en el centro, Jerusalén. Todos traían consigo sus productos: frutas, vegetales, ganado y muchas otras cosas. Si hubiéramos podido estar en esa ocasión para verla, nos habríamos maravillado de todas las riquezas de la tierra. Habríamos contemplado la abundancia del producto amontonado allí: hermoso, maduro y de muchos colores, con ovejas y ganado por todos lados. Todo era reunido y disfrutado mutuamente en la presencia de Jehová, quien también tenía Su propia porción.

Hermanos y hermanas, la vida de la iglesia sencillamente es esto. Todos los santos disfrutan a Cristo delante de Dios y mutuamente con Dios. Disfrutan al Cristo que han producido. Día tras día trabajan en Cristo; día tras día lo producen. Luego, en cierto día señalado por el Señor, se reúnen. No solamente tienen las manos llenas, sino que también en sus hombros, hablando figuradamente, llevan a Cristo. Se regocijan en la abundancia de su cosecha y de todas las riquezas que han segado de esa “buena tierra” donde viven. No llegan con las manos vacías, ni llegan con el ceño fruncido. No se duermen en las bancas mientras un pobre ministro ocupa la plataforma. ¡Qué lamentable es una situación así! Ciertamente eso no es la adoración del pueblo del Señor. La adoración de Su pueblo se da cuando todos están llenos de Cristo, radiantes de Cristo, exhibiendo al Cristo en quien han laborado y a quien han producido. Un hermano puede decir: “Aquí está el Cristo en quien laboré y a quien produje hoy. El es muy rico y abundante para mí en este aspecto y en el otro”.

Una hermana puede testificar: "Alabado sea el Señor, he experimentado la misma paciencia y bondad de Cristo en la situación difícil que hay en mi hogar. El es muy dulce y real para mí en esa forma". Este es su producto de Cristo. Todos exhiben al Cristo que han cosechado. ¡Qué adoración a Dios! ¡Qué edificación para los santos! Y ¡qué vergüenza para el enemigo! Esta clase de reunión es un gran desconcierto para los principados y potestades en los lugares celestiales. Las fuerzas malignas que la observan son puestos en vergüenza al ver qué clase de Cristo es éste que tenemos. Hermanos y hermanas, ¿tienen reuniones así en su localidad?

Me temo que el enemigo hoy se ríe y que las fuerzas malignas en los lugares celestiales se burlan de nuestras reuniones cristianas. Pero podemos invertir los papeles por medio de disfrutar al Cristo todo-inclusivo, laborando diligentemente en El día tras día, y reuniendo nuestro producto abundante de El para compartirlo con Dios y con todos los santos. Si hacemos esto, el enemigo y sus ejércitos temblarán de ira y de vergüenza.

Esta es la vida que se tiene después de que se ha poseído la buena tierra. Es una vida de trabajar en Cristo, producir a Cristo, disfrutar a Cristo, compartir a Cristo con otros y de ofrecer a Cristo a Dios para que El lo pueda disfrutar con nosotros. Esta clase de disfrute y de compartir es una exhibición de Cristo para todo el universo. Es una adoración a Dios y una vergüenza para el enemigo. Después de tal adoración, ninguno de los hijos del Señor será pobre. Todos serán ricos y satisfechos, y todos saldrán de "Jerusalén" regocijados. Al terminar tal clase de reunión, todos los hermanos y hermanas saldrán rica y abundantemente nutridos. Llegaron con un excedente, y se van con una porción mayor. Todo lo relacionado con la vida en la tierra es Cristo, pero es un Cristo que está relacionado con nosotros. No es simplemente un Cristo objetivo, sino un Cristo muy subjetivo. Es un Cristo en el cual laboramos, a quien producimos, a quien disfrutamos, a quien compartimos con otros y ofrecemos a Dios.

DOS MANERAS DE DISFRUTAR A CRISTO

Según el libro de Deuteronomio se han establecido dos maneras de disfrutar a Cristo. Una puede llamarse la manera

personal e individual, y la otra, la manera colectiva. Por ejemplo, en lo que a los granos se refiere, al trigo y la cebada, todo el pueblo de Israel podía disfrutarlo a toda hora y en todo lugar. Esta es una manera de disfrutar el producto de la tierra. Pero una parte de los granos no podían disfrutarse de modo individual y separado. El diezmo y las primicias de los granos, junto con los diezmos y las primicias de todas sus cosechas, debían conservarse y en cierto día llevarse a los sacerdotes escogidos por Dios. Tenían que llevarse al lugar de la habitación de Dios, al lugar donde El había puesto Su nombre. En ese lugar, en la presencia de Dios, debían disfrutarse juntamente con todos los hijos de Dios y con Dios mismo. Esta era la adoración colectiva.

Estas dos formas también se aplicaban al ganado. Si deseaban comer de la carne del ganado o de la manada, podían matar a los animales en cualquier lugar y disfrutarlos. Pero no podían comer de los primogénitos; tampoco podían comer el diezmo. Eso tenía que guardarse y llevarse al sacerdote en el lugar donde Dios había puesto Su nombre, donde el Señor había hecho Su habitación y donde se reunían los hijos del Señor. Por una parte, podían disfrutar algo de las riquezas y la plenitud de la buena tierra en cualquier lugar. Cuando quisieran y donde quisieran podían hacerlo. Pero por otra parte, había una porción con respecto a la cual no tenían opción ni libertad. Debían llevarla al lugar escogido por Dios para disfrutarla juntamente con los hijos de Dios. Así que, hay dos maneras: la individual y la colectiva.

Ahora apliquemos estos principios. Nosotros como cristianos podemos disfrutar a Cristo solos en cualquier momento y en cualquier lugar. Pero si queremos disfrutar a Cristo en una manera colectiva con los hijos del Señor, no tenemos alternativa; hay un solo lugar al cual podemos ir. Disfrutarlo separada e individualmente es permisible dondequiera; para esto hay plena libertad. Pero si queremos disfrutar a Cristo con el pueblo del Señor en adoración a Dios, debemos ir al lugar escogido por Dios. Este es un asunto sumamente vital, porque preserva la unidad de los hijos del Señor.

Este principio es totalmente contrario a la situación que prevalece en el cristianismo actual. ¡Cuánta confusión,

cuánta complicación y cuánta división se ha suscitado por violar de este principio! Consideremos a los hijos de Israel. De generación en generación, de siglo en siglo, no hubo división entre ellos, porque tenían un solo centro para su adoración. Nadie se atrevía a establecer otro. Había para ellos un solo lugar dónde reunirse, un solo sitio dónde adorar, el cual era el lugar que Jehová escogió de entre todas las tribus para poner allí Su nombre y habitación. En toda la tierra de Israel, Jerusalén era única. Era el lugar designado por el Señor al cual todo el pueblo debía llegar para rendirle adoración colectiva.

Leamos la Palabra del Señor:

Deuteronomio 12:5-8: Sino que el lugar que Jehová vuestro Dios escogiere de entre todas vuestras tribus, para poner allí Su nombre para Su habitación, ése buscaréis, y allá iréis. Y allí llevaréis vuestros holocaustos, vuestros sacrificios, vuestros diezmos, y la ofrenda elevada de vuestras manos, vuestros votos, vuestras ofrendas voluntarias, y las primicias de vuestras vacas y de vuestras ovejas; y comeréis allí delante de Jehová vuestro Dios, y os alegraréis, vosotros y vuestras familias, en todo lo que emprendieres en lo cual Jehová tu Dios te hubiere bendecido. No haréis como todo lo que hacemos nosotros aquí ahora, cada uno lo que bien le parece.

Cuando entramos en la tierra que es el Cristo todo-inclusivo, y a no podemos hacer lo que nos parece. No podemos reunirnos con los hijos del Señor para la adoración corporativa en los lugares que escojamos. Debemos ir al lugar que el Señor ha escogido, al centro único, al único terreno de la unidad. ¡Cuán contraria a eso es la situación de hoy! Si hay nueve o diez hermanos en cierto lugar, les es muy fácil decir: “¡Formemos una nueva iglesia!” Y si dos o tres no están de acuerdo, se les dirá: “Está bien, váyanse y formen ustedes su propia iglesia”. Y éstos lo harán. En una sola localidad es bastante difícil contar cuántas llamadas iglesias hay. En el cristianismo hoy,

* Véase el capítulo 4 de *Prácticas adicionales sobre la vida de la iglesia*, por Watchman Nee, publicado por Living Stream Ministry.

cada quien se comporta como si tuviera el derecho de escoger según su propio deseo. Hay un dicho popular que dice: "Asista a la iglesia que usted escoja". Me gustaría gritar a voz en cuello a todos los hijos del Señor: "*¡Ustedes no pueden escoger!*" Por una parte, usted tiene la plena libertad de disfrutar a Cristo por sí solo dondequiera que esté, pero cuando se reúne con los hijos del Señor para adorarlo, ya perdió su libertad. El lugar donde se reúnan los hijos del Señor tiene que ser el lugar señalado por el Señor mismo. Debemos ir a ese lugar.

Si usted fuera un israelita de los tiempos del Antiguo Testamento, no podría decirle a David o a Salomón: "No estoy contento contigo. Si tú adoras en Jerusalén, yo me voy a Belén. Estableceré otro centro de adoración allí". Pero esto es precisamente lo que la gente hace hoy. Ellos dicen: "No queremos estar donde están ustedes. Ustedes se reúnen en la calle Primera, nosotros empezaremos nuestra reunión en la calle Segunda". Se justifican citando Mateo 18:20, que dice: "Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos". Ellos dicen: "Lo que hacemos es muy bíblico. Somos dos o tres congregados en el nombre del Señor y nos reunimos en el terreno de Cristo". Unos cuantos meses después de que empiezan a reunirse, algunos hermanos entre ellos se sentirán descontentos allí y saldrán de allí para establecer otra congregación. Dirán: "Si ustedes pueden establecer una reunión en la calle Segunda, nosotros podemos establecer una reunión en la calle Tercera". ¡Qué confusión! En tal situación, no hay límite ni regulación, y las divisiones serán interminables.

Debemos reunirnos con los hijos de Dios en el terreno común de la unidad. No se puede decir que este terreno es demasiado legalista. Debemos ser así de legalistas. Usted y yo tenemos que ser limitados por la regulación de Dios. No tenemos ningún derecho de establecer otro centro de adoración; eso sólo ocasionará división entre los hijos del Señor. El único terreno que podemos tomar y mantener es el terreno de la unidad. Podemos disfrutar a Cristo solos en cualquier lugar, pero no podemos en absoluto establecer una reunión en cualquier lugar para disfrutar a Cristo con otros hermanos y hermanas en adoración a Dios. Ninguno de nosotros tiene el

derecho de hacer eso. Todos debemos ir al lugar señalado por el Señor, donde El ha puesto Su nombre y donde está Su habitación. En todo el universo el Cuerpo del Señor, la habitación del Señor, es único; por lo tanto, en todo lugar debe haber una sola expresión del Cuerpo. Esta es una regla básica.

Hermanos y hermanas, lean el libro de Deuteronomio. Las dos reglas acerca de disfrutar a Cristo en la tierra están presentadas claramente. Una se relaciona con el disfrute personal del producto de la buena tierra. Puede hacerlo en cualquier lugar, cuando usted quiera. La otra regla es que si quiere disfrutar el producto de la buena tierra en adoración con el pueblo del Señor delante de Dios, no tiene alternativa, no tiene ningún derecho de seguir sus propias preferencias y hacer lo que le parezca. Debe abandonar sus propios conceptos y decir en temor y temblor: "Señor, ¿dónde está el lugar que has escogido? Hazme saber dónde has puesto Tu nombre, dónde está Tu habitación. Allí iré". En tal lugar, podrá disfrutar a Cristo con todos los hijos de Dios y con Dios mismo en Su misma presencia.

Si hace esto, puedo asegurarle, le agradará mucho a Dios. De otra manera, usted estará en contra de El, aumentando la división entre Sus hijos. Hay que tener mucho cuidado. Le ruego que escuche bien estas palabras.

¡Cristo es muy completo, muy rico y muy vivo! Podemos disfrutarlo a cualquier hora todo el tiempo. No sólo es permisible, sino que es muy recomendable que procuremos disfrutarlo dondequiera que estemos. Pero debemos recordar la regla básica y estricta, que si queremos disfrutarlo con el pueblo del Señor en adoración delante de Dios, no podemos hacer lo que nos agrade. ¡Debemos estar en temor y temblor con respecto a este punto!

Hermanos y hermanas, ¿se reúnen ahora con los hijos de Dios en el lugar que El ha señalado, en el lugar donde ha puesto Su nombre? Les aconsejaría que se detuvieran y acudieran al Señor. Búsquenlo. Pídanle que les muestre el lugar que El ha escogido y díganle que irán a ese lugar. Esta es la manera correcta de resolver el problema de división que existe entre el pueblo del Señor hoy día. No hay otra forma. ¡Que el Señor tenga misericordia de nosotros!

La vida en la tierra es una vida llena del disfrute de Cristo, tanto personal como colectivo con el pueblo del Señor. Que seamos diligentes para laborar en El, tener las manos llenas de El, y luego ir al lugar que El ha señalado, al mismo terreno de unidad, para disfrutar a este Cristo rico y glorioso con los hijos de Dios y con Dios mismo.

CAPITULO DIECISEIS

EL RESULTADO FINAL: DE DISFRUTAR LA TIERRA EL TEMPLO Y LA CIUDAD

Lectura bíblica: Dt. 12:5-7, 17-18, 8:7-9; Ef. 1:22-23; 2:19-22

Hemos visto mucho tocante a la experiencia de Cristo. Empezamos con el cordero de la pascua y pasamos a través de muchos aspectos diferentes, tales como el maná diario, la roca herida de la cual fluye la corriente viva, el arca del testimonio con su agrandamiento, el tabernáculo, todas las diferentes ofrendas, los sacerdotes con el sacerdocio, y el ejército santo. Finalmente llegamos a la tierra todo-inclusiva. Hemos visto que esta tierra es todo tanto para Dios como para el pueblo de Dios. El cuadro está muy claro.

LA ESCALA DE NUESTRA EXPERIENCIA VA EN AUMENTO

Todos los aspectos, desde el cordero hasta la tierra, tipifican a Cristo. Cada uno, como tipo, está completo y perfecto en sí mismo; pero el último, la tierra, es el tipo todo-inclusivo y el más grande. El cordero de la pascua como tipo de Cristo en verdad es completo y perfecto; no obstante, tipifica a Cristo en una escala mucho menor. En cuanto al Señor mismo, El no está limitado, pero con respecto a la experiencia que tenemos de El, existe tal limitación. Cuando venimos al Señor y lo aceptamos como nuestro Redentor, el Cristo que recibimos es íntegro, completo y perfecto; pero en cuanto a la experiencia que tenemos de El, es solamente en una escala pequeña, sólo como un pequeño cordero.

Desde el momento en que experimentamos a Cristo como el cordero, hemos seguido avanzando y progresando;

continuamente hemos mejorado en nuestra experiencia de Cristo y le hemos disfrutado más y más. Esto no quiere decir que Cristo se haya hecho más y más grande. No, Cristo es el mismo; pero en nuestra experiencia sentimos que El es más y más grande para nosotros. Día tras día en nuestra experiencia, Cristo se hace más y más grande. En la etapa de la experiencia a la que llegamos en el último punto, la tierra todo-inclusiva, la grandeza de Cristo para nosotros es ilimitada. Es una tierra espaciosa. Es una tierra cuyas dimensiones son la anchura, la longitud, la profundidad y la altura. La anchura y la longitud no tienen límite, ni tienen límite la profundidad y la altura. Nadie puede determinar cuán grande es Cristo; Su amplitud es ilimitada. Esto es la tierra a la que hemos entrado. Las demás cosas pueden medirse. Hay un punto final, hay un límite a las características y experiencias del Cristo que aquéllas tipifican. Pero no es así con la tierra. El Cristo tipificado por la tierra es inagotable e inmensurable.

MADUREZ Y TRABAJO

Cuando disfrutamos a Cristo como el cordero, Dios exige que cesemos toda obra. En la ocasión de la pascua a nadie se le permitía trabajar; todo trabajo se suspendía (Ex. 12:16). No había nada que hacer sino disfrutar el cordero. La sangre era puesta en la puerta, y la carne del cordero se comía dentro de la casa. No había otra cosa que hacer. El mismo principio se aplicaba al comer del maná. El maná descendía del cielo para el disfrute de ellos. No había necesidad de hacer nada más que simplemente salir, tomarlo y disfrutarlo. Así es cuando disfrutamos a Cristo en esa forma. Cuando lo tomamos como nuestro Salvador y como nuestro diario alimento, no hay nada que hacer en lo absoluto. Sólo necesitamos aceptar libre y completamente lo que se ha provisto. Cualquier clase de trabajo que hagamos, sólo sirve de estorbo al disfrute de Cristo en estos aspectos y sería un insulto para Dios.

Pero cuando llegamos al arca, eso es otro cantar; hay algo que tenemos que hacer. En la experiencia de Cristo como el arca tenemos la edificación del tabernáculo. El aspecto del trabajo se intensifica aún más cuando llegamos a la tierra,

porque como ya hemos visto, a menos que laboremos en la tierra, no producirá nada para nosotros. La tierra en verdad es diferente del cordero y del maná. El maná descendía del cielo con el rocío (Nm. 11:9). Para disfrutarlo, no se requería ningún trabajo, sino simplemente levantarse, recogerlo y comerlo. Pero cuando el pueblo de Israel entró en la tierra y comenzó a disfrutar de su excelencia, cesó el maná que descendía del cielo, y el fruto de la tierra tomó su lugar como suministro de alimento para ellos (Jos. 5:12). Debemos estar profundamente impresionados con esta diferencia: disfrutar el maná no requiere ningún trabajo, pero disfrutar del producto de la buena tierra depende mucho de nuestro trabajo. Es totalmente diferente.

Cuando somos recién salvos e inmaduros espiritualmente, en verdad disfrutamos a Cristo. ¡El es tan bueno y tan maravilloso para nosotros! ¡Oh, Cristo es nuestro cordero, nuestro maná diario, nuestra roca de la cual fluye agua viva! ¡El es tan bueno! ¡El hace lo todo en nuestro lugar! Pero al ir madurando gradualmente en el Señor, descubrimos que tenemos algo que hacer. Necesitamos tomar alguna responsabilidad; debemos trabajar. Por ejemplo, en nuestras familias humanas hay pequeñitos, infantes y niños. No tienen nada que hacer sino disfrutar lo que continuamente se les provee. Todo lo que necesitan les es preparado por otros. Pero cuando han crecido unos cuantos años más, se les da cierta responsabilidad en la familia, tal vez la de cuidar de los más pequeños y quizás de hacer algunas tareas de menos importancia. Luego, después de madurar un poco más, se les encarga mayor responsabilidad. Cuando llegan a la edad de veinte años o más, consiguen un empleo y ganan lo suficiente para mantenerse. Es precisamente lo mismo en la esfera espiritual. Cuando entramos en el Cristo todo-inclusivo, disfrutamos mucho más de El. Pero al mismo tiempo hay mucha responsabilidad que nosotros debemos tomar. Cuanto más trabajemos en Cristo, más Cristo produciremos, más lo disfrutaremos, y más de Cristo tendremos para compartir con otros, y más podremos ofrecerlo a Dios. Todo esto depende de cuánto laboramos en Cristo. Cuando entramos en la tierra, ¡tenemos que trabajar!

Hermanos y hermanas, ¿cuándo van a registrar su empresa con su ciudad? ¡Cuál empresa? ¡Cristo y compañía! ¡Cristo y compañía, Los Angeles! ¡Cristo y compañía, San Francisco! ¡Cristo y compañía, Sacramento! Cada grupo de creyentes como expresión local del Cuerpo de Cristo debe ser una empresa, una fábrica que produzca a Cristo en gran cantidad. Debemos estar trabajando en Cristo y produciéndolo día tras día. Debemos hacer de Cristo nuestra industria. Si otros nos preguntan cuál es nuestro negocio, nuestra respuesta debe ser que es Cristo, y que nuestra empresa es Cristo y compañía. Queremos que esta empresa tenga sucursales en cada ciudad por todo el mundo. Cuán maravilloso sería si hubiera tal realidad: un grupo de personas cuyo único negocio fuera Cristo. ¡Cristo y compañía, Londres! ¡Cristo y compañía, Paris! ¡Cristo y compañía, Tokio! Un día podremos tener una feria mundial. Cristo y compañía de Taipéi podrá traer algo. Cristo y compañía de Hong Kong podrá traer algo. De cada ciudad los hijos del Señor podrán traer al Cristo que habrán producido y podrán tener una exhibición de Sus riquezas. Reunámonos todos para tener una exhibición de Cristo. No estamos hablando de alguna clase de organización humana, sino de todos aquellos que están edificados en Cristo en una forma práctica, cuyo solo propósito es trabajar en El a fin de producirlo, disfrutarlo, compartirlo y expresarlo. Esta es la intención de Dios.

Consideremos de nuevo al pueblo de Israel en los tiempos antiguos. Después de un año de laborar en la buena tierra, de cultivar la tierra, de sembrar la semilla, de regar y de podar lo sembrado, llegaba el día de la fiesta de los tabernáculos. Entonces, de todas partes de la tierra, de todas las ciudades y aldeas, el pueblo venía para reunirse en su centro, Jerusalén, llevando consigo los diezmos y las primicias de su producción. Allí había una exhibición de todos los productos de la tierra de Canaán. Esta fiesta con el pueblo de Dios y con Dios mismo, dependía del trabajo diligente de ellos en la tierra.

Ahora estamos disfrutando a Cristo como la misma realidad de esa tierra sumamente buena. Es en verdad la gracia de Dios la que nos ha dado esa tierra, pero es un asunto que requiere toda nuestra cooperación. Debemos cooperar y

coordinar con Dios. Dios ha preparado y provisto este pedazo de tierra, es decir, Dios nos ha dado a Cristo. Y Dios ha derramado la lluvia del cielo sobre esta tierra, es decir, nos ha dado el Espíritu Santo. La tierra tipifica a Cristo, y la lluvia tipifica al Espíritu Santo. No obstante, es necesaria nuestra cooperación. Debemos cooperar con Dios; entonces tendremos la producción. El problema es ¿cuánto cooperamos con Dios?

En algunos lugares que se llaman iglesias, no se puede ver la existencia del producto de la buena tierra. Lo único que pueden proporcionar a la gente es el cordero de la pascua y el maná del cielo. Lo único que pueden ministrar a la gente es Cristo como el cordero redentor o a Cristo como el maná diario. No pueden ministrar a Cristo como la buena tierra porque ellos mismos nunca han entrado en la buena tierra. Pero en algunas iglesias locales, cuando usted tiene contacto con las personas y asiste a sus reuniones, se da cuenta de que cuando ellos se reúnen hay una exhibición rica; se exhibe toda clase de productos de Cristo. ¿Por qué? Porque han entrado en la buena tierra y están trabajando diligentemente en Cristo. Tienen muchas cosas buenas que han producido de Cristo.

LA OFRENDA DE PAZ

Notemos otra vez que todo el pueblo de Israel traía todo su producto a un solo lugar, al que Dios había escogido, para adorar a Dios y disfrutar el producto delante de Dios y juntamente con El. En tipología, lo que producían era Cristo y lo que ofrecían a Dios era Cristo. Lo que habían producido, lo ofrecían a Dios para disfrutarlo mutuamente delante de El y con El.

Una de las ofrendas que los hijos de Dios ofrecían en tiempos antiguos, era bastante distinta y especial. Era la ofrenda de paz. En esta ofrenda había algo para el disfrute del que la ofrecía, había algo en ella para el disfrute de otros, y también había algo para el disfrute de Dios. Si yo llegara para ofrecer esta ofrenda de paz, habría una parte para mí, una parte para otros y una parte para Dios. Lea el capítulo 7 de Levítico. Verá que la ofrenda de paz es una ofrenda destinada para el disfrute del que la ofrece y para la participación de otros y de Dios.

Hermanos y hermanas, cada vez que nos reunimos para adorar a Dios en Cristo, con Cristo y por medio de Cristo, estamos ofreciendo a Cristo como ofrenda de paz. Y en este Cristo hay una parte para Dios, otra parte para nosotros y otra parte para los demás. Disfrutamos a Cristo mutuamente con Dios y delante de El. Esta es la verdadera adoración, y pone en vergüenza al enemigo, Satanás.

EL TEMPLO

Debemos recibir una profunda impresión de Deuteronomio 12; es sumamente importante. Tenemos que traer todo nuestro producto al lugar escogido por Dios. ¿Cuál es este lugar? Es el lugar donde está la habitación de Dios. Usted debe traer a Cristo al punto central; yo debo traer a Cristo a este punto central; todos debemos traer a Cristo a este lugar central, para disfrutarlo allí mutuamente delante de Dios y con El. Esto dará por resultado la habitación de Dios. Debemos darnos cuenta de que cuando disfrutamos a Cristo no sólo de modo individual sino también de modo corporativo, habrá un resultado. La habitación de Dios cobrará existencia. Eso quiere decir que en la tierra, en esta era, en este mismo momento, Dios tendrá un lugar donde morar. Hermanos y hermanas, cuando disfrutamos a Cristo en cierto grado y cuando nos reunimos para disfrutar a Cristo delante de Dios y con Dios, se pone en claro este hecho: nosotros somos la habitación de Dios; Dios mora entre nosotros. Cuando alguien pregunta dónde está Dios, podemos decirle que venga y vea. Si deseamos encontrar a algún hermano o hermana, vamos a su casa, a su morada. Allí le vemos; allí tenemos comunión con él o ella. Hoy día la gente pregunta dónde está Dios; dicen: "Ustedes predicán acerca de Dios, pero ¿dónde está?" Si somos aquellos que disfrutamos a Cristo como la buena tierra hasta tal punto que nos reunamos sobre el terreno de la unidad para disfrutarlo mutuamente con Dios, seremos la iglesia apropiada. Si estamos en esta situación y la gente nos pregunta dónde está Dios, podemos contestar: "Vengan y vean. Dios está en Su hogar. Ahora Dios ha obtenido una morada en la tierra".

Quisiera poner un ejemplo. Si usted llega a una ciudad y anda vagando por ella día tras día sin morada fija, sería muy difícil localizarlo a usted. La oficina de correos de ninguna manera le podría entregar una carta dirigida a usted. Pero si usted se establece en alguna casa en particular en cierta calle de cierto distrito, tendrá una dirección definida. Cualquier persona lo podrá localizar.

Usted y yo que somos creyentes, continuamente hablamos de Dios. Pero los incrédulos preguntan: "¿Dónde está Dios? Ustedes hablan tanto de El, pero ¿dónde está El?" Podemos contestar que Dios es muy grande; que es omnipresente; que está en todas partes. Pero deseo hacer notar que cuando disfrutamos a Cristo de manera corporativa, hasta cierto punto, Dios, en un sentido muy real, podrá ser localizado. Tendrá una dirección definida en la tierra. Usted podrá decirles a sus amigos: "Vengan y vean a Dios. Vengan a la habitación de Dios. Vengan a Su hogar". El hogar de Dios está en el mismo lugar donde está "Cristo y compañía". Dondequiera que usted vaya, si puede encontrar "Cristo y compañía", allí está el hogar de Dios. El capítulo 14 de 1 Corintios nos dice que cuando los cristianos se reúnen en una manera adecuada, la gente entrará y se postrará, reconociendo que Dios verdaderamente está entre ellos. En otras palabras, confesarán que aquello es la morada de Dios.

¿De qué está hecha esta habitación, este hogar de Dios? Está edificada de Cristo mezclado y unido con muchos creyentes. Entre ellos, Cristo lo es todo. Para ellos El es la tierra todo-inclusiva. Cristo es lo que comen, Cristo es lo que beben; Cristo lo es todo para ellos.

Pongamos como ejemplo a un fuerte joven estadounidense. Todas las células de su cuerpo son estadounidenses. Nació en los Estados Unidos, se crió en los Estados Unidos, y está saturado y constituido del producto de los Estados Unidos. Toda su vida la cosechó de la tierra de los Estados Unidos. Comió de los huevos, la carne de res y de pollo, las papas, las naranjas, las manzanas, etc. de los Estados Unidos. Día tras día ha comido de este país, y día tras día él ha digerido este país y se ha mezclado con el mismo. El ha llegado a ser parte de los Estados Unidos. Es ciento por ciento estadounidense.

Según precisamente el mismo principio, un cristiano es un Cristo-hombre, un hombre constituido de Cristo. Un cristiano es uno que día tras día come a Cristo, bebe a Cristo, digiere a Cristo y se mezcla con Cristo. Después de algún tiempo, hasta cierto punto Cristo llega a ser este hombre. Si usted es estadounidense, no es necesario que se lo diga a otros. Casi dondequiera que vaya por todo el mundo, la gente lo reconoce como tal. Hay ciertas características distintivas que lo marcan como estadounidense, una de las cuales es el alimento que come. De la misma manera, si es chino, todos lo saben. Si usted sabe lo que comen los chinos, sólo necesita usar su sentido del olfato para discernir su origen y constitución. A veces es bastante difícil distinguir a los japoneses de los chinos. Simplemente mirándoles los ojos, no puede saberse fácilmente. Pero si está familiarizado con la dieta de los chinos y de los japoneses, puede distinguirlos usando el sentido del olfato. Los japoneses comen ciertos alimentos que emiten cierto olor, y los chinos comen alimentos diferentes que emiten olores distintos. En otras palabras, somos lo que comemos, y somos conocidos por lo que comemos. De la misma manera en que un estadounidense es producto de los Estados Unidos, así también un cristiano es producto de Cristo. Esta mañana come un poco de Cristo, y esta tarde come un poco de Cristo. Día tras día come a Cristo y bebe de Cristo. Gradualmente Cristo es digerido por él y mezclado con él de tal manera que él y Cristo se hacen uno. Entonces, cuando él se reúne con otros cristianos que han hecho lo mismo, él trae a Cristo y ellos también traen a Cristo. Cristo lo es todo para ellos. Cristo es la propia constitución de ellos. Dondequiera que vayan no puede evitar traer a Cristo. Cuando se reúnen, ofrecen a Cristo a Dios, lo disfrutan juntos y lo exhiben. Cuando hablan, proclaman a Cristo. Todo es Cristo. Esto es la habitación de Dios; es el hogar de Dios.

Está muy claro que esto es la verdadera iglesia, la verdadera expresión del Cuerpo de Cristo. Es un grupo de personas mezcladas con Cristo, saturadas con Cristo, que disfrutan a Cristo día tras día y se reúnen sin tener nada más que a Cristo. Disfrutan a Cristo mutuamente y lo disfrutan delante de Dios y con Dios. Por lo tanto, Dios está entre ellos. En ese

mismo momento, ellos son la habitación de Dios; son Su casa, Su hogar. La habitación de Dios es el templo de Dios. Y si tenemos el templo de Dios, tenemos la presencia de Dios y el servicio de Dios.

LA CIUDAD

Pero este templo de Dios necesita ser agrandado. ¿Cómo puede agrandarse? Por medio de Cristo como la autoridad de Dios. Necesitamos a Cristo no sólo como nuestro disfrute, sino también como la autoridad de Dios. Esto es sumamente real. Cuando usted y yo disfrutamos a Cristo juntos, en la manera que hemos descrito, la realidad de la autoridad de Cristo está entre nosotros. En tal disfrute y a consecuencia de tal disfrute, seremos muy sumisos a Dios y los unos a los otros. Estaremos llenos de sumisión. ¿Cree usted que después de disfrutar a Cristo en tal manera podremos discutir los unos con los otros? ¿Cree que en tal disfrute podríamos odiarnos unos a otros? Es imposible. ¿Es posible que seamos formados como ejército para pelear contra el enemigo, y aún estemos peleando entre nosotros mismos? Es posible si no somos un ejército. Si somos un grupo de bandidos o ladrones, es posible. Sin sumisión no existe el ejército. Cuando disfrutamos a Cristo hasta tal punto, cada uno de nosotros se someterá a los demás. No puede ser de otra manera. El amor verdadero se expresa en sumisión. Cuando nos sometemos unos a otros, realmente nos estamos amando. El amor verdadero no existe en mis gustos, preferencias o deseos, sino en mi sumisión. Si hay sumisión entre nosotros, la autoridad de Cristo está entre nosotros. La autoridad de Cristo es la que ensancha la habitación de Dios, el templo de Dios.

¿Qué es el agrandamiento del templo de Dios? Es la ciudad de Dios. Por la autoridad de Cristo, la iglesia no sólo es el hogar de Dios, sino también Su ciudad. No sólo está allí la presencia de Dios, sino también el reino de Dios y la autoridad de Dios. Cuando la gente entra en una reunión, sentirá la presencia de Dios, y también sentirá Su autoridad. Dirá que esto no sólo es la casa de Dios, sino también el reino de Dios. Entonces allí estará la ciudad con el templo. La ciudad y el templo están en el lugar donde hay un grupo de personas que

experimentan y disfrutan a Cristo hasta tal punto que están mezclados y unidos con El en todo aspecto. Cuando se reúnen, disfrutan a Cristo delante de Dios y con Dios. Entre ellos, Cristo lo es todo. Si estamos en tal situación, alabado sea el Señor, tenemos la casa de Dios y la ciudad de Dios. Estamos en el hogar de Dios, y estamos en el reino de Dios. Todos que lleguen a nuestro medio sentirán la presencia de Dios así como la autoridad de Dios. Dirán: "Dios no sólo mora aquí, sino que también reina aquí".

Hermanos y hermanas, esto es lo que Dios busca hoy. Busca una situación así en la tierra, en el mismo lugar donde ustedes viven. Si viven en Louisville, esto es lo que Dios está buscando allí. Si viven en Sacramento, Dios está buscando esta misma realidad en Sacramento. Dondequiera que vivamos, Dios busca entre nosotros Su casa y Su reino, Su templo y Su ciudad. Pero debemos experimentar a Cristo. Comenzando con el cordero pascual, y pasando a través de muchas experiencias, debemos reunirnos con los santos para entrar en la tierra, el Cristo todo-inclusivo. Luego debemos laborar diligentemente en la tierra para producir las abundantes riquezas de Cristo. Debemos llegar a ser "Cristo y compañía", el grupo de cristianos que producen a Cristo, disfrutan a Cristo, comparten a Cristo y ofrecen a Cristo a Dios en adoración. Todo lo nuestro debe ser Cristo. Esta es la verdadera expresión del Cuerpo de Cristo. Aquí está la casa de Dios y el reino de Dios. Si tenemos esa realidad, tenemos la tierra, el templo y la ciudad.

No queremos entrar ahora en los detalles relacionados con el templo y la ciudad. Pero ya sabemos algo de la tierra: cómo entrar en ella, cómo tomar posesión de ella, cómo disfrutarla y cómo vivir en ella, cómo labrarla, cómo adorar a Dios allí y cómo edificar el templo y la ciudad allí. Entendemos claramente que la tierra es Cristo mismo, y el templo y la ciudad son la plenitud de Cristo. Cristo es la Cabeza, y la plenitud de Cristo es el Cuerpo, la iglesia. En estos mensajes hemos hablado acerca de la tierra con el templo y la ciudad. Esto es Cristo con la iglesia, Su Cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.

Esto es lo que Dios busca hoy. Seamos fieles a El y aprendamos por Su gracia a disfrutar a Cristo, a experimentar a Cristo y a aplicar a Cristo en nuestra vida diaria. Entonces creceremos continuamente en nuestra experiencia y disfrute de El, hasta que con todos los santos entremos en la buena tierra para laborar en ella, y para que lleguen a existir el templo y la ciudad.

DOS SIERVOS DEL SEÑOR

Agradecemos al Señor que el ministerio que Watchman Nee y su colaborador Witness Lee rindieron al Cuerpo de Cristo ha sido de bendición por más de ochenta años para los hijos del Señor en todos los continentes de la tierra. Sus escritos han sido traducidos a muchos idiomas. Y, puesto que nuestros lectores nos han hecho muchas preguntas con respecto a Watchman Nee y Witness Lee, a manera de respuesta hemos querido presentarles esta breve reseña biográfica sobre la vida y la obra de estos dos hermanos.

Watchman Nee

Watchman Nee recibió a Cristo a los diecisiete años de edad. Su ministerio es muy conocido entre los creyentes de todo el mundo que buscan más del Señor. Sus escritos han sido de gran ayuda para muchos de ellos, especialmente en lo concerniente a la vida espiritual y a la relación que existe entre Cristo y Sus creyentes. No obstante, no muchos conocen otro aspecto de igual importancia en su ministerio, en el cual se enfatiza la práctica de la vida de iglesia y la edificación del Cuerpo de Cristo. De hecho, el hermano Nee es autor de muchos libros, tanto acerca de la vida cristiana como acerca de la vida de iglesia. Hasta el final de sus días, Watchman Nee fue un don dado por el Señor para mostrarnos la revelación hallada en la Palabra de Dios. Después de padecer sufrimientos durante veinte años en una prisión en China, a la que estuvo confinado a causa de su fe en el Señor, nuestro hermano murió en 1972 como un fiel testigo de Jesucristo.

Witness Lee

Witness Lee fue el colaborador más cercano que tuvo Watchman Nee y el que le mereció mayor confianza. En 1925, a los diecinueve años de edad, Witness Lee experimentó una

dinámica regeneración espiritual y se consagró al Dios vivo a fin de servirle. A partir de entonces, se dedicó a estudiar la Biblia intensivamente. En los primeros siete años de su vida cristiana fue grandemente influenciado por la Asamblea de los hermanos de Plymouth. Despues, conoció a Watchman Nee y durante los siguientes diecisiete años, hasta 1949, fue colaborador del hermano Nee en China. Durante la segunda guerra mundial, cuando Japón invadió a China, Witness Lee fue encarcelado por los japoneses y sufrió por causa de su fiel servicio al Señor. El ministerio y la obra de estos dos siervos del Señor trajo un gran avivamiento entre los cristianos de China, resultando en la propagación del evangelio por todo el país, así como en la edificación de cientos de iglesias.

En 1949 Watchman Nee congregó a todos los colaboradores que servían con él en China y, en tal ocasión, encargó a Witness Lee la continuación del ministerio mas allá de las fronteras de China continental, en la isla de Taiwan. En los años que siguieron, la bendición de Dios sobre la obra en Taiwan y el sudeste de Asia hizo que se establecieran más de cien iglesias en esa región.

A comienzos de 1960, Witness Lee fue dirigido por el Señor a radicarse en los Estados Unidos, donde ministró y laboró para el beneficio de los hijos del Señor durante más de treinta y cinco años. Vivió en la ciudad de Anaheim, en California, desde 1974 hasta que partió para estar con el Señor en junio de 1997. A lo largo de sus años de servicio en los Estados Unidos, el hermano Lee escribió más de 300 libros.

El ministerio de Witness Lee es particularmente beneficioso para aquellos cristianos que buscan más del Señor y anhelan conocer y experimentar más profundamente las inescrutables riquezas de Cristo. Al darnos acceso a la revelación divina contenida en las Escrituras, el ministerio del hermano Lee nos revela la manera de conocer a Cristo con miras a la edificación de la iglesia, la cual es Su Cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo. Todos los creyentes deben participar en el ministerio de edificar el Cuerpo de Cristo, a fin de que el Cuerpo se edifique a sí mismo en amor. Sólo si se lleva a cabo dicha edificación se podrá cumplir el propósito del Señor, y así podremos satisfacer el anhelo de Su corazón.

La característica principal del ministerio de ambos hermanos yace en que ellos enseñaron la verdad basados en la palabra pura de la Biblia.

A continuación, detallamos brevemente las principales creencias que profesaron Watchman Nee y Witness Lee:

1. La Santa Biblia es la revelación divina, completa e infalible, dada por el aliento de Dios y cuyas palabras fueron inspiradas por el Espíritu Santo.

2. Hay un único Dios, a saber, el Dios Triuno: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo coexisten simultáneamente y moran el Uno en el Otro desde la eternidad hasta la eternidad.

3. El Hijo de Dios, quien es Dios mismo, a fin de ser nuestro Redentor y Salvador, se encarnó al hacerse un hombre llamado Jesús, el cual nació de la virgen María.

4. Jesús, quien es un auténtico ser humano, vivió en la tierra por treinta y tres años y medio con el fin de dar a conocer a Dios el Padre a los hombres.

5. Jesús, el Cristo ungido por Dios con Su Espíritu Santo, murió en la cruz por nuestros pecados y derramó Su sangre para efectuar nuestra redención.

6. Jesucristo, después de permanecer tres días en el sepulcro, fue levantado de entre los muertos y cuarenta días después El ascendió al cielo, donde Dios le hizo Señor de todos.

7. Cristo, después de Su ascensión, derramó el Espíritu de Dios sobre Sus escogidos, Sus miembros, bautizándolos en un solo Cuerpo. Dicho Espíritu se mueve en la tierra hoy con el propósito de convencer a los pecadores de sus pecados, regenerar al pueblo escogido de Dios impariéndoles la vida divina, morar en los que creen en Cristo para que ellos crezcan en la vida divina y edificar el Cuerpo de Cristo, con miras a que Cristo obtenga Su plena expresión.

8. Cristo, al final de la era presente, regresará para arrebatar a Sus creyentes, juzgar al mundo, tomar posesión de la tierra y establecer Su reino eterno.

9. Los santos vencedores reinarán con Cristo durante el reino milenario, y todos los que creen en Cristo participarán de las bendiciones divinas en la Nueva Jerusalén, en el cielo nuevo y la tierra nueva por toda la eternidad.

Política de distribución

Living Stream Ministry se complace en hacer disponibles gratuitamente las versiones electrónicas de estos siete libros. Esperamos que muchos lean estos libros en su totalidad y se sientan en libertad de referírselos a otros. Les rogamos que a fin de conservar el orden limite a su uso personal la impresión de estos archivos. Por favor, no traslade estos archivos en manera alguna a otro lugar. Si desea hacer copias adicionales de estos archivos, por favor, háganos llegar una solicitud escrita a copyrights@lsm.org. También solicitamos que se respeten todos los avisos de derechos de autor conforme a las leyes que aplican. Estos archivos PDF no pueden ser modificados ni desarticulados en manera alguna para ningún otro uso.